

JUAN PABLO FORNER (1756-1797)

*DISCURSOS FILOSÓFICOS SOBRE EL HOMBRE*

ÍNDICE

*Dedicatoria al varón virtuoso*

DISCURSO *preliminar*

DISCURSO I

Ciencia del hombre

DISCURSO II

Imposibilidad en que se halla el entendimiento de alcanzar la verdadera noticia y culto de Dios

DISCURSO III

Corrupción del Hombre

DISCURSO IV

Fin del Hombre. De aquí deducida la inmortalidad del Alma; y de ella, la existencia de Dios

DISCURSO V

Perversas inclinaciones de la Razón. Sistema del hombre; y leyes que debe observar según los designios de la Providencia, que atiende a los remedios de las necesidades humanas

*Advertencia*

Al DISCURSO I

Al DISCURSO II

Al DISCURSO IV

Al DISCURSO V

*Dedicatoria al varón virtuoso*

Virtud, alma Virtud, tus dones canto:

espíritu divino  
a ti convierte mi inspirado acento.  
Desde el celeste asiento  
a mi tu voz desciende en eco santo,  
cuando al ciego mortal de tu destino  
muestra el grato camino.  
Huya el profano de tu templo sacro  
mientras copio tu augusto simulacro.

Y de azucenas cándidas ceñida  
la pacífica frente,  
sólo me asista a tanto ministerio  
el Varón que a tu imperio  
sujeta alegre su apacible vida,  
con dócil cuello y ánimo obediente.  
Allí yo reverente  
los dones de tu Numen soberanos  
pondré, y tu imagen, en sus justas manos.

Que él solo tus misterios inefables  
penetra, y de tus bienes  
él solo gusta los placeres puros.  
Los términos seguros  
que pusiste a la vida, y las amables  
riendas que al hombre indómito previenes,  
con que en ti le contienes,  
él ama solo: y en su oído solo  
tu voz ahuyenta al fabuloso Apolo.

No corrompido por profana lira,  
huye de su torpeza,  
y se acoge a tus aras sonrojado.  
De tu celo inflamado,  
no escucha la ambición, la horrenda ira  
con que envilece su inmortal grandeza  
la racional nobleza.  
Entonces oye el sonoro influjo,  
cuando el cielo sus números produjo.

A ti pues van los míos, Virtuoso  
Varón, que afable un día  
quiso dictarme tu adorable Numen.  
A ti, en quien no consumen  
los vicios el vigor majestuoso  
de la luz inmortal que al bien nos guía.  
A ti, en quien la porfía

de las tercas pasiones se quebranta,  
cayendo mustias a besar tu planta.

Por esto tú de la Verdad divina  
el resplandor entero  
miras y gozas en gloriosa suerte.  
A ti solo convierte  
la alta Deidad su lumbre peregrina,  
descubriendo a tus ojos su hemisferio,  
en donde, no severo,  
mas risueño su angélico semblante  
su ley enseña en tabla de diamante.

Y trasladada a ti su copia bella,  
lo humano desconoces,  
y la divinidad llena tu pecho.  
La tierra ámbito estrecho  
es a la senda que tu paso huella,  
es a la majestad que en ti conoces.  
Las celestiales voces  
dictan tus obras con saber profundo,  
para que aprenda en tu justicia el mundo.

Constante en tu propósito, no el duro  
tormento del tirano  
te asusta, si desórdenes te ordena.  
Al filo o la cadena,  
antes que a la maldad abono impuro,  
darás gozoso la garganta o mano.  
El interés humano  
jamás impera en la Virtud sencilla  
aun cuando yugo bárbaro la humilla.

Y no porque rebelde a la diadema  
justa, y a las coronas,  
las culpe de sangrienta tiranía.  
Vana Filosofía,  
este es propio de ti cuando se extrema  
tu soberbia en sofismas que eslabonas.  
El Poder que destronas  
sustenta la Virtud obedeciendo,  
tu soñar con sus obras destruyendo.

Por él domada la mortal fiereza  
a horribles impiedades  
niega su furia y turbulencia insana.

La Codicia inhumana  
sus manos encogió, y de su torpeza  
corrida, en sí sofoca sus maldades.  
Poblados, soledades  
prestan sagrado a la Virtud propicio,  
y anda asustado y macilento el Vicio.  
Por él en holocaustos sacrosantos  
su voluntad ofrecen  
al Todopoderoso sus criaturas  
agradecidas, puras.

Por él logran alivio los quebrantos,  
y su ser los mortales ennoblecen.  
Los dones fortalecen  
de la Justicia hasta en la misma guerra,  
no da asilo a la Maldad la tierra.

En ella, Varón justo, ciudadano  
de tu patria y del mundo,  
a aquella y éste tu virtud dedicas.  
Ya las regiones ricas  
de la fragante Arabia, o el cercano  
yerto Trion visites vagabundo:  
espléndido o inmundo,  
Cafre rudo o Britano mercadante,  
siempre en el hombre ves tu semejante.

Y siempre en ti su auxilio el desconsuelo  
halla del infelice  
que debió a su nacer menos ventura.  
Tus dones, tu ternura  
¿cuántas veces logro? ¿Cuántas al cielo  
sus votos dirigió porque eternice  
tu nombre que bendice,  
cuando oprimido de fortuna impía  
el yugo le aliviaste en que gemía?

Numen celeste, asísteme, te imploro  
y sea tu elocuencia  
de tan gloriosa acción digno instrumento.  
¡Ay! que entregarla siento  
a eterno olvido, con fatal desdoro  
de la Virtud, si falta tu influencia:  
que en su beneficencia  
puro el justo Varón, para ostentarle  
no hace el bien, y trabaja en ocultarle.

Yo le vi, sí, le vi tierno mil veces  
enjugar condolido  
lágrimas congojosas en silencio.  
Absorto reverencio  
tu grandeza, o Piedad que le enterneces  
de verle yo también enternecido.  
Exclamo embebecido:  
convoco el pueblo a la admirable escena;  
y huye a la admiración que me enajena.

Porque nada a su pecho satisface  
la opinión, e igualmente  
la alabanza desprecia y vituperio.  
Tal vez injusto imperio  
la Malicia sagaz, que contrahace  
la virtud, logra, y gime el inocente  
cual torpe delincuente.  
Quien al vago rumor su gloria fía,  
bástale, sin virtud, la hipocresía.

Bástale astuto cautelar sus vicios,  
y aparentando celo  
del común interés, tratar del suyo.  
Éste no es arte tuyo,  
Virtuoso Varón. Los beneficios  
dádivas son en ti. Dones del cielo  
el público desvelo,  
o el privado candor que en ti se admira.  
No es en tus obras la virtud mentira.

Así tu propio ser reverenciando,  
la Verdad y Justicia  
con amistad eterna te acompañan.  
Del suelo las extrañan  
la envidia vil y el interés nefando,  
ciega lisonja a la mortal malicia.  
Del cielo tu propicia  
voz descender las hace, a las dos grata:  
por ti aun asisten en la tierra ingrata.

En ti logran su templo: su almo culto  
la Verdad en tu labio,  
y su ara la Justicia en tu entereza.  
Detestas la vileza  
de la venal lisonja, y nunca el bulito

de Ídolo indigno inciensas en agravio  
de tu consejo sabio.  
Sale tu mente a tu sencilla boca,  
si inexcusable caso la provoca.

¿Qué vale el oro ni el inquieto mando  
para que por su precio  
la integridad el hombre desestime?  
Aduló; subió: gime  
tímido; le acomete espeso bando  
de sobresaltos ¡ay! verdugo recio  
que él mismo buscó necio.  
El Vicio le allanó la infiel subida,  
y sin dicha, y con él, sufre la vida.

¡Ah! que sabrosa paz e inextinguible  
la sola Virtud cría,  
sea en despreciado albergue o alto trono.  
El porfiado encono  
ignora del pesar, y en apacible  
reposo, ni le turba suerte impía,  
ni su paso desvía  
si desgajado el orbe le oprimiera;  
inmóvil le esperara, y pereciera.

Que es la constancia en su vivir cimiento  
que a la Virtud sustenta,  
y no injuria el poder de la Fortuna.  
No el oro le importuna:  
no la avara esperanza el sentimiento  
turba de su candor, que insana ahuyenta  
la ambición fraudulenta.  
Oro, favor, amigos, esperanzas  
¿qué son sino halagüeñas asechanzas?

Suaves asechanzas que a lo justo  
pone el hambre execrable  
del dominio voraz que nos instiga.  
Fraudulencia enemiga  
es ya la Amistad santa, y en su augusto  
nombre un tráfico reina abominable.  
Mérito miserable,  
dilo tú: dilo tú, Themis llorosa...  
Mas ¡ha! que ni aun quejarse su voz osa.

Sólo a ti vuelven su esperanza amarga,

a ti, Varón glorioso,  
ante quien huye el Interés astuto.  
No dádiva, tributo  
es en ti la justicia: ni aletarga  
su vigor el gemido doloroso,  
sagaz o temeroso,  
del reo que execró Naturaleza;  
sentenciarás su pena y tu tristeza.

¡O cruenta Maldad! ¡O desenfreno  
del mando prepotente,  
del feroz dominar de las pasiones.  
Pavorosas mansiones,  
cárceles negras en su horrible seno  
ánimos aprisionan, cuya mente  
copia al Omnipotente.  
¡Gran Dios! el torpe error que los abisma  
hace cruel a la Clemencia misma.

Dulce, incorrupto amigo, tú que subes  
con suelto pensamiento  
a la eterna región que al cielo honora  
donde humillado adora  
el Universo, entre doradas nubes,  
al Dios que hace temblar su firmamento:  
pues su estrellado asiento  
abierto esta a tu mente, y sobrehumanos  
a ti se hacen patentes sus arcanos:

Declara a la locuaz Filosofía  
las altas voluntades  
del Dueño de los hombres y los mundos;  
los decretos profundos  
del eterno Saber, y como envía  
cercada de Virtudes y Verdades,  
no grey vil de Deidades,  
mas pura Religión al hombre impuro,  
norte y camino, a su vivir, seguro.  
Ella precede a la Razón incierta  
con antorcha brillante  
sus pasos aclarando y dirigiendo.

Ella el ímpetu horrendo  
quiebra de la malicia, y desconcierta  
la furia a los deseos, delirante,  
rebelde y repugnante.

A su Autor ¿cuándo el hombre conociera  
si a su turbado juicio se atuviera?

En su regazo la Virtud reclina  
el rostro, y el cuidado  
la fía de esparcir sus justas leyes.  
El poder de los Reyes  
súbdito aquí se torna: aquí declina  
a adorar el mortal que es adorado:  
atónito, asustado  
armada ve del rayo Diestra eterna,  
y cae despavorido, y se prosterna.

De aquí, cándido amigo, la Justicia  
a tu seno desciende  
con la Prudencia y la Constancia unida:  
no a que emule tu vida  
la del Héroe pomposo, que desquicia  
la humanidad que sojuzgar pretende;  
mas antes a que enmiende,  
justa o piadosa, en obras inmortales  
del Heroísmo atroz los tristes males.

Mas antes a que próvida detenga  
los bienes fugitivos  
que la humana locura de sí arroja.  
El ceño desenoja  
a la airada Virtud, y por ti tenga  
a su mando los ánimos cautivos.  
No lánguidos, activos  
sacrificios la imploren en su templo:  
y en ti la Religión dicte el ejemplo.

#### DISCURSO preliminar

Los primeros que empezaron en la antigüedad a hacer profesión de Sofistas, limitándose a las letras puramente humanas, dejaron en paz la religión, y se abstuvieron de disputar sobre cosas en que cualquiera decisión podía conmover, no el ánimo de un Sócrates o de un Platón, sino a uno o a muchos pueblos. No era su arrogancia tan temerariamente ciega, que los aventurase al peligro de beber la cicuta por la gloria de mantener una opinión singular contra la persuasión o creencia de muchas naciones, Sócrates, nombre formidable a todos los Sofistas, tuvo la desgracia de beber la cicuta, que debieran haber bebido los charlatanes de su tiempo, porque dio en predicar la virtud, y en oponerse a las supersticiones con que trastornaban las gentes el culto que se debe al único y supremo Autor de las cosas. Yo no se si nuestra edad habrá dado de sí algún Sócrates verdadero;



pero sé muy bien que ha dado una caterva de Don Quijotes de Filosofía, que se dan a sí mismos el renombre de Sócrates, porque tienen la admirable libertad de despreciar todas las religiones del mundo. Para ellos no hay más diferencia entre Mahoma y Jesu-Cristo, que entre Confucio y Moisés. Toda religión (inclusa la Cristiana) es invención política: y esto, por más que sepan que Jesu-Cristo no gobernó jamás la aldea más miserable de Palestina. El Sacerdocio, el Monacato, las ceremonias piadosas, y el culto con que expresa el Cristiano su veneración a Dios; no se diferencian de los modos y culto con que la expresan los Chinos o Mahometanos. Todo es superstición, si los creemos: todo sagacidad humana para contener a los hombres en su esclavitud.

Yo no me pondré aquí ahora a disputar, si los Atenieses condenaron justa o injustamente a Sócrates; porque no me consta, si los razonamientos de aquel hombre célebre pudieron causar alguna turbación en la constitución política del Estado. El voto unánime de la Ciudad decidió a su favor después de su muerte. Pero los Sócrates contrahechos de nuestro siglo, sin pararse en otras comparaciones que en las que miran a la condenación, bautizan con el título de Anitos y Melitos a los que tienen a su cargo la defensa de la tranquilidad pública, tanto en las cosas civiles, como en las sagradas. Y esto, ¿por qué? Si lo preguntáis a ellos, os responderán sincerísimamente, que sus persecuciones no tienen otro origen que la predicación de la verdad. ¡Pobres Apóstoles! Mas ¿cuáles son estas verdades que nos predicán? Un Juan Jacobo Rousseau, varón dotado de una humildad apostólica, echará mano de su Alcorán, y os mostrará matemáticamente, que las instituciones civiles han hecho degenerar al hombre del estado de hombre: que los progresos de las artes y ciencias han desnaturalizado del mundo la virtud: que los Soberanos de la tierra son un ejército de lobos introducidos en ella para establecer una esclavitud universal: que la Religión Cristiana es contraria a la buena constitución de un Estado. Un Helvetius os anunciará, que no hay en el mundo más virtud que lo que a cada uno le importe obrar: que toda acción humana no tiene otro principio que la sensación física: que el alma no es otra cosa que una facultad de sentir: que Dios ha dejado al hombre bajo la única dirección del dolor y de deleite: que la prudencia es el don más funesto que puede ofrecer el cielo a una nación: que el deseo del amor sensual es la fuente más fecunda de las virtudes. Un Voltaire os dirá con resolución, que es una ignorancia crasísima negar que el alma humana puede ser material: que afean la providencia de Dios los que creen y esperan en su gracia: que nadie puede saber si el hombre está corrupto: que... mas ¿quién será capaz de epilogar, ni de concordar entre sí todos los artículos de este profundo Predicador de la Naturaleza? Ni me cansaré en trasladar los innumerables que se hallan esparcidos en los demás Catequistas de la impiedad. Harto suelen ellos introducirse en el pecho de los lectores, sin que tengan necesidad de reclamo.

Si este linaje de hombres universales se contentara con profesar simplemente en su interior la religión que tal vez no tienen, sin querer meterse a reformadores del mundo, teniendo ellos en sí muchísimo que reformar; el daño sería singular: Dios que penetra las intenciones de los hombres juzgaría su causa, y daría a sus opiniones el galardón debido. Pero esta no es gente que hace profesión del saber para aprovecharse de él en el uso de la vida. Nada menos. La ciencia se tuerce a la ostentación. Los decretos de las artes, inventados y contraídos en cuerpos científicos, ya para moderar las costumbres, ya para regir los pueblos, ya para determinar el uso que puede hacerse de la Naturaleza, y ya

finalmente para que el hombre logre en el mundo toda la felicidad de que es capaz mientras vive en él; aquellos decretos, vuelvo a decir, hacinados confusamente en el cerebelo de nuestros Sofistas, sirven, no a la utilidad propia (origen y fundamento de su institución), sino a la codicia de conseguir autoridad y nombre entre un puñado de Literatos. Cualquiera de ellos preferirá de buena gana la publicación de una disertacioncilla sibilina (quiero decir escrita en tono de oráculo) a la corrección de las costumbres de todos los hombres. Las obras de la voluntad importa poco que sean perversas, con tal que se celebren las que publica la prensa.

Pero lo que causa más admiración en la manera de proceder de estos nuevos maestros de opiniones envejecidas, es la insolencia con que acometen a los defensores de la religión que oprimen, siendo ellos obstinadísimos en defender sus opiniones particulares. Un hombre Cristiano que se pone a desatar los sofismas con que embrollan los misterios más sagrados del Cristianismo, es un entusiasta, un fanático, un convulsionario, voces raras, o ninguna vez oídas en el idioma de nuestros mayores, pero muy frecuentes en el diccionario de la impiedad. La Filosofía, esto es, la ciencia que enseña moderación, humanidad, honestidad, decoro, debe de haberles dado privilegio exclusivo para maltratar imperiosamente a cuantos procuren defender las doctrinas confutadas por ellos. Hierven sus escritos en sátiras contra los institutos monásticos, contra el clero y contra la Inquisición: tome a su cargo un Monje, un Sacerdote, un Inquisidor examinar la razón o fundamento de sus sátiras; irremediamente el tal que se aventure al peligroso examen es un fanático. ¿Y por qué? Ya lo he dicho. Los nuevos Filósofos tienen privilegio para maldecir impunemente de todo el mundo. Las grandes ventajas que ha logrado el género humano con los descubrimientos filosóficos de dos o tres Poetas, y de veinte o treinta Sofistas, piden de justicia que se les conceda a ellos, y a los que los imitan, la autoridad de oráculos; la facultad de hablar mal de todos, sin que ninguno pueda defenderse de sus habladurías. Toda impugnación debe ser libelo; toda defensa, fanatismo.

Lo malo es que hay muchos en el mundo que no temen la anatema, y que en vez de amedrentarse con la reputación de maestros tan graves y profundos, se ponen sencillísimamente a desmenuzar los fundamentos y fines de las opiniones que establecen. Si el ser fanáticos (dicen algunos de éstos) consiste en mantener pertinazmente los sentimientos que una vez se adoptaron en materia de religión; ningunos más fanáticos que los mismos que nos honran con este título. Con efecto, si sus conatos, si sus esfuerzos, si sus exclamaciones mímicas no tienen otro objeto que el de hacer creer que todas las religiones del mundo son unas en sí; ¿por qué se cansan tanto en predicarnos sus religiones filosóficas, y en dar por tierra con las creencias más sagradas del Cristianismo? ¿Por qué no dejarán a éste en paz, como dejan a las demás creencias del Universo? o ya que pretenden desengañar a las gentes, según ellos dicen; ¿por qué no irán a predicar a los Turcos y Japoneses; cuyas religiones intolerantísimas sobre cuantas se conocen, tienen más necesidad del auxilio de esta Misión? Mas nuestros Filósofos no razonan de esta manera. En el Cristianismo hay Sacerdotes que impugnan, Doctores que confunden, no con sátiras y donaires malignos, sino con razones y hechos históricos de firme autoridad y peso irresistible: tanto basta para que el Cristianismo sea el seno de los convulsionarios. Pero el Turco que disputa a cuchilladas, y el Japonés que ahorca o descuartiza a los que intentan manifestarle nuevos dogmas, no tiene necesidad de la

predicación de nuestros Filósofos, sin duda porque estas acciones no deben de pertenecer al fanatismo.

Y he aquí la grande lógica de estos celebérrimos reformadores. El verdadero fanático (dicen) es el que persigue a título de religión. ¿Y qué? ¿A quién viene mejor la nota de perseguidor: al que acomete, sin otro motivo que su antojo, los dogmas y creencias en que tienen algunas naciones vinculada la venidera felicidad; o a los que procuran arrojar de sí los injustos acometimientos? Será lícito a un desenfrenado Poeta desacreditar la divinidad de Jesu-Cristo, llamar embusteros a los Apóstoles, negar la verdad de las sagradas Escrituras, combatir la institución de los Sacramentos, y en una palabra arrancar como de raíz los cimientos en que estriba la religión de muchos pueblos, y esto con una insolencia capaz de dar crédito el entusiasta más desatinado; ¿y un ciudadano celoso de la tranquilidad de su patria no podrá, sin ser fanático, amonestar al Magistrado de la nación que prevenga los inconvenientes que pueden seguirse de la propagación de aquellas blasfemias? Porque ¿qué mayor derecho tienen los Sofistas para impugnar, que los no Sofistas para oponerse a la impugnación? ¿Que deidad les ha dado la patente de infalibles, para que se den a entender que las gentes han de llevar a bien el trastorno de sus creencias? ¿Cuáles son los signos que nos aseguran la certeza de su misión?

La Razón: he aquí el asilo de impiedad. Nuestros Sofistas son, sin duda ninguna, los únicos racionales que hay en el mundo. Por lo menos, o ellos lo creen así, o pretenden que los demás lo crean. La Razón sola por sí es suficiente para que los hombres sean religiosos: lo oigo. Pero la historia de todos los siglos nos enseña con harta distinción las supersticiones en que han caído las gentes abandonadas al uso de sus potencias. Los sabios no fueron más venturosos en esta parte que el vulgo de las naciones. Cotéjense entre sí las creencias del vulgo de Grecia con las opiniones de sus Filósofos: en unas y otras se hallará infamado el conocimiento de Dios, y revestido de los miserables ornamentos que pudo prestarle la sagaz y ponderada Razón. El grande Egemónico de los Estoicos no manifestaba más la naturaleza de la Divinidad, que el dominio de Júpiter tan temido de los Dioses y de los hombres. Un fuego sutilísimo esparcido por todas las partes del Universo, unido a una providencia fatal, no era cosa digna de mayor veneración que el Apolo de Delfos, o la Venus de Pafos. Los Epicureos quisieron burlarse de simismos, y de la credulidad de los hombres haciendo todavía mas inútiles a sus Deidades que lo eran las de Homero en los templos gentílicos. Platón y Aristóteles, los grandes nombres de la antigüedad, vacilaron miserablemente en sus opiniones, y en las que abrazaron propusieron para adorar un número de Dioses casi igual al de los Ídolos vulgares. El primero halló, sin saber como, tres especies compuestas a su modo, y proporcionadas a los varios ministerios a que él quiso aplicarlas; porque los Filósofos gustan mucho de componer el cielo a su manera, y de dar a Dios el oficio que mejor les parece. Pero lo que más admira en esto es que toda la Razón de un Platón vino a parar en deificar al sol, a los astros y a los cielos, haciéndolos animales, inferiores solamente en naturaleza a la del Demiurgo o supremo Arquitecto. Y puesto esto; ¿que más importa adorar al sol con nombre de Febo, que con el que le aplica Platón? Aristóteles tuvo a bien remitir su sentencia a la voluntad de los que le comentasen. Allí ató a Dios en yo no sé que quinta esfera, componiéndole de yo no sé que quinto elemento, que él lo entendería maravillosamente, mas no ninguno de los que le han sucedido. Del alma dijo que es una *entelechia*: Que quisiese decir con *entelechia*.

*Philosophi certant, et adhuc sub iudice lis est.*

Consideremos atentamente la muchedumbre de opiniones que ha habido en el mundo para explicar la naturaleza de Dios, y los innumerables modos de adorarle que han adoptado las gentes: sin dificultad entenderemos que la Razón humana por sí en el estado en que se halla hoy, no es capaz de convenirse en todos los hombres en el conocimiento y adoración del Ente supremo. Platon decía: descubrir que hay Dios no es cosa fácil; conocerle imposible.

Y en efecto: si el conocimiento recto de la Divinidad es necesario al hombre, para que sepa a quién y cómo debe servir; ¿por qué raciocinando todos los hombres de un mismo modo sobre sus obligaciones fundamentales, no raciocinarán de un mismo modo sobre la naturaleza y atributos de Dios? Todos los hombres dicen: me es prohibido matar a mi semejante. ¿Por qué no todos dirán: Dios tiene tales y tales atributos, y pide de mí tal adoración? Ninguna nación ha culpado hasta ahora que se castiguen los homicidios, y todas las naciones se burlan mutuamente de las ceremonias establecidas en el culto de cada una. El Musulmán llama supersticioso al Cristiano, éste al Chino, y éste a uno y otro. Pásese del culto a los dogmas: ¿Cuánta diversidad, cuánta oposición entre los de cada pueblo?

Pero acudamos a los Filósofos, a los indagadores de la Naturaleza, a los que siguen los documentos de la Razón. ¿Qué hallamos? Prodigios, delirios, portentos (como decía Veleyo Epicúreo) de sabios, no que disputan, sino que sueñan. Este le hace material, aquel inmaterial: uno le sujeta al hado, otro le absuelve y liberta: cual hace Dios al cielo, cual al mundo, cual al fuego, cual al aire, cual admite uno solo, y cual ninguno; de suerte que venimos a dar por ultimo en que la sutilísima razón de los Filósofos, después de haber inventado Dioses todavía más ridículos y despreciables que los del vulgo gentilicio o idólatra, ha hecho lo que ningún pueblo idólatra o gentil, esto es, desconocer a Dios: porque al fin, por mucho que hayan querido esforzar la existencia de una o más naciones ateas ciertos eruditos que procuran asegurar su crédito a costa de desacreditar a un par de millones de hombres; al fin, digo, esto no se funda más que en relaciones de viajeros, y bien se puede sin temor prestar alguna vez tanta fe a las tales relaciones como a la de nuestros ciegos. Pero entre los Filósofos duran hoy los piadosísimos descubrimientos de Espinosa, y duraron en otro tiempo los de Diágoras, Eumero y Teodoro, Varones que a fuerza de usar con ahínco de su razón vinieron a caer en lo que no habían podido caer los que no hicieron tanto uso de ella, esto es, en que no hay Dios, ni providencia que gobierne el Universo.

Al fin, gracias a Dios, hemos nacido en un siglo en que ya los Filósofos ni se engañan, ni se contradicen. La Razón ha logrado ya toda la penetración y certeza que echaban menos en la suya los que en lo antiguo se ejercitaban en averiguar las cosas. Los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, los Zenones, los Genios de la antigüedad griega, que dieron principio a la formación de las ciencias, fueron irracionales en comparación de los iluminados de nuestra edad. Unos hombres que conocieron la falsedad y ridiculez de la mayor parte de las religiones que dominaban entonces en el mundo, sin que por eso pudiesen substituir, usando cuanto les era posible de su Razón, un conocimiento más recto de la Divinidad, ni un culto más decente y conforme al objeto de la adoración, no merecen contarse entre los hombres. Nuestros Sofistas, que meditan mucho menos que

ellos, y que se contradicen lo mismo que ellos, son con todo eso más sabios y más concordes en sus opiniones. Porque si no lo creyeran así, ¿con qué cara osarían jactarse de la ventaja de su Razón sobre la de centenares de hombres sagacísimos que han meditado profundamente sobre los mismos puntos en el discurso de más de veinte y cuatro siglos? Estaba, pues, destinada para el nuestro la perfección de la Razón humana, mal que le pese al más obstinado Optimista. Los hombres no están hoy como salieron de las manos de su Criador; o si no, hemos de confesar, que nuestros ilustres Sofistas no son menos rudos que los Aristóteles y Platones. ¿Y cuál es entre ellos el que no se avergüenza, no ya de compararse, que esto sería humillarse demasiado; pero de volver el rostro a aquellos infelices Doctores Góticos?

La Razón. Si ella sola es suficiente para que el hombre sea religioso según la intención de su Criador, necesariamente ha de enseñar a todos los hombres unos mismos dogmas. Es preciso, digo, que los Hotentotes del Cabo de Buena-Esperanza tengan la misma idea de Dios, y le consideren del mismo modo que los habitantes más cultos de Europa. La tierra está dividida en creencias, y no sólo dividida, pero contraria y repugnante. ¿Y qué? ¿por ventura adora a Dios el que tiene una falsa opinión de él? ¿La verdad es una sola: las creencias y opiniones diversas y comúnmente repugnantes entre sí? ¿Diremos, pues, que el Ente más piadoso, más liberal, más benéfico, más pródigo, gustó de dejar a los hombres hundidos en una tenebrosísima confusión en lo que más les importa saber? Escucho los gritos de la impiedad. ¿Y por qué (dice) ese Ente liberal y benéfico consintió en que se corrompiese la Razón? ¡Miserables!. ¡Os hacéis jueces de aquel mismo que os creó para juzgar de vosotros! ¡Ignoráis la esencia del alimento que os sustenta, de la luz que os alumbra, de la tierra que os sufre, de todos los Entes que os rodean y sirven sin que lo merezcáis, y osáis disputarle a Dios la providencia de su creación, culpársela, afeársela! Torcéis el paso a vuestras investigaciones, y abandonáis lo que os conviene averiguar por averiguar lo que nunca sabréis. Dejad obrar a la sabiduría de Dios, que por ser infinita sabe algo mejor que vosotros lo que se hace; y tornaos a examinar cual es entre las religiones de la tierra la más santa, la más justa, la más pacífica, la más magnífica, la más sublime, la que representa a Dios con mayor verdad, majestad y beneficencia. Éste debe ser el blanco de vuestros raciocinios, y éste hoy el principal ejercicio de la Razón: lo demás es desear ser siempre ignorantes, y andar saltando de una opinión en otra, de un sofisma en otro, sin dar reposo al espíritu para que descanse en la esperanza de agradar al padre y árbitro de sus criaturas.

La Razón. ¿Y qué ha adelantado en fin la Razón en tantos siglos como ha que esta averiguando la naturaleza de Dios, sus atributos, y la adoración que se le debe? ¿Ha llegado acaso a fijar la verdadera esencia del Ente necesario; a mostrar al hombre un cierto y único fin; a señalarle medios estables que le encaminen a él; a determinar en suma, que lugar tiene la criatura racional en el Universo; para qué nace, para qué vive, para qué muere, para qué raciocina, medita, reflexiona, examina; por qué se engaña, se aíra, se aflige, se alegra? Juntad a todos los Filósofos de la tierra, a las más sutiles y ejercitadas Razones: preguntadles sobre cada uno de estos puntos, cuya recta, y cabal noticia es el apoyo de la felicidad humana. ¿Se concertarán en sus decisiones? Pobres de los hombres si hubieran de colocar en ollas la certeza de su felicidad. ¿Pues que ridícula sabiduría es ésta, que en vez de asegurar al entendimiento, le llena de dudas; que en lugar de prescribir al hombre una regla cierta que le encamine, le mete en el laberinto de mil

opiniones que se destruyen mutuamente; y que debiendo manifestar la uniformidad y fuerza de la Razón, manifiesta su debilidad y sus incertidumbres? He aquí que dispongo someterme a las grandes luces de los Filósofos. Yo indubitablemente he nacido al mundo para sujetar mis obras a un orden particular acomodado a mi naturaleza. ¿Cuál es, pues, este orden? El uno me dirá que el interés personal es la regla cierta que debo seguir: el otro que debo hacerme bruto: éste que debo obedecer el impulso de las pasiones: aquél que debo acomodarme a la ordenación general. Unos me dicen que tengo alma: otros que no la tengo: otros que no se sabe si la tengo: otros que importa poco que la tenga: acá oigo Optimismo, allá Materialismo, acullá Naturalismo, por aquí Teísmo, por allí Fatalismo, y otros cien *ismos* que me hacen andar de aquí para allí, sin saber en fin a donde tengo de ir a parar, ni a que he de atenerme. ¿Cosas de tan poco momento les parecen a estos hombres la religión y las obligaciones de la racionalidad, que las hacen consistir en opiniones ridículas y contradictorias? La felicidad humana ni puede, ni debe estribar en opiniones: en estribando en ellas, no es ya felicidad, sino tormento y martirio y congoja, y angustia, y un estar en continua aflicción y disgusto. Poco le importa al hombre no saber la esencia de la luz o del aire, porque ni el aire ni la luz son el fin del hombre: pero impórtale mucho saber cómo debe obrar, a dónde camina y cuál y cómo es el objeto de sus acciones, porque si lo ignora, jamás acertará a cumplir con el orden establecido en su naturaleza peculiar.

Perdonémosles, con todo eso, la debilidad de contradecirse, y la necedad de atribuir al Ente más sabio los desatinos que ellos fingen; y parémonos sólo en el mérito de lo que enseñan. La novedad es el grande empeño de nuestro siglo. ¿Y la hay, por ventura, en los cuentos de nuestros Filósofos? Poca comunicación con la antigüedad es menester para echar de ver el origen de cuanto nos venden por suyo. Si leo en Pope los fundamentos del Optimismo, hallo sus mismas razones en los antiguos Platónicos, expuestas quizá con mayor energía. Si Helvetius se fatiga en hacerme creer, que no hay otra virtud en los hombres que el interés; se me ofrece al instante Teodoro, por sobrenombre: Teos, que enseñó, y sostuvo el mismo disparate: si establece que la alma es sólo la facultad de sentir; Protágoras le sale al encuentro, y le arrebató la gloria de haber dicho el primero este absurdo. Si Colins quiere reducirme a una necesidad servil, y encadenar mi voluntad, haciéndola esclava de las ideas o comprensiones; me acuerdan los Estoicos, que fueron ellos los que más sutilizaron para confirmar esta opinión que destruye todo el mérito de las acciones humanas. En los mismos Estoicos hallo el fatalismo y materialismo. En los Epicúreos la inutilidad de la Providencia. En los Cirenaicos el panegírico de los deleites corpóreos: ¿y qué sistema disparatado de los modernos podré yo leer, que no le halle confirmado en la antigüedad con los mismos, o con diferentes sofismas? Ahora pues: siendo esto así, ¿qué menguada Razón es ésta, que en todos tiempos, en todas edades, y en todos los hombres no adelanta un paso a sus investigaciones, repitiendo siempre unas mismas cantilenas, disfrazándolas sólo con el aire del siglo en que las renueva? Los tiempos pasados (dice agudísimamente Aristóteles) son regularmente la imagen de los venideros. En ninguna cosa se verifica esto con mas puntualidad, que en los sistemas de los Filósofos. Pasarán siglos sobre siglos, y la Razón en el estado de corrupción en que hoy se halla no enseñará a los venideros más que lo que enseñó dos mil años ha a los Egipcios, a los Caldeos y a los Griegos. Reducidas a símbolos las opiniones, a jeroglíficos, a controversias, a diálogos, a poemas, a libros, figuradas de éste o del otro modo, siempre serán unas: siempre habrá Optimistas, siempre Fatalistas, siempre

Materialistas, siempre Naturalistas, y siempre todos los *istas* que hacen tanto ruido en nuestra edad, y le harán en todas las edades, porque en todas habrá hombres que gusten de hacer ruido. Entre los Hebreos hubo pocas sectas, porque su Revelación daba una idea de Dios más cierta y más sublime que la podría dar la Razón de todos los Hebreos juntos. Los Gentiles, que carecieron de Revelación, abundaron en escuelas, en sectas, en sistemas de Moral y de Teología, porque sus religiones no les prestaban un recto conocimiento de la verdad. Caminaban sin guía, y esforzaron por esto todos sus conatos: buscaron cuanto podía sugerirles la débil luz de la Razón: inventaron cuanto hay que inventar en estas materias. ¿Qué dejaron, pues, que hacer a sus posteriores? Repetir, y vestir al aire del tiempo las repeticiones: mecánico y triste empleo a la verdad; pero empleo que abrazan gustosísimamente los que apetecen vivir en el mundo, como si no viviesen en él; los que hacen inútil el uso de su Razón por querer ser más racionales que los demás hombres.

Desengañense, pues, una vez los Filósofos, y persuádanse que una razón, que no acierta a proceder con uniformidad en los entendimientos más sagaces, no es a propósito para interpretar los designios de Dios, y lo que pide de nosotros este Ente inefable. Crean que no ha sido Dios el que ha dicho a los Epicúreos, que son muchos los Dioses, pero apartados enteramente del cuidado del Universo: a los Estoicos, que es un fuego sutilísimo insinuado en todas las partes de la materia: a los Peripatéticos, que es un ente aprisionado entre los eslabones de una eterna necesidad: ni a los Teodoreos, que es imaginaria su existencia, y pura invención de los hombres. El que se aventure a defender que habla Dios a las gentes por el órgano de la razón, habrá de confesar que se han derivado de Dios los dogmas más impíos, y las prácticas más ridículas y detestables. Adorar a Dios y ser justo (dice M. de Voltaire) son las precisas obligaciones del hombre, lo demás pende del arbitrio. Está bien. Voy a adorar a Dios, y a ser justo. Pero... ¿a qué Dios he de adorar, amigo mío? ¿Al de Epicuro, al de Cenón, al de Espinosa, al de Helvetius, al de Pope al de Le-Metrie? Al Dios verdadero debo adorar, no hay duda; mas ¿como sabré yo cuál es el verdadero, si cada uno de éstos me dice con mucha formalidad, que lo es el suyo? Vuélvome, pues, a la virtud. ¿En qué consiste ésta? ¿Cómo he de obrar para practicarla, para ser justo? Otra confusión. Cada Filósofo me propone la virtud con diverso semblante, y quiere arrebatarme a su partido. Unos me vedan unas cosas, otros me las permiten. Montesquieu me aconseja que me mate, como si me aconsejara un gran bien: mientras otro grita bravamente contra el Suicidio. Pues acerquémonos a la inmortalidad, quiero decir, al estado venidero de los hombres. ¿Qué será de mí después de mi muerte? Alto, silencio aquí; y si algo dicen convencen bien en ello la perdición y miseria en que viven. Voltaire, no contento con negar la existencia del infierno; negó también la del cielo, fundándolo en reglas astronómicas. Roseau forjó allá yo no sé que penas intelectuales, y yo no sé que estado intelectual, incapaz de satisfacer la esperanza de una conciencia justa, o de refrenar los desórdenes de la depravada. El Autor del Código de la Naturaleza, hecha por medio, y niega que le sea útil al hombre averiguar un estado del cual no nos ha dado el Criador noticia alguna por ningún fenómeno. ¿Experiencias físicas quiere esta bendita criatura para convencerse de la inmortalidad del alma? ¿Y por estos se nombra Filosófico nuestro siglo? ¿Cómo vivirán unos hombres que ignoran lo que será de ellos en la consumación de los tiempos, cuando desnudos de la mortalidad hayan de dar cuenta de sus acciones al Señor que los crió para que le obedeciesen? ¿Valdrá entonces alegar que creyeron sólo lo que les sugirió su Razón?

¿Valdrán entonces las sales, los donaires, los chistes, la picante maledicencia con que piensan aterrar la verdad? ¡Ah! Nada de esto valdrá. Nieguen enhorabuena la inmortalidad de su espíritu; ¡pero hay de ellos si es cierto lo que niegan! ¡Hay de ellos si llegan a verse ante el Trono de la misma justicia, forzados a dar cuenta de sí: de lo que obraron, o no obraron, creyeron, o no creyeron!

Estas, y otras muchas consideraciones me pusieron la pluma en la mano para escribir los Discursos que doy al público, cuando apenas era yo capaz de manejarla en asuntos frívolos, cuanto más en los que son por sí tan serios y delicados. No lo digo esto por arrogancia. Dígolo sí, porque no es justo que padezca la causa de la verdad por la temeridad de un joven. Tal vez no todos los lectores hallaran en ellos, ni la profundidad, ni la energía, ni la elegancia, ni la fuerza que hay en los escritos de algunos de los que impugno. Pero póngase la consideración en que yo me puse a pelear en los primeros a los de mi juventud, con unos hombres aguerridos ya, y veteranos en el arte de escribir; y quizá se me juzgara digno de alguna indulgencia. Mi tal cual aplicación a investigar maduramente los fundamentos de las opiniones filosóficas, me hizo contraer el hábito de desestimar, cuanto se me presentase con nombre de sistema, bien convencido de que los sistemas existen sólo en el cerebro de los Filósofos. La extravagancia de muchas de sus opiniones, su tono audaz y despreciador, sus guerras mutuas, su ridículo magisterio, y su intolerable amor propio, espolearon mi ánimo, y me indujeron a manifestar, que la verdadera Filosofía, no sólo no se opone, sino antes bien favorece a la Religión, y prueba invenciblemente la necesidad de que la haya y de que sea sola una en la tierra. En vano se cansó en enseñar el Presidente de Montesquieu la diversidad de Religiones que convienen a cada especie de los estados políticos: y en vano también Roseau en probar que el riguroso ejercicio del Cristianismo no es propósito para criar buenos soldados. Uno y otro debieran haber considerado, que si los hombres se subordinaran a la exacta observancia de la Moral cristiana, no habría entonces en el mundo tanta necesidad de soldados, ni los estados políticos experimentarían las turbulencias en que hierven hoy por la inobservancia de esta Moral. Reinarían sobre la tierra la paz, el candor, y la virtud para que fuimos puestos en ella: y es certísimo, que la revelación de Jesu-Cristo no tuvo, otro fin que el de restituirnos en algún modo a aquel estado puro y tranquilo que no poseemos, porque no queremos poseerle. Figúrense nuestros Filósofos Sistemáticos el sistema de un mundo Cristiano, en que todos los individuos observasen puntualmente la Moral, y enseñanzas que predicaron Jesu-Cristo y los Apóstoles. ¿Se podría dar espectáculo más santo, más justo, más pacífico, mas benéfico? ¿Sería capaz de hacer más felices a los hombres ninguna de las ficciones de la verbosa y frívola Filosofía?

Me he atrevido, pues, a contraponer a los Sofismas de ésta, las verdades de una Razón, sujeta a los Decretos del Dios que la crió para que le sirviese. No sé si mis Discursos desempeñarán cumplidamente este designio que me propuse. Se que lo he intentado. Cotéjense, con todo eso, mis argumentos y presupuestos particulares con los de los Anti-Cristianos, y resuelvan los que tengan en ello interés. Los puntos principales que me he propuesto demostrar son, la corrupción del hombre la flaqueza de la Razón; la necesidad de una Revelación, que nos encamine a un fin; y la existencia de Dios, fin a que nos debe encaminar la Revelación. Los Discursos, escritos en diversos tiempos y con distintos fines, no ofrecen un cuerpo de doctrina, ni seguida ni trabada entre sí. Si hubiera hoy de empezar a escribir lo que he intentado probar con ellos, confieso que me resolvería a



ordenar un Poema metódicamente doctrinal, en que explicando lo que debió ser el hombre, y lo que es ahora, expusiese un sistema probablemente más verídico que todos los que se tienen por celebres entre los Filósofos. El Lector podrá hacer juicio de la verdad de lo que digo aquí por la siguiente exposición de los puntos fundamentales, en que había de estribar el sistema.

.º El hombre, en cuanto racional, no entra en la ordenación puramente física de la Naturaleza material; por consiguiente su voluntad obra libremente, respecto de que las causas físicas no tienen influjo inmediato en la racionalidad humana.

.º No entrando el hombre en la ordenación puramente física del Universo, no es parte de éste: y como el Universo ha sido criado para algún fin, no siendo el hombre parte de él (como queda dicho), es muy probable que haya sido creado para el uso del hombre.

.º Este uso se puede considerar de dos modos: uno solamente *físico*, otro *intelectual*.

.º Si el hombre vive en el mundo para usar de él, es preciso que tenga un cuerpo que le haga capaz de habitar en el mundo; y por lo tanto tiene necesidad de *usar físicamente* de las cosas que contribuyen a la subsistencia corpórea, y de acomodarse en esta parte a las leyes de la Naturaleza física.

.º No siendo el hombre, en cuanto racional, parte (como va expresado) del Universo o mundo material, debe tener un orden peculiar suyo, cuyas obras le encaminen a un fin diferente de aquél a que se encaminan las del Universo.

.º Este orden consiste en la recta constitución de las Potencias intelectuales y morales.

.º El fin de las obras de este orden es Dios: cuya existencia se prueba, porque sino existiera, las obras del orden del hombre no tendrían fin alguno.

.º Dios dio entendimiento al hombre para que le conociese: libertad para que pudiese obrar; y voluntad para que hiciese memorias sus obras.

.º El Universo fue creado por Dios, para que en lo admirable de su construcción tuviese siempre el hombre un recuerdo que mantuviese en él la memoria de su Hacedor; y éste es el uso intelectual. De manera que el Universo tiene por fin al hombre; y éste a Dios.

.º Dios creó al hombre con toda la integridad posible en sus potencias intelectuales y morales, en la cual consiste la perfección del orden de su ser. De otro modo Dios hubiera creado un Ente imperfecto en su ser lo que es opuesto a su infinita sabiduría.

.º Los medios que dio Dios al hombre para conservar íntegro su orden, fueron la ley natural, y la Religión natural (perfeccionadas por la justicia original), cuya observancia le encaminaba a su fin.

.º Dios hizo a los hombres sociables para que pudiesen ejercer estos medios; y les concedió el habla para que pudiesen vivir sociablemente.

.º El orden del hombre está corrompido; porque a no estarlo, ni hubiera vicios en el mundo; ni la mayor parte de las gentes ignoraría la verdadera naturaleza de Dios; ni los

hombres tendrían necesidad alguna de perfeccionarse, sino de ejercer la perfección con que los creó su Hacedor supremo, al modo que no la tienen los demás entes.

.º Esta corrupción consiste principalmente en la rebeldía de las pasiones, y en el abuso de la voluntad.

.º Dios, viendo al hombre corrupto, inspiró medios que le restituyesen en algún modo a su primitivo orden: efecto de una infinita Bondad.

.º Estos medios fueron, modificar la Ley natural con las Leyes civiles: y la Religión natural con la rebelada.

.º Estas modificaciones influyeron en la Sociedad y en el Culto: de aquí las Sociedades civiles o Estados, y el Culto externo de la religión.

.º El Culto externo es preciso en la verdadera religión para mantener la verdadera noticia de Dios; y la Sociedad civil para contener el desenfreno de las pasiones, y el abuso de la voluntad.

Las pruebas que confirmarían estas proposiciones, darían un campo dilatadísimo a la meditación del juicio y a la amenidad del ingenio, si por dicha cayesen en manos más hábiles que las mías. Se verían probadas, invenciblemente a mi parecer, la libertad del hombre, la necesidad de que en sus obras haya moralidad intrínseca, y la inmortalidad del alma, puntos sobre que versan más principalmente las controversias de los Sofistas. La corrupción de la naturaleza humana deducida de la excelencia de su orden primitivo; orden que no existe ya, porque si existiera, los hombres carecerían de esta conciencia viciada, acometida, y muchas veces vencida por las pasiones, no siendo ella otra cosa que el juicio íntimo que hacemos de que nos oponemos frecuentemente al orden de nuestro ser: los sistemas de los Sofistas destruidos con la simple suposición de que la racionalidad del hombre no es parte o eslabón de la cadena del Universo, sino un ente sometido a otro orden distinto, que no tiene nada que ver con los movimientos necesarios de la materia: la necesidad de oprimir y enfrenar las pasiones derivada de su rebeldía; rebeldía tan clara y patente, que no sé con que furor osan negarla los mismos que la están manifestando a cada paso en sus escritos. En fin, probada filosóficamente la necesidad de una Revelación, no quedaría efugio a los Sofistas para juzgar que los dogmas del Cristianismo son contrarios a la Razón: porque hallando ésta que es precisa una Revelación para cumplir con las obligaciones de la vida racional, se vería forzada a adoptar la más santa entre las de la tierra, y a someterse por consiguiente a los arcanos inefables de su Criador.

Mucho de esto hay en los Discursos, y he querido exponerlo aquí para que se perciban con más facilidad. Varias notas puestas al fin, facilitarán también la inteligencia de algunos puntos harto intrincados, que no pueden explicarse tan bien en el verso como en la prosa. He procurado convencer a los que se llaman Filósofos con la Filosofía. Si en mis raciocinios se hallare algo de bueno, atribúyase a la bondad de la causa. Lo malo no puede pertenecer sino a mí.

## *CIENCIA DEL HOMBRE*

¿Qué es el hombre, Damon? Naturaleza  
cierra el camino a la Razón, obscura  
siempre que en busca va de su grandeza.

Tiene el hombre en sí mismo  
la ventura que hasta los cielos mismos le levanta,  
excelso sobre toda criatura;

Y ni a sí se comprende, ni quebranta  
la ley que un tardo cuerpo le prescribe,  
peso forzoso que en su ser aguanta.

Aquella unión del alma, por quien vive,  
con la materia vil, que en sí la encierra,  
¿quien, puesto que la advierta, la concibe?

Produce fértil la espaciosa tierra  
sujetos mil, que la Razón alcanza  
cuando las sombras del error destierra;

Ya si en sabrosos frutos afianza  
a la vida, en la fértil Primavera,  
del aterido Invierno la esperanza.

Ya si alta en sus entrañas, no grosera  
mas artífice diestra labra, y cuece  
del oro altivo la abundancia fiera:

Ya si con la república que ofrece  
sobre la hermosa faz de cultas flores  
el humano deleite favorece;

Y fácil respondiendo a los sudores  
del desvelo científico, no veda  
que entienda y goce el hombre sus favores.

Penetra la experiencia y desenreda  
el ciego laberinto de las cosas  
que lleva el tiempo en la veloce rueda;

¿Y a las que son eternas, tenebrosas  
sombras han de cercar, que nos impidan

la luz de mil vigilias laboriosas?

¿Los materiales entes que se anidan  
en la mansión del mundo, y que officiosos  
los simples elementos consolidan,

Nos harán con su ciencia venturosos,  
en tanto que se ignora el que comprende  
inútiles arcanos, si gloriosos?

El Ánimo inmortal, aquel que hiende  
de todo lo criado el artificio,  
entendiéndolo todo, no se entiende:

Porque ni de su ser el beneficio  
cultiva cuanto debe, ni señala  
las leyes con que mueve su edificio.

Él a la eternidad su esencia iguala,  
y obra como mortal en sus acciones,  
confundiendo la buena con la mala.

Tras esto, docto en enlazar razones  
distingue las criaturas, y resuelve  
de su ser por sus varias distinciones;

Y en tanto, ciego en sí, no desenvuelve  
las leyes de su esencia, que en acerba  
y tenebrosa sombra él mismo envuelve.

¿Posible es, que ha de ser tanto proterva  
nuestra mísera suerte, que ignoremos  
la del mismo vigor que nos conserva?

No: dentro de nosotros conocemos  
que podemos obrar, y juntamente  
porque así o de otro modo obrar podemos.

Se condena a sí mismo el delincuente  
recorriendo el proceso de su vida;  
mas con ella se goza el inocente.

Siente, concibe, piensa, con debida  
proporción cuenta el hombre sus potencias,  
y un móvil reconoce de su vida.

Distingue en sus acciones diferencias  
que deriva de orígenes contrarios,  
de su obrar deduciendo sus esencias.

Compone, inventa, inquiere, y de tan varios  
ejercicios su mente el fin percibe,  
sin salir de sus medios ordinarios.

El árbol crece, fructifica, vive;  
mas ni sabe que vive y fructifica,  
ni gobierna sus obras o apercibe.

Pesadumbre o placer el bruto indica  
si es objeto doliente o deleitable  
el que el sentido a su interior aplica;

Pero nunca se juzga miserable,  
ni dichoso se juzga, y ciego sigue  
en su modo de obrar uno y durable.

Sólo el hombre, Damon, sólo consigue  
obrando comprender la acción que intenta,  
sin que a un constante obrar se ate u obligue.

¿Cuál será nuestro mal? ¿Quién nos ausenta  
tanto de nuestro ser, que nos extraña  
de aquello que en nosotros se aposenta?

¿Quién nos lleva al error? ¿Quién nos engaña?  
¿el hombre a sí se ignora, y entre tanto  
sabe el fin que a sus obras acompaña?

De un inútil saber el dulce encanto  
robando el tiempo a la verdad sincera  
su edad envuelve en tenebroso espanto.

El sabio entendimiento, que pudiera  
descubrir las verdades convenientes,  
si a ellas sus luces y vigor volviera;

Divertido en discursos imprudentes  
se aleja de sí mismo, ¡y ay! se priva  
de sus bienes más puros y excelentes.

La opinión le complace, y donde estriba  
la verdad le es austero y enojoso:

a ella se niega, y el error le aviva.

Busquemos nuestro fin. Cuando dichoso  
logre medir la rutilante esfera  
suspensa en el espacio prodigioso:

Cuando, al lado del Padre que modera  
lo que él mismo crió, formarse el mundo,  
tomar las cosas sus asientos viera:

Cuando fijo el Planeta rubicundo  
dilatarse desde el centro su madeja,  
o dar entorno su esplendor fecundo;

¿Qué me puede servir? Allí se queja  
con profundo gemido el sentimiento,  
que por tornarse a su interés forceja:

Y dícame: ¿Cuál es tu pensamiento?  
¿Te harán dueño del cielo sus medidas?  
¿Darante en él el suspirado asiento

Sus inmensas esferas reducidas  
a tu cálculo fiel, o al devaneo  
de leyes a tu antojo prefinidas?

Forastero en su patria, da el deseo  
rienda a la inquisición de otras razones,  
que sirven, no a tu bien, tu recreo.

La industria con que mueves y dispones  
la máquina del mundo a tu albedrío,  
cuando en tu pensamiento la compones:

El orden que en él ves, do el señorío  
luce de su Criador, acomodado  
de tu ingenio soberbio al extravío,

¿Qué te sirve saberle, si olvidado  
del orden que te toca, en el ajeno  
pierdes la estimación de tu cuidado?

El Universo todo no más bueno  
será, porque averigües la constancia  
con que procede de excelencia lleno.

No pende su valor de tu arrogancia:  
mano más poderosa le mantiene  
que no debe su imperio a tu ignorancia.

Tu orden cuelga de ti: tu mano tiene  
aquí su imperio todo: aquí la torna;  
no ya más de su oficio se enajene.

El falso gusto a la Razón soborna,  
y la saca de sí: vuelva al destino,  
y ¡o! estima la alta esencia que te adorna.

¿De un ser inmaterial, puro, divino  
gozas la posesión, y le abandonas  
por seguir la materia en su camino?

Mides el trecho de las cinco Zonas  
que mudar no te es dado: en la cadena  
de los entes creados te aprisionas,

Empeñado en seguir con docta pena  
un progreso inmutable, definido  
que alterar puede solo el que le ordena:

¿Y el orden inmortal, que es concedido  
en tu ánimo a tu imperio, no te mueve?  
¿cuando el hombre del mando ha rehuido?

Allá Neuton en su atracción se cebe,  
mientras tú en la virtud. ¿A sus colores  
la humanidad que beneficio debe?

No ilustran la virtud los resplandores  
del manto de la luz, que se dilata  
del mayor a los orbes inferiores.

El Señor que las cosas cría y ata,  
deja que las dirija. Tú a ti mismo:  
sin ti, tu orden se tuerce o se desata.

En tanto, no curioso en el abismo  
de tus misterios entres: tal codicia  
te dará de uno en otro barbarismo.

Convidó la ambición de la noticia  
a mil sabios ociosos, que perdieron

el tiempo, que él por sí se desperdicia.

En vana ocupación le consumieron  
por saber lo imposible: así mudables  
se apartaron en sectas, y opusieron.

Con torpe vanidad los miserables  
la Verdad invocaban en su abono,  
que yacía en sus senos inviolables:

Y inflamado en los bandos el encono,  
por mantener el odio ya heredado,  
el mayor desatino halló patrono.

Lo que debe saber no lo ha ocultado  
del súbdito mortal la Providencia,  
ni a su especulación juntó el cuidado.

Grita al rústico y sabio la conciencia  
con tono igual en lo interior del pecho  
doctrina no fundada en experiencia.

Allá y acá en sus obras satisfecho  
el feroz Africano, el Europeo  
se encomienda a la paz, o ya al despecho.

Mas declina a las veces el deseo.  
La ocupación del hombre aquí se encierra:  
aquí su ciencia toda, aquí su empleo.

¿Seras tú parte de la obscura tierra,  
por más que en ella morador visible  
reconozcas que su ámbito te cierra?

¿Aquel lazo común, lazo invisible  
que liga el Universo, y mudamente  
sus partes lleva en giro irresistible,

Atarate también, puesto que afrente  
tal ley tu libertad? si aniquilara  
tu ser el Brazo eterno omnipotente

¿El inmenso edificio vacilara  
o cayera en pedazos dividido,  
suelta la trabazón que le juntara?



No así agravies tu ser: no sin sentido,  
cual Estoico fatal, tu servidumbre  
defiendas, doctamente envilecido.

Sacude la terrena pesadumbre,  
y llámate inmortal. Por ti contiene  
sus dones este globo, el sol su lumbre.

El Universo todo algún fin tiene,  
y este fin se halla en ti: tuyo es el uso;  
la Razón te le muestra cual conviene.

Quita al hombre del orbe: no confuso,  
mas inútil verasle: sus esferas  
carecerán del fin que las dispuso.

¿Suplirán tu lugar las rudas fieras,  
materia organizada, parte viva  
del orden que en el todo consideras?

Mas si entran en el orden, él las priva  
del uso. No en aquel tiene su asiento  
quien este logra en la potencia activa.

No parte, habitador tu entendimiento  
del Universo es. De a su grandeza,  
cuanto darle es debido, el pensamiento.

La madre universal Naturaleza  
no al animo sus leyes comunica,  
ni él tiene en sus enlaces su entereza.

Por sí vive y se mueve: multiplica  
sus obras voluntario, o las reprime,  
y él mismo a sus decretos las aplica.

Árbitro de sí propio, ora deprime  
su grande dignidad, o la levanta,  
según la nota que en su obrar imprime.

Guardar un orden debe y le quebranta.  
¿Cuando el sol de su eclíptica desierta?  
¿Cuando dio muestras de sentir la planta?

¿El bruto cuando habló? Cuando despierta  
la insípida materia vio en sus obras

principio libre de constancia incierta?

O tú, alma Libertad, cuando recobras  
al hombre de la esfera de los brutos,  
y en unos faltas, si en el otro sobras,

¿Habrás quién, al contar sus atributos  
te ignore en sí, Filósofo salvaje,  
sordo a sus interiores estatutos?

Escóndase en los montes: torpe baje  
hacia la tierra el rostro, y rumie el heno,  
y en vello trueque el adoptado traje.

Por ti el mortal de su grandeza lleno  
su dignidad respeta; o la corrompe,  
no sin pesar que le remuerde el seno.

El tropiezo detesta que interrompe  
el orden de su ser, y le detesta  
por más que libre y sabidor le rompe.

¡Tanto ofender su dignidad le cuesta!  
Mas tú eres, Libertad, tú la que infamas  
el error que por ti se manifiesta.

Grandes acciones en el pecho inflamas  
mas rústico y servil: entorpecido,  
a su estado primero le reclamas.

No para viles obras producido  
fue el Ánimo inmortal; de su excelencia  
no es propia la miseria en que ha caído.

No entretiene a una eterna inteligencia  
sin degradar su ser, el torpe oficio  
que ofusca la memoria de su esencia.

¿De la sutil Razón digno ejercicio  
vendrá a ser alagar en vil cocina  
la gula del que compra su servicio?

El que en el orbe sublunar domina  
¿en rizar un cabello afeminado  
su fuerza ocupará casi divina?

¿Para esto el ser eterno nos es dado?  
¿La Razón que se eleva, vuela, y pasa  
la inmensidad que abraza lo criado?

¡Sociedad, Sociedad! la justa tasa  
que aplicaste al discurso de la vida,  
con su altura tal vez no se compasa.

Cara seguridad en tu acogida  
compra el hombre, si el tímido recelo  
a oprimir su grandeza le convida.

¡Oh cuántas grandes almas sobre el suelo  
empuñan el arado, y rudamente  
yacen esclavas del civil desvelo!

¡Y oh cuantas que autoriza el eminente  
grado, si se consulta al de Estagira,  
mostrar el clavo deben en la frente!

Mas la culpa es del hombre: él se retira  
de su bien, y se labra sus prisiones:  
él contra su igualdad trama y conspira.

Con virtud me le da: los eslabones  
de la civil unión sueltos quedaron;  
inútiles sus leyes e invenciones.

Los vicios, no los hombres, sujetaron  
los que a vida civil los redujeron,  
y a una ley y a un poder los obligaron.

Rey a los vicios, no a los hombres, dieron:  
juntáronlos en pueblos las maldades,  
donde a obrar concertadas acudieron.

Las cúpulas que elevan las Ciudades  
susténtalas la iniquidad; sin ella  
nos llaman hacia sí las soledades:

Donde segura la Virtud descuella  
desatada y golosa, y libremente  
políticas prisiones atropella.

Trocose en negocioso el inocente  
camino del vivir; y hasta en el vicio

añadió la invención traje aparente.

La Virtud no conoce el artificio,  
y se avergüenza, como va desnuda  
de parecer en el civil oficio.

¿Quién es el hombre que su ser ayuda  
hasta llevarle a su perfecto extremo,  
sin que antes bien a degradarle acuda?

Fatígase en mover el grave remo  
de la vida, y trabaja sin descanso  
por ser ladrón, adúltero, o blasfemo.

¿Por obrar con maldad tanto me canso?  
¿Trabajosa malicia me es más grata,  
que un justo proceder tranquilo y manso?

Filósofos divinos, a quien trata  
benigna la Razón, la gran potencia  
que el alto ser del Hacedor retrata;

Si hay entre el hombre y bruto diferencia,  
y en el hombre algún orden, y este acaso  
consiste en la virtud y su excelencia,

Responded: ¿por qué siempre tuerce el paso  
de su orden el mortal, y en las virtudes,  
si no falto, a lo menos anda escaso?

Traición, hurto, avaricia, ingraticudes,  
falsedades, engaños, guerra, y cuantas  
ejerce la maldad solicitudes,

No debiendo ser una ¿por qué tantas  
serán, pues no en el hombre se nivelan  
al ser a que, o gran Ente, le levantas?

Para errar torpemente se desvelan,  
mientras que menos tiempo yo consumo  
en creer lo que del cielo me revelan.

No es saber con verdad, cuando presumo  
que puede ser así: fúndase en esto  
la humana ciencia, y se resuelve en humo.

Sólo sé que conozco descompuesto  
mi ser, y obscurecida su alta esencia,  
y está en mi arbitrio el dirigirla puesto.

Si a la virtud me llama la conciencia,  
y la debo oponer a las maldades;  
ésta es del hombre la sublime ciencia:  
las demás vanidad de vanidades.

## DISCURSO II

*Imposibilidad en que se halla el entendimiento de alcanzar la verdadera noticia  
y culto de Dios.*

Oh tú santa Verdad, Verdad divina  
excelso bien, que la miseria humana  
conduces sola al inmortal descanso:  
Tú que mueves el flaco entendimiento,  
y haces que el hombre de su ser mantenga  
la augusta dignidad, que en sí contiene;  
pues por ti, sacudiendo el torpe sueño,  
la Razón ejercita, así mostrando  
cuando inquiere las causas de las cosas,  
que es ella de su ser el distintivo:  
desciende ya de la mansión etérea,  
que esconde tu valor a los mortales,  
y tu vigor en ellos comunica:  
Desciende ya, y las alas encogidas  
despliega por la esfera transparente,  
y tu vuelo a los hombres se encamine,  
por más que de su vista te distraiga  
haber sido una vez ya despedida.  
Bate, bate las alas prestamente,  
y sella con la planta de diamante  
este obscuro edificio que habitamos,  
obscuro por tu ausencia. Sus tinieblas  
desharás; y esparciendo tus reflejos  
de lumbre perdurable, hasta el abismo,  
santa Verdad, arrojar a las sombras  
que a la esencia del hombre contradicen.

Su labio invoca tu Deidad airada  
cuando en el vano sacrificio pierde

los humos con que anubla tus altares.  
Oyes el ruego, y a los ruegos sorda,  
gozándote en ti misma, ni te inclinan  
los votos, ni los humos reverentes  
que del sabeo aroma se levantan  
a llamarte en espesos remolinos,  
atraen tu presencia desde el cielo,  
do en quieta paz tu posesión obtienes.  
Mas ven, santa Verdad, que no son todos  
malvados en la tierra. Pechos justos  
su ruego envían a tu sorda oreja  
con puro labio, y con deseos puros.  
Ellos son los que llegan a las causas  
de los prodigios que en el mundo admiran,  
con docto miedo y reverente paso.  
Ellos son los que nunca a Dios usurpan  
el poder, a su antojo fabricando  
vanos mundos, o atando a sus discursos  
las leyes con que dura el Universo.  
Ellos son los que tímidos no tocan  
los misterios al hombre inaccesibles  
y sólo aspiran a saber aquello  
que el justo cielo a la Razón permite.  
Ellos son los que estudian en sí mismos  
hasta donde su espíritu se alarga,  
y nunca niegan porque nunca alcancen  
el ser o la razón de lo que inquietan.

¿Y a estos se niega la Verdad? ¡Ah! «En vano  
»pródiga al hombre dio Naturaleza  
»estímulo al saber, y entendimiento  
»que a lo íntimo penetra de las cosas,  
»si nunca en ellas la verdad se muestra.»  
Mas ¿quién a la Deidad omnipotente  
las causas pide de la ley que impone?  
Este ser le debemos, que pudiera  
negarnos, reduciendo nuestra esencia  
a no parecer nunca entre las cosas;  
¿y razón de sus obras todavía  
al Árbitro pedimos de las nuestras?

Atento el hombre a su miseria un tiempo,  
con diestra mano y reflexión aguda  
socorros sólo a su vivir buscaba,  
que al frecuente peligro se opusiesen.  
Del veneno el antídoto formando,

contra el tiempo y las fieras, en las fieras  
defensa halló y abrigo juntamente.  
Sembrados mil groseros edificios  
por el campo espacioso, como brillan  
engastados los fúlgidos luceros  
por el cerúleo cielo en clara noche;  
no a la soberbia ostentación, o a aquélla,  
que en la urbana ambición halló disculpa,  
civil magnificencia dedicados;  
mas solo al beneficio de la vida,  
a mil familias inocentes daban  
mansión a su inocencia conveniente.  
Domesticar el rústico novillo;  
romper la frente a la fecunda tierra  
para que más fecunda, de sus dones  
luciese alarde en el enjuto estío;  
acostumbrar las simples ovejuelas  
a la voz del zagal; torcer la margen  
al risueño arroyuelo, y con sus aguas  
fecundar las hidrópicas legumbres:  
ciencias fueron, si bien no muy sutiles,  
que hicieron por lo menos venturosos  
a los que en sus progresos se ocupaban.  
Poder vivir exentos del peligro  
fue la ciencia primera de los hombres.  
Halladas las defensas, y seguros  
ya del riesgo continuo; sin tardanza  
tornáronse a buscar lo que ofreciera,  
no ya seguridad, sino regalo  
y deleite tal vez que compensase  
los males compañeros de la vida.  
La docta Poesía, entonces presta  
su esfera celestial desamparando,  
en traje, no pomposo, mas sucinto,  
y tal que delineaba de sus miembros  
la hermosa proporción y compostura,  
bajo a la tierra en encendidas alas  
y esparciendo su lumbre prodigiosa  
por los tranquilos pechos, inflamados  
prorrumpieron en himnos, que a las aves  
el canto no aprehendido interrumpían.

¡Ay! ¡y cuan presto convirtió en desgracias  
sus venturas el hombre! Aquel deseo  
que a hacerle venturoso le llevaba,  
vino a hacerle infeliz. Introducida

la mísera discordia en sus moradas,  
enajenó los ánimos unidos,  
y abrió el camino a la sangrienta guerra.  
Los que antes aguzaban el ingenio  
para alargar la edad, y mantenerla  
exenta de molestias y peligros;  
vuelto ya contra sí, buscaban artes  
con que acabar la edad, o reducirla  
a caducar en juveniles días.  
Entre el estruendo del clarín agudo  
corrió el tiempo pisando, en vez de selvas  
habitadas con paz y regocijo,  
corbos escudos, sanguinosas mallas,  
y carros rechinantes: cual de Marte  
la corrida feroz nos representa  
la mítica creencia del Griego,  
cuando blandiendo la fornida lanza  
y ceñida la cota de diamante  
en la cruda batalla se embravece.  
Sus cúpulas alzaron las Ciudades,  
y los soberbios montes trasladados  
subieron en los grandes edificios,  
que levantaron la ambición y el arte.  
Entonces fue cuando aspiró el deseo  
a saber lo imposible. En la abundancia  
reinó el ocio; y el ocio no contento  
buscó solicitud, que alimentase  
la inquietud con que el ánimo nos mueve.  
Oh tú, Necesidad, ¿por qué cesaste  
de aguijar el conato de los hombres?  
Tú de las artes útiles maestra,  
sin enredarnos entre obscuras dudas,  
nos dejaste preceptos, que conservan  
y deleitan la edad que nos es dada.  
Cesaste de afligirnos: y el que un tiempo  
en la verdad, abierta a sus sentidos,  
halló remedio y ciencia juntamente;  
falto de ocupación, su entendimiento  
convirtió a mil objetos reservados,  
y de sabio que fue, se hizo adivino.  
La Verdad, fugitiva, acostumbrada  
a morar en los pechos laboriosos,  
visto el trastorno del mortal desvelo  
que a la curiosidad todo se daba,  
subiose al cielo, y nos dejó en castigo  
la ambición de saber. Livianas sombras,



que su traza y figura representan  
esparció por la esfera que nos ciñe,  
las cuales, discurriendo por las cosas,  
prestasen pasto a la Razón soberbia.  
Pacífica en su reino, desde el solio  
que goza allá en las célicas regiones,  
vio con risa a los doctos de la tierra  
cazar ansiosamente sombras vanas,  
y afirmar su verdad muy satisfechos.  
Los dividió el engaño: desde entonces  
ahuyentada la paz, que escasamente  
su lugar en la tierra mantenía,  
sucedió la discordia, y todo el orbe  
fue con sangre y disputas inundado.  
La defensa del límite adquirido  
dio el acero a la mano: y la codicia  
de igualarse al Autor que entiende solo  
las causas de las cosas que produjo,  
al labio dio el sofístico ejercicio:  
cedió la Paz, cedió la Verdad santa,  
y obstinándose más en sus contiendas  
el linaje mortal; al fin se hicieron  
la Guerra y la Opinión reinas del mundo.

De una y otra el tiránico dominio siente  
la Religión. Cuando la Guerra  
el fuego aplica a las paredes sacras,  
y hace que de los templos las columnas  
tiemblen, y caigan entre espesos humos  
los techos desquiciados, oprimiendo  
con su peso los santos simulacros  
del Señor, por quien somos lo que somos.  
Cuando iracunda, con sangrienta mano  
derriba de las aras venerables  
y destruye en livianos desperdicios  
las imágenes mismas del que vela  
sobre nuestra entereza, y la mantiene:  
La Opinión insolente con altiva  
cerviz, cual si se abrieran a sus ojos  
las íntimas entrañas de las cosas,  
o cual si a sus decretos inclinara  
su torno el mundo, o se rasgaran leves  
los velos celestiales a su vista,  
con ella hasta el retrete penetrando  
donde tienen las causas su principio;  
libre pronuncia, y sin temor decide

cuanto el antojo a su invención ofrece.  
Repartida en los juicios de los hombres,  
con furor filosófico en algunos  
a su ley las eternas sujetando,  
se atreve a la Deidad, y de su esencia  
describe el modo y la razón, no menos  
que si Dios de su ser deudor le fuera.  
Aquí a las aras se abalanza, y de ellas  
arroja las ofrendas que tributa  
la criatura al Criador: enfierecida  
con la Razón prestada, al Ente mismo  
que prestársela quiso, desconoce.  
Allí, desvaneciendo las noticias  
que al juicio de las gentes son comunes,  
en la virtud y en la maldad deshace  
su intrínseco valor, y las iguala;  
cual si al hombre, el mejor de los vivientes,  
faltara un orden, cuando en sí le muestran  
la fiera, el ave, el árbol, la torpeza  
de lo mismo insensible, y en sus giros  
la esfera rutilante, do anegados  
los nunca errantes astros, mudamente  
obedecen la ley que recibieron.

¡Siquiera aquéllos, deteniendo el curso  
de sus vueltas durables, no trajeran  
consigo el tiempo en que a la luz nacimos!  
La Piedad otro tiempo combatida  
por el amor a las costumbres viejas  
lo es hoy por la malicia. Como suelen  
con súbita presteza y a menudo  
nacer vanas ampollas en el agua,  
cuando rompe violenta sobre piedra  
que enfrena su corriente y la resiste:  
así por todas partes discurriendo  
la Opinión, en la piedra tropezando  
donde el ara divina se sustenta,  
que el Dios ungido levantó y defiende,  
ampollas filosóficas engendra  
que combaten el ara: mueren unas,  
y otras suceden, y otras; pero el ara  
erguida y firme, cual sagrado Olimpo  
alza sobre ellas la serena cima.

Siglo infeliz, ¿la gloria de tus letras  
estriba sólo en que los hombres nieguen

que el Ente más feliz a sus criaturas  
no hacer felices quiso? ¿Un culto pueblo  
dejará de ser culto, porque ignore  
que la Deidad que el Universo mueve,  
es el mismo Universo, transformada  
la Materia en figuras diferentes?  
El rústico Otentote, el rudo Scita,  
el que del hombre en cautiverio habido,  
hombre el abominable, hace alimento,  
¿perderá su rudeza cuando alcance  
que es necesario el mal: que los mortales  
aprisionados en fatal cadena  
matan, roban, engañan sin su culpa,  
puesto que Dios en la elección primera  
eligió el más perfecto de los mundos,  
y es necesario el mal en lo perfecto?  
Admirable Sofista, tú que gritas tu  
celo por el bien de los humanos;  
por vida tuya, cuando agudo empleas  
la intención de tu espíritu en mostrarnos  
que es de su religión árbitro el hombre,  
¿en qué máquina, dínos, descendida  
vino a hacerte partícipe dichoso  
de sus designios la Deidad eterna?

«La Razón diligente, que descubre  
»los grados de las cosas, me amonesta  
»que hay un Dios, y a ese sólo adorar debo.»  
Mas ¿cuál es ese Dios? Platón divino,  
sutil Estagirita, respondedme,  
Tú, rígido Zenón: tú de un vil huerto  
ocioso agricultor, donde el deleite  
se levantó a opinión, de torpe vicio:  
venerables Filósofos vosotros  
a quien no puso miedo el rayo ardiente  
del Jove tronador, ni en quien el hijo  
vengó jamás con la saeta airada  
la burla de los Píticos furios  
en el mímico oráculo de Delfos;  
ea, pues la Razón fue vuestro norte,  
y conducidos de ella el Universo  
desentrañasteis todo, señalando  
las leyes inmutables en que libra  
su duración; si pueden vuestros juicios  
convenirse una vez, decidme todos:  
yo debo un culto a una Deidad suprema,

¿cuál es esa Deidad? ¿qué culto pide?  
¿Os dividís? ¿Ninguno así conviene  
con el sentir del otro? Conocemos  
en fin que sois Filósofos. Si es dada  
al hombre la Razón para que alcance  
lo que más a su ser es conveniente;  
si a todos es común, si todos piensan,  
si raciocinan todos, ¿por qué causa  
no todos de una suerte raciocinan?  
Podrá, por cierto, el hombre en sus conflictos  
implorar el favor, más que de Jove,  
del obscuro Hegemónico del mundo.  
Los inútiles Entes, que dormidos  
allá en los intermundios tenebrosos  
en ocio yacen, sentirán sin duda,  
cuando Apolo sus víctimas usurpe,  
que a ellos sus votos el mortal no envíe  
para que nunca en su cuidado entiendan.  
Vendrán mejor las aras al Esclavo  
de la suerte inviolable, al que obedece  
al Hado a quien las cosas obedecen;  
que al que sobre la concha del mar gobierna,  
con húmedo tridente y voz hinchada.  
Y tú, Platón, ¿qué Dios nos determinas  
entre la muchedumbre de tus Dioses?  
Mas ¿qué busco en vosotros, si buscando,  
también cual yo, dudáis lo que no dudo?  
Conocisteis el bárbaro ejercicio  
del torpe Sacrifícolo: el incienso  
negasteis a los bultos impudentes  
del idólatra ciego; y entre tanto,  
queriendo hollar la incomprehensible senda  
de conocer a Dios, nos enseñasteis  
Dioses más torpes que los torpes bultos:  
ved la Deidad que la Razón descubre.

Más temeraria, y disculpable menos,  
hoy en sus yerros la Razón se aplaude,  
fácil creyendo que su fuerza eleva.  
Pudo en su Estoa, en su Academo, un Sabio  
destituido de la voz divina  
resbalar al error, cuando sujeto  
al engaño común, a los vulgares  
doctos errores, de verdades falto,  
sustituir en su enseñanza quiso.  
«El Dios supremo (Jenofón decía)

»que mueve todo, y poderoso rige  
»el esclavo universo, declarado  
»bien en sus obras su poder descubre:  
»la forma, el ser de obscuridad ceñido,  
»se niega a los mortales.» ¿Por ventura  
será ninguno tu saber, si el juicio  
de lo que el cielo te reserva apartas?  
Pero es soberbio el hombre. Ni le vencen  
claros estorbos que en sus luces toca:  
ni crédito da a Dios, si de otra suerte  
áspera menos su ignorancia instruye.  
Cuanto me admira que en la Grecia un tiempo  
no fuese el seno de los Sabios todos  
la escuela de Pirrón: tanto me admira  
que se hallen hoy celebros que antepongan  
a firmes dogmas opiniones vanas.  
Vino ya el tiempo, ¡ah! vino en que del cielo  
recibimos la voz. El Dueño, el Padre  
de los hombres, benéfico los hombres  
trasladó a la verdad. «No es Dios el mundo,  
dijo: no el fuego artificioso y sabio  
insinuado en él. Torpes ideas,  
ciegos errores, que inventáis Deidades  
aun al hombre inferiores, resumidos  
en humo, en nada, el miserable suelo  
descargad de vosotros; y hermanadas  
las gentes una vez, desde la plaga  
que el austro hiela al círculo contrario  
sólo mi nombre, el verdadero, reine.»  
Corrió a la voz la docta muchedumbre  
que en la esperanza de mejores dogmas  
heredó al cierto Sócrates. Eterno,  
inmenso, inmaterial, omnipotente  
desde aquel punto, indubitable, a todos  
compareció el gran Numen; cualidades  
que antes dudaba o disputaba el docto.  
¿Qué pretendéis, Filósofos impuros,  
que así de esto os burláis? Id en buena hora,  
id y adorad vuestras ideas vagas,  
y caducos sistemas. Pero en tanto  
no a la verdad atribuyáis abusos,  
que el instrumento, por quien obra, causa.

Víctima el hombre de su esencia, humilde  
sirve a sus leyes. La Razón (no hay duda)  
sólo en la tierra pasajera, alcanza

cuanto es en si la adoración que debe.  
¿Qué importará que un mísero Teodoro  
la Deidad desconozca, si humillado  
desmiente el mundo su impiedad risible?  
Incita al pueblo a la Piedad el labio  
de un Hermes, de un Ion: sin resistencia  
levantan aras al oculto Numen  
que adoran y no ven, y que pervierten  
por causa triste de mortal flaqueza.  
Al cielo elevan reverentes templos,  
monumentos soberbios que atestiguan  
su encogida humildad, donde hermanados,  
no a añadir gloria al que de toda es Padre,  
Dueño y Dispensador; mas antes sólo  
con voto unido a agradecer acuden  
el ser que deben al que darle quiso.  
Los hombres mismos que de Dios admiten  
fáciles la creencia, el culto, instados  
del Hermes, del Ion; sordos al mando  
de su voz cuando excita las virtudes,  
objeto sabio de sus sabias leyes,  
repugnan duros, y obstinados huyen  
el santo freno, o con furor le rompen.  
No me dirá del inmortal Lucrecio  
la elocuencia mortífera, ¿qué causa  
(pues tanto en ellas su desvelo pierde)  
hace que el hombre a la Piedad se rinda,  
y niegue a la virtud? Si de las altas  
regiones asomaba amenazando  
la Religión ceñuda a los mortales;  
¿por qué no huyeron el aspecto horrible,  
cual el de cruda y carnífera peste?  
Desatinó el sofístico Poeta:::  
¿Mas cuándo no un Poeta y un Sofista?  
La Religión, si entre el etéreo velo  
de la suma región tal vez al mundo  
descubrió su semblante, no ceñuda,  
mas dulce y blanda, a la mortal flaqueza,  
que escuchaba en los hombres, clamaría:  
«Mercenaria familia, siervos libres,  
entes creados, pues de serlo habita  
la noticia en vosotros, por decreto  
del que en la grande sucesión de cosas  
con la Razón y Voluntad de cuantas  
pueblan el suelo os distinguió benigno;  
pues conocéis que la existencia vuestra,

generosa entre todas, de otra mano  
procede y la debéis, reconocedlo:  
restituid al cielo el beneficio  
en digna ostentación de sus bondades.  
Ni ya sin ellas el aliento vuestro  
respira con la vida: atados siempre  
al arbitrio supremo, el ser camina  
que vivís obediente al Ser inmenso.  
Él os mantiene, os continúa, en tanto  
que os espera en su trono, por la tierra  
derramados llenando su designios.  
Si os dio Razón, para formaros dignos  
de gozarle os la dio. La tierra, el orbe  
la milagrosa y enlazada a un tiempo  
variedad con que puebla sus espacios  
el hermoso Universo, no a prestaros  
noticia del gran Ente se dirigen  
él con carácter indeleble en todos  
la grabó, cuando os vio la luz primera;  
mas en la unión del admirable mundo,  
que mantuvierais pretendió, admirando  
su infinito poder, alta memoria  
de su existencia y dependencia vuestra.  
Llenad la tierra de su gloria. Ciñan  
cóncavos templos los loores santos  
enviados al cielo: simulacros,  
aras, ofrendas, y del pueblo electa  
y pura parte en ministerio justo  
muestren que sois agradecidos cuanto  
que lo seáis el Criador requiere.»

¡Oh voz mal escuchada! ensordecida,  
y el eco acaso entre las gentes sólo  
duró, ofuscada la razón primera.  
Porque esparcido, y a confines ciertos  
reducido el linaje de los hombres,  
bien que obediente a la impresión, del cielo  
venerase el poder; de la alta esencia  
así trocó la puntual noticia,  
que respetando el natural impulso,  
a objetos viles consagró los votos  
al Ente inmenso y su virtud debidos.  
¿Fueron exentos del error frecuente  
los que en el hondo meditar libraron  
su crédito perpetuo? En mil escuelas  
mil Dioses. ¿Ni en que modo al cierto Numen

grato sería el ofrecido obsequio  
a imaginarios Númenes? Crisipo,  
¿cuál es tu Dios? El Ether invisible,  
empero material, que ardiente ocupa  
y vivifica el Universo todo.  
Mas si es diversa del que el orbe rige  
la esencia, la virtud, ¿tú por ventura  
le adoras? No en el nombre solamente  
se funda la Piedad. Si reverencias  
a Dios, cual es reverenciarle debes:  
de otra manera a tu cerebro adoras.

Ved el poder de la Razón. De Dioses  
inundada la tierra. De principios  
llenas las sectas: divididas todas  
en señalar la potestad del Ente,  
su término, su ser. Esto ¿qué indica?  
Inclina al hombre la virtud: de gozo  
baña su frente en teatral engaño  
si el virtuoso, aunque fingido, triunfa.  
Ve la Malicia su malicia en otros,  
y los mormura. La conciencia admite  
el sentimiento a su ejercicio impuesto.  
En tanto el hombre, la virtud loando,  
vive en los vicios. A su hermano engaña  
el que se enoja si a engañarle llegan.  
Roba el ladrón y mata vengativo  
al compañero que sus hurtos roba.

Sofista obscuro, tu soberbia humilla,  
y retratada en mil varones sabios  
ve tu fragilidad: si reconoces  
en ellos tu Razón, los extravíos  
que van con ella; a la Piedad traslada  
(si de ella sabes) el suceso mismo.  
Inclina al hombre el sentimiento santo  
que a la sublime adoración le guía:  
sigue el impulso: erige los altares.  
Pero en el punto de poner sobre ellos  
de una Deidad el bulto o simulacro,  
tuerce el destino, y en la basa apoya  
en vez de un Dios, una serpiente inmunda,  
un rudo buey, o un vil facineroso.  
Sócrates, tú el resuelto, el que igualmente  
a los supersticiosos perseguiste,  
que a los Sofistas y habladores vanos:



responde: en juicio al Areópago arrastra  
tu persona Melito. Las Deidades  
en quien sus esperanzas deposita  
la Ciudad mofa Sócrates, y a solas  
a extraños Lares en su casa inciensa:  
de impío lo acuso. Satisfaga al cargo,  
o sin tardanza la cicuta beba.  
¿Cuál es tu excusa? «La Deidad, oh Jueces,  
aunque una sola, en semejanzas varias  
al culto humano presentarse puede;  
mas no alterada su inefable esencia,  
en ridículos entes colocarse.  
El cierto culto, pues a Dios se ofrece,  
negocio es suyo el prescribirle. Cosas  
a Dios pertenecientes, a el tan sólo,  
que en si las tiene, declarar es dado.  
¿Por medio cuál comprenderá a lo inmenso  
lo limitado en cárceles caducas?  
Mi Genio::: «A la cicuta: al Pueblo niega  
la potestad de reprobar los Dioses  
o aprobarlos al culto. La malicia  
triunfó en fin. Murió Sócrates a instancia  
de la superstición. Pero si el cielo  
segunda vez en nuestro siglo el Sabio  
restituyera al mundo: si resuelto,  
si doctamente sincero, cual antes,  
ante algún Gorgias de la edad presente  
lo que ante el Areópago disputara:  
si a Dios fiara la noticia cierta  
de lo que es su Deidad, esperanzado  
de saberlo por él, bien convencido  
de la angostura de su juicio: ¡pobre,  
pobre Sócrates! presto a la cicuta  
le llevaran incrédulos Voltaires,  
cual crédulos Melitos en su tiempo.

### DISCURSO III

#### *Corrupción del Hombre*

Oh vosotros, Espíritus agudos,  
de atinada razón y juicio entero,  
profetas enviados a la tierra

para enseñarla y reformarla en todo;  
vuestro iniciado soy, catequizadme.  
He aquí ya desechados los despojos  
de mi primera educación: al templo  
de la Razón me acojo, suspendiendo,  
con voto a la Verdad, en sus columnas  
sentencias y opiniones adquiridas  
en el falso comercio de los hombres.  
Yo debo el ser a otro poder, y debo  
sujetarme a las leyes que convienen  
al orden que me dio la excelsa mano.  
La bestia solitaria, las que imitan  
la humana sociedad en sus catervas  
la ave que rompe el invisible velo  
del líquido elemento que nos ciñe,  
los entes todos que a formar conspiran  
la enlazada república del mundo,  
diversos todos en obrar, mantienen  
el orden singular que les es dado  
constantemente, y como el ciego sigue  
la senda de la mano que le guía.  
Si yo también entre los entes tengo  
asiento señalado, y mis acciones  
conspiran a algún fin; aquí os invoco:  
¿Cuál es el orden de mi esencia? ¿Cuáles  
las leyes que a mi término me llevan?

«Ejerce la virtud, y a un Dios adora.  
Mas ¿quién me guiará? Mas ¿por qué causa  
si es mi orden la virtud, quebranto o tuerzo  
tan fácilmente el proceder de mi orden?  
¿Qué os dice la Razón? Yo miserable  
traigo conmigo a la cansada vida  
la persuasión de la virtud impresa  
en las íntimas túnicas del alma;  
y siendo esta mi ley, causa ligera  
opone a su observancia las pasiones  
que trastornan mi estado, y al delito  
me inclinan o me arrastran, cual si fueran  
el orden de mi esencia las maldades.

¿De dónde en mí la inclinación al vicio?  
¿De dónde en mí que involuntaria casi  
resbale a la maldad súbitamente  
la fácil voluntad, como pudiera  
en deleznable hielo incauto niño?

¿Será que Dios, el justo, el bueno, el sabio,  
dar quiso ser a un ente, en quien la fuerza  
que induce a quebrantar la ley prescrita,  
avasallase al infeliz principio  
que a la observancia de la ley induce?  
¡Tiránica creación! Y predicando  
tal Deidad los Sofistas ¿decir osan  
que un Tirano en su Dios el Fiel anuncia?  
¡Miserable Razón! si se dirige  
por tu trémula luz el pensamiento,  
nada se arroja a establecer del orden  
que impuso el Hacedor en sus criaturas  
sin que, o no Dios, o injusto, le presente.  
Confusa tropa de ignorantes Sabios  
ansiosa acude: con ardiente ahínco,  
por socorrer mi indecisión, furiosos  
asen de mí, y a la región me llevan  
donde en su trono la Opinión reside.

Lóbrega sombra en tenebrosa noche,  
cuando cubierto de preñadas nubes  
lúgubre esconde su semblante el cielo,  
no es comparable a la en que eternamente  
aquel triste lugar está sumido.  
Espeso bulto de cerrada niebla  
del centro se levanta, que a los ojos  
dudosamente su apariencia envía;  
del cual cercado y ofuscado el trono,  
desde él, señora la Matrona vana,  
con soberano ceño a sus esclavos  
en equívoca voz sus leyes dicta.  
Cerca del trono abominable tienen  
perpetuo asiento la Arrogancia hinchada,  
la flaca Envidia, y el Desprecio adusto;  
y en torno dél con alas nunca ciertas  
vuelan en forma de malignos Genios  
los falsos Pensamientos, prontos siempre  
a inspirar la erección de los sistemas:  
fieles ministros de su Reina, al gusto  
de ella se ajustan y en sus siervos obran  
efectos a su oficio semejantes.  
Ella, celosa de su imperio, a todos  
por la Verdad se vende; y ellos ciegos  
por la Verdad con sumisión la adoran.

Pusieronme a su vista, y dirigiendo

a mí su voz, «Mancebo. los mortales  
por mí (dijo) su nombre inmortalizan.  
La ciencia en mí reside: mis decretos  
sagrados son; el mísero que pruebe  
refutar su verdad, como execrable  
sufrirá la venganza de los míos.  
Yo se que en ti con ansia el gran deseo  
de hacer tu gloria perdurable asiste,  
y que a este fin elegirás ufano  
medios valientes que el heroico pecho  
del vulgo aparten y tu gloria afirmen.  
Fía de mí. El tumulto de las gentes  
de su ignorancia en los civiles partos  
se ocupa firme, y cuanto así dispone  
o al cielo lo atribuye, o de su esencia  
a la seguridad que en todo busca.  
Búrlate de él; y aniquilando estilos  
vulgares en la tierra, mis decretos  
propaga audaz si a mi favor aspiras.»

Calló. Yo, simple, persuadido espero  
recibir el oráculo. A este punto  
vuelvo la vista a la región obscura,  
y en torno la rodeo; y afanado  
trasveo por la sombra un gran tumulto  
no bien distinto a la ofuscada vista,  
que busca la Verdad entre tinieblas.  
En este instante desde el pardo trono  
se oyó la voz de la Matrona. Todos  
a ella se vuelven en tropel confuso:  
faltos de luz, acelerando el paso,  
unos en otros tropezando caen,  
y no por eso la arrogancia pierden.

Suspenso todo: la Opinión entonces,  
«Hijos (les dice), deshacer errores  
sin que a un error deshecho substituya  
nueva verdad el creador ingenio,  
no es obra de talentos generosos.  
Si os persuadís que os ligan otras leyes  
que las que os dicta la Razón, en vano  
os divorciáis del popular tumulto.  
Pasad la vista por la tierra: varia  
en estilos, en usos, de mil gentes  
de opuesto proceder vereisla llena.  
El Genio excelso que concibe cuanto

debe a su ser, a la Ignorancia deja  
seguir los usos que introdujo, y solo  
se forma un mundo en que él habite y siga  
la ley que su Razón le señalare.  
Id, pues: formadle, que en la edad futura  
será premiada la fatiga, cuando suene  
con reverencia vuestro nombre.»

Todos, su industria previniendo, parten  
a levantar el edificio a una  
con nueva fuerza y regocijo... Pero  
apenas juntos a tratar comienzan  
de la ley general que ha de imponerse;  
¡eterno Dios! ¿qué voz será bastante  
para expresar la división horrible,  
la discordia feroz que entre ellos hubo?  
Bien como cuando en popular Estado  
plebeya gente a su negocio atenta  
del bien común a conferir se junta,  
que hacia el propio interés encaminando  
cada individuo el general, discordes  
juzgan que a todos extenderse debe  
la ley que a sí se aplica cada uno:  
crece el calor de la disputa, y puesta  
ya en su punto la cólera, soberbios  
gritan y esfuerzan su opinión, y al cabo  
sin formar ley alguna se separan,  
y cada miembro a su albedrío sigue  
la que más a su objeto es conveniente:  
así avivando la Arrogancia el fuego,  
del Desprecio ayudada y de la Envidia,  
en aquellos esclavos miserables  
se encendió la discordia y bravo enojo.  
De aquí y de allí a una voz se oyen clamores  
que entre sí se confunden, y a la oreja  
sólo un ruido atronador ofrecen.  
Declaman, ponen, contradicen, fundan,  
derriban: y el discurso enardecido  
en injurias prorrumpe con que airados  
mutuamente se hieren y motejan.

Yo atónito miraba y admiraba  
la civil desunión: y revolviendo  
en lo íntimo del pecho con angustia  
lo que presente vía; vuelto al cielo,  
!oh Dios! (exclamo), si una ley me obliga

impuesta en mí para agradarte ¿de éstas  
cuál seguir debo? En esto, cual si fuera  
digno mi ruego de un prodigio, el cielo  
rasga su velo, y de su seno lanza  
un cúmulo de luces esplendentes,  
que hicieron clara la región oscura  
aún más que cuando con cabellos de oro  
tranquilo el sol de sus reflejos dora  
sin embarazo la serena esfera.

Graciosa Virgen luego sustentada  
de nácar y oro en transparentes nubes  
el aire hiende hacia nosotros. Alza  
su rostro a ella la Opinión, y al verla  
súbita huye repitiendo ronca.

¡oh Verdad! ¡oh Verdad! Al gran portento  
cesa el tumulto; y fue de ver que apenas,  
o sospecharon, o entreoyeron que era  
la Verdad la que a ellos descendía,  
trocada en lazo estrecho la discordia  
se unen amigos, y conformes niegan  
que aquélla sea la Verdad. La miran,  
y heridos de su luz la desconocen  
porque verla no pueden. Votan todos  
que es apariencia, o concertada máquina  
de artífice fanático que tienta  
aparentar milagros en su abono.

Ríen y aplauden su advertencia aguda  
y gran discernimiento; y desatados  
en donaires y juego, de la Virgen  
se burlan y se gozan con su triunfo.  
Ella tranquila, de piedad risueña  
bañadas las angélicas mejillas,  
la ciega turba con desdén miraba,  
en la cándida frente delineando  
compasión y desprecio. Silenciosa  
a sí me llama, y a la esfera suma  
arrebatando el presuroso vuelo  
a su lado me lleva: y mis Sofistas,  
segunda vez entre tinieblas, tornan  
a desunirse y difamarse; y sueltos,  
cada uno parte a fabricar su mundo.

Yo embelesado con mi dicha, apenas  
crédito daba a mis sentidos: subo  
y no pienso en que subo. A gran distancia  
detuvo en fin su ascenso, y desplegando

los dulcísimos labios, en la mía  
puesta su vista, hablome de esta suerte.

«Si ya las dudas en que ociosa vela  
la liviandad de los altivos sabios  
que a Dios corregir quieren, mi designio  
fuera aquí declararte sin reserva;  
contigo hollando las esferas todas,  
y el diáfano espacio penetrando  
por donde siguen su carrera cierta  
esos orbes inmensos que a tu vista  
sólo blancas vislumbres aparecen,  
te pusiera en el centro del empyreo,  
y al lado del Artífice supremo  
sus leyes y destinos alcanzaras.  
Yo sé que entonces juzgarías vanos  
y de ningún momento los esfuerzos  
que tanto allá en tu mundo se celebran,  
cuando sin freno alguno los mortales  
al gran Dios sus quimeras atribuyen.  
Vieras el Universo cual formado  
fue por su mano excelsa; no cual ellos,  
con viles leyes de su mente indignas,  
ignorantes artífices le forman.  
Burlaras los pomposos atributos  
del *divino Neuton*, del *gran Cartesio*,  
con que se honoran porque al fin consiguen  
herrar con agudeza entre ignorantes.  
Pero no es éste tu destino. ¿Juzgas  
que Dios, el justo Dios, te negaría  
este conocimiento si tu esencia  
por medio dél lograra mejorarse?  
No lejos de la Luna, en este espacio  
medio entre ella y tu globo, parar debes  
tú que fuiste a su esfera destinado.»

¡Ah! (dije yo): pues la ocasión convida  
y fácil no es que la Verdad dos veces  
a un mísero mortal busque y visite  
haced, haced Señora, que mis dudas  
tengan fin. Conducidme donde note  
como el Sol sobre su eje se rodea  
como dilata de la luz los rayos  
su benéfica lumbre y raudo fuego:  
si arrebatados hacia el centro oponen  
su íntima fuerza los menores globos,

y de la oposición nacen sus giros:  
si hasta las Fijas la materia cunde  
de la lumbre solar, y tienen de ella  
el brillo que en sus haces resplandece;  
o si es para ellas nuestro Sol lo que ellas  
para nosotros son, y siempre ardiendo  
bañan de luz innumerables orbes:  
si con sus soles a extinguirse llegan  
algunos mundos, y renacen otros  
que el grande espacio sucesivos pueblen:  
porque a Saturno iluminado anillo  
ciñe, y sobre él en concertado torno  
le siguen cinco lunas: donde moran  
los híspidos cometas, y qué causa  
los trae y lleva por el vago espacio:  
si::: «Oh simple! (entonces la Verdad riendo  
me interrumpió) ¿Por qué severamente  
no a Dios te quejas de que en ti no ceda  
el gobierno del orbe? Inocentillo,  
candor curioso en tus potencias obra  
lo que obra en otros la malicia. Inquieren  
causas al Todo-Sabio reservadas;  
y nunca dando con lo cierto, arguyen  
que nada hay cierto, y a su esencia misma  
alargando sus dudas, la trastornan.  
Óyeme atento: la inocencia tuya,  
que por la duda a la verdad camina,  
no a la tímida gloria y vano nombre,  
digna es de un desengaño. La jactancia,  
llena de sí, no es de él merecedora.

El que hoy lamenta su miseria y males  
congojoso mortal, no de esta suerte  
salió a luz de la mano poderosa  
del pródigo Señor que el ser le diera.  
El Universo edificado apenas  
llenó el espacio, y al imperio docto  
del Dueño omnipotente cada cosa  
tomó ser y lugar; el movimiento  
impreso en ellas descubrió el enlace  
con que una en otra eslabonadas giran.  
Ya obraban todas cuando el hombre, exento  
del enlace común, la vez primera  
nació a la vida. Posterior al orden  
del Todo universal Dios le produjo,  
porque en él Dios no quiso que él entrara:



quísole libre, y le eximió por eso  
de la inmensa cadena destinada  
a obrar siempre de un modo irrevocable.  
¡Cuánto a la ciencia del Criador benigno  
debió entonces el hombre! Enriqueciendo  
a la ingrata criatura, perfecciones  
puso en él, si no inmensas e infinitas  
cual lo son en su esencia, semejantes  
empero en el obrar a las que encierra  
la inmensidad de su vigor oculto.  
Si entiende Dios, entendimiento al hombre  
concedió: si reside en su sustancia  
potestad de querer, el hombre goza  
de potestad así: si libre y suelto  
elige y ejecuta en sus designios  
el Ente de los entes, en los suyos  
elige y ejecuta su criatura.  
¡Oh desperdicio de inmortales dones  
a nefandos abusos convertidos!  
¿Juzgas acaso que tan alta fuerza,  
vigor tan eminente te fue dado  
para que no en las obras imitaras  
al que eres en potencias semejante?  
Si en el vigor a tu Criador imitas,  
tus efectos en todo parecidos  
serlo a los suyos deben. Ahora esfuerza  
tu razón, y examina de qué modo  
Dios y el Mortal de sus potencias usan.

La integridad de la Razón suprema,  
¿por ventura al engaño algunas veces  
inclinó su saber? El todo Justo,  
el todo Bueno, el Verdadero todo,  
o, lo que es más decente, la Justicia,  
la Bondad, la Verdad, la Ciencia, el centro  
único indivisible que contiene  
en sí cuantas no caben perfecciones  
en la clausura de tu angosto juicio,  
y es sólo en cada una, y en él todas,  
¿acaso en sus efectos contradice  
al ser que tiene en sí? ¿Dónde el abuso  
ves de su libertad, de aquella fuerza  
con que le es dado aniquilar a una  
el Universo entero, a las estrellas  
asociar el abismo, y de su centro  
arrancar las columnas de diamante,

y el nudo disolver que el orbe afirman?  
Antes veneras su bondad. Del mundo  
corriendo en cerco la región poblada,  
su afable y liberal beneficencia  
impresa en todo ves: de largos bienes  
colmadas las criaturas, ora faltas  
de sentimiento reposadas obren  
por impulso exterior, ora en su seno  
el estímulo lleven de sus obras.

¡Oh cuánto, cuánto en proceder desdican  
de su ser los mortales! ¡cuánto injustos  
por alejarse de su Autor trabajan!  
Desde que el manto de la luz despliega  
la risueña mañana, hasta que el velo  
de la noche se esparce y le retira,  
hierven afanes de malicia insana  
en el pecho del hombre. En las tinieblas  
cuando del sueño la quietud benigna  
con el blando letargo sus afanes  
pudiera interrumpir; ellos ¡ah tristes!  
duermen velando, a los cuidados torpes  
atentos que el vivir desasosiegan.  
Cuenta el avaro en el austero lecho  
sus males embebidos en el oro  
que guarda aun de sí mismo. El vengativo  
sueña la injuria, y de la viva imagen  
arrebataado, a la venganza corre,  
y hierde y mata, y en matando duerme.  
Sus tropas sueña el infeliz Monarca,  
y al Imperio vecino en ellas lleva  
la muerte y la hambre de la sed pendientes  
en que arde su ambición. En tales obras  
¿hallas que el hombre a su Criador imita?

No fue su intento embarazar la tierra  
con vivientes avaros o ambiciosos,  
homicidas o adúlteros. Los vicios  
¿como nacer de la Virtud pudieran,  
de la inmensa Virtud? Sabios profanos  
que al hombre hoy consideráis perfecto,  
estable en su orden, y existiendo en suma  
cual conviene a su ser ¿que Deidad triste  
predicáis, miserables? Mata el hombre:  
sirve a su ser; la mano según eso  
del Criador no es del todo omnipotente,

pues obligada a permitir estuvo  
almas malvadas a matar dispuestas.  
Y si en lo bueno limitáis la eterna,  
la sola Omnipotencia ¿a cuál angustia  
reducís sus restantes atributos?  
La Bondad sin poder ¿de qué manera  
será suma, infinita? La justicia  
¿cómo obrará con disculpable enojo  
castigando delitos necesarios?  
¡Execrable saber, horrible ciencia,  
que ella por sí la corrupción humana  
que pretende salvar muestra y descubre!  
Ciegos Sofistas, si el mortal tuviera  
consigo hoy la bondad que le era propia,  
no os cansaríais en probar que es bueno.

Compara el hombre a su Hacedor. Las artes  
allá en tu mundo su esplendor reciben  
de la mano valiente. De un Velázquez  
indican bien las elegantes tintas  
del artífice diestro la excelencia.  
Menos descuidos en el lienzo nota  
el fastidioso Gusto; mas levanta  
del Pintor el talento: viles obras  
de vulgar interés, ya las subscriba  
célebre nombre, por ajenas raya,  
y niega que a tal nombre pertenezcan.  
¿Juzgas que el hombre, cual procede y vive,  
obra es digna de un Dios? Donde en los males  
que traza y sufre; en la cruel discordia  
que alimenta y instiga, tan constante  
que nunca el Sol por el rosado oriente  
puro y gallardo amaneció a la tierra  
sin ver su suelo con la sangre tinto  
de horrísonos combates, ¿dónde en esto  
la Bondad infinita resplandece?  
cuando inclinada a la sentencia inicua  
por el oro elocuente la balanza  
de juez civil, en tribunal vendible  
oprime la inocencia desvalida;  
¿dirás que luce permitiendo injustos  
la justicia inmutable, eterna, inmensa?

Solo en un bosque un pequeñuelo niño  
abandona a su suerte: si el descuido  
de las fieras la vida le permite,

crecerá embrutecido, y todo ajeno  
de su ser, nuevo miedo de los montes,  
más que a los hombres se unirá a las fieras.  
¿Por qué le deja la Razón? Al tierno,  
al simple jilgerillo, que aún sin pluma  
travieso joven de su nido aleja  
y cría en su mansión ¿cuándo el instinto  
concedido a su ser le desampara?  
Déjele libre: partirá a la selva  
gozoso y diligente, a sus iguales  
juntarse, y mezclando sus gorjeos  
con los festivos de la tropa amiga,  
elegirá consorte, y negocioso  
con maña no olvidada en sauce espeso  
fabricará para los dos su nido.  
Si es distintivo la Razón del hombre,  
¿por qué perderla puede? ¡Oh! duraría  
en él sin decadencia, si guardara  
su vigor ella y primitivo estado.  
El bruto y la ave su vigor conservan,  
porque no han decaído: ve si el hombre  
ha, pues no le conserva, decaído;  
o si un Dios justo a su mejor criatura  
más flaca esencia concedió que a un ave.

No, no los hombres trabajaran tanto  
para hacerse perfectos, si perfectos  
cual requiere su ser permanecieran.  
No a las naciones separaran leyes  
y costumbres opuestas o distintas.  
Sola tu especie en el vivir procede  
inconstante, sin norma, en tantos usos  
partida cuantos son los individuos:  
avaro el uno, liberal el otro;  
éste homicida, aquél de sus iguales  
próvido defensor; socorre, usurpa,  
regala, roba, engaña, desengaña...  
¿Por qué a su instinto una brutal especie  
obedece constante; y los mortales  
no a la Razón constantes obedecen?  
Sus mismas obras su delito gritan,  
y su caída triste. Ellos unidos  
en pensar, en obrar; quietos, dichosos  
vivieran si del Ente soberano  
cumplieran la intención con imitarle.  
El bruto, el árbol, la rudeza informe

de los cuerpos no vivos, el fecundo  
procrear de la tierra, el refulgente  
círculo de los orbes; cuanto abarca  
la limitada inmensidad, humilde  
al arbitrio supremo, todo, todo  
sus leyes guarda en inviolable curso  
el hombre solo, el solo cual hoy dura  
su orden quebranta, y si en su obrar maligno  
socorro portentoso no le enfrena,  
perpetuamente acciones (no lo dudes)  
producirá contrarias a sus leyes.

¡Oh primitiva edad, edad sagrada,  
tiempo no poseído! Allá en tu suelo  
¿por qué hay quien ose defender que el hombre  
nunca ser bueno ni dichoso pudo?  
Pudo ser bueno, y ser dichoso; entonces  
yo, compañera de su dicha, a todos,  
consagrada a su bien, de mis misterios  
partícipes hiciera. Embelesados  
en el progreso de las cosas, claro  
y abierto a su razón, reverenciaran  
el solo Numen anunciado en ellas:  
y obedeciendo las sencillas leyes  
que en sí mismos notaran; divididos  
en regiones diversas, no diversa  
fuera la voluntad, y en obras unos  
en las de un hombre las de todos vieras.  
Ahora discordes, en continua guerra  
consigo mismos, en su pecho sienten  
áspera acusación que los agrava,  
y alimento del miedo, a cada instante  
culpa sus hechos congojoso el juicio.

¿Quieres la imagen de tu ser? Arranca  
de la tierra los vicios. Los mortales  
se amarán entre sí, y un soberano  
conocerán en la Virtud tan sólo.  
Mas ¿quién de ella arrancar podrá los vicios?  
¿Quién hará bueno al hombre, a esta criatura  
creada para ser buena? Alarga, alarga  
la vista hacia tu mundo y examina  
la haz de su redondez: verás que abundan,  
más los inventos que los vicios dictan,  
que los que dicta la Virtud, sobre ella.  
Riscos valientes, pesadumbres toscas

por defensa industriosa contornadas  
en muros defensores: la dureza  
del bronce en instrumentos convertida  
de fulminante estrago, a cuyo impulso  
ceden a una la morada humilde,  
y la gigante cúpula: en los mares  
no ya el hórrido estruendo de las olas  
cuando soberbio las azota el austro,  
el de las naves a emular se atreve.  
Pues si al bullicio de la unión urbana  
te vuelves, y en silencio le examinas,  
¡qué empresas! ¡qué designios! robos, fraudes,  
tiránica ambición, lujuria ardiente,  
malicia injusta, la inocencia al cielo  
levantando los ojos oprimida  
del pérfido poder, tramas, traiciones,  
obras que apenas el civil desvelo  
de las leyes reprime y escarmienta.  
¡Hasta en las cosas que a su Autor consagran  
mezclan los hombres su maldad! Pervierten  
la inocente Piedad; y figurando  
Dioses injustos, en nefandos votos  
su auxilio imploran, o por medios torpes  
a venerar su omnipotencia acuden.

Ve tu miseria. Mas ¿en ella acaso  
irreparablemente un Dios benigno  
dejara a sus criaturas? Existiendo  
en su pureza propia, fuera en todos  
una la religión, las leyes unas,  
por su Razón no equívoca dictadas.  
Perdió su oficio la Razón: al punto  
desconoció a su Dios, y los deberes  
alteró primitivos. El Dominio  
inventó leyes nuevas, Dioses nuevos.  
Atiende al vulgo: del que impera adora  
el Dios, no el que él descubre. En sectas varias  
dividida la tierra, sola en una  
verás que la introdujo un Varón justo.  
Dios pide un culto; y la Razón, dudosa,  
si el mismo Dios no le revela, nunca  
sabrás por sí cuál le será más grato.  
Íntegro el hombre, sin tropiezo o duda  
conocía su Dios y sus deberes.  
Pues fuera entonces una sobre el suelo  
la religión, por la Razón dictada:

arguye de esto, que corrupto el hombre,  
la religión también debe ser una;  
y que impotente la Razón, Dios sólo  
puede dictar lo que ella ya no dicta.»

Dijo: y rasgando la región etérea  
con ala vagarosa, hacia el empíreo  
su vuelo dirigió ceñida en torno  
de un rosado esplendor que despedía.  
A mí una nube a la anaustiada tierra  
me descendió; y ya en ella, con ahínco  
torno a oír los Filósofos, y al cabo  
llego a entender que en ellos nunca se oye  
la habla que oír en la Verdad yo pude.

#### DISCURSO IV

*Fin del Hombre. De aquí deducida la inmortalidad del Alma; y de ella,  
la existencia de Dios.*

Nacido al mundo, racional criatura,  
ente corpóreo, y de los entes todos  
árbitro y dueño en mi obediente suelo,  
¿a qué fin vivo? ¿Inútil en el mundo  
será de mi razón el ejercicio?  
Graves Sofistas, que gritáis que el hombre,  
materia sólo organizada, mueve  
sus miembros y potencias, cual sus giros  
la máquina constante que del tiempo  
los espacios divide y los señala;  
si de sus ruedas el servil oficio  
se dirige a algún fin; y cuanto inventa  
y cuanto forma el pensamiento humano  
con fijo y cierto fin lo inventa y forma  
¿con qué designio un Ente todo sabio  
puso el entendimiento en los mortales?  
Si muere el hombre cuando el cuerpo muere,  
¿para qué la Razón? Oh tú de todos  
Árbitro soberano, Padre excelso;  
tú, cuya mano omnipotente y justa  
leyes impuso a los creados entes  
que a llenar sus destinos los llevasen  
con inviolable curso y obras ciertas;  
yo, capaz sólo de admirar tus leyes,

capaz de hacer que en mi provecho giren  
cuando, o torciendo su destino, trueco  
el rostro a la Natura, o bien contando  
sus constantes periodos los sigo,  
para que por mi mano socorrida  
dilate más y más sus producciones:  
¿Yo, excelso Dios, que conocerte puedo  
viviré para el suelo, sin que nada  
me aproveche el poder de conocerte?  
Inútil es mi entendimiento. Gentes,  
oíd vuestros destinos. Desde el solio  
de la Arrogancia la Opinión os habla  
por la boca de oscuros adivinos,  
de soberbios Filósofos: creedlos  
si no queréis que os culpen agriamente,  
haciendoos cargo del atroz delito  
de que adoráis a un Dios con mente pura  
Vosotros, que eleváis el pensamiento  
hasta la Causa de las causas todas:  
los que leyendo en la interior conciencia,  
conocéis los decretos sacrosantos  
con que a su trono el Hacedor os liga:  
los que en el corazón sentís impresa  
la obligación de la virtud y fijos  
los dones admirables que os levantan,  
y a un Dios bastan a haceros semejantes:  
Vosotros que imitáis, si vuestras obras  
sirven a la Virtud, la augusta esencia  
de la Divinidad, y el imitarla  
en que queráis consiste; ¿por ventura  
os daréis a entender, que aquel Dios mismo,  
que aquél que os dio poder para imitarle,  
con tal fin os le dio? Necios humanos,  
no es vuestra suerte la Virtud. ¿Felices  
ser queréis? ¿Os adula la esperanza  
de vuestro cierto y primitivo estado?  
Id, id a los desiertos: en los bosques,  
hospedaje común, os hechan menos  
vuestros hermanos los feroces brutos.

Fue un tiempo (dicen) cuando el hombre, falto  
de entendimiento y locución, vivía  
dichosamente en cavernosos montes,  
cual viven ora los rapaces lobos.  
Ásperas ramas de agobiada encina,  
techo abrigado y liberal sustento



al desnudo mortal daban sin tasa,  
cuando o por falta de caverna amiga,  
o por escaso en el cazar, al fruto  
y al resguardo del árbol acudía.  
No entre los hombres amistad, no el lazo  
de saludables leyes. Vagabundos,  
huéspedes rudos de confusos bosques,  
al sol, al aire, a la inclemencia expuestos,  
sin más razón que el natural instinto,  
y con fuerza robusta, siendo fieras  
al ser de racionales no aspiraban.

¡Oh estado digno del que al cielo cuenta  
los movimientos, y al Motor conoce!  
¿Quién por la dicha de imitar a un oso  
en la rudeza y robustez, no trueca  
el miserable estado en que las gentes,  
a un Dios y a un sumo imperio obedeciendo,  
no ejercen libremente las maldades?

Cansose empero el hombre de su dicha,  
y empalagose (como en todo suele)  
de su estado feliz. La libre Venus  
y el libre robo, privilegios grandes  
y excelsa ocupación del hombre bruto,  
le fueron enojosos. A las crines  
y ensortijada barba, neciamente  
trocar quiso el abrigo y la decencia.  
Substituyó a las rústicas moradas  
o al techo de azulados horizontes,  
sólidos techos de labradas vigas  
en robustas paredes sustentadas:  
y ciegamente en su infortunio diestro  
cuanto más, inventando nuevas artes,  
la majestad del hombre descubría,  
tanto más se apartaba (según dicen)  
del estado a que el hombre fue creado.  
Halló el discurso los sagrados medios  
de hacer seguras del insulto inicuo  
la posesión y la salud. Cifrada  
en una sola fuerza la de muchos,  
nació apoyada de las santas leyes  
la alma Seguridad, que en los mortales  
estrechando la unión, risueña y dulce  
la paz y la quietud les prometía  
que ellos sin fuerza mantener debieran,

si ellos vivir pudieran sin maldades.  
La voz de un pueblo epilogada en uno,  
Depositario del común cuidado,  
y Defensor del concordado pueblo,  
impuso penas, señaló castigos,  
y refrenó la universal malicia.  
No ya fue el robo impune: no la mano  
alzó sin miedo el sanguinario hierro  
contra la débil inocencia. El hombre,  
para obrar bien creado, con la fuerza  
fue obligado a obrar bien: y oh ¡triste tiempo,  
tiempo infeliz, cuando los hombres mismos,  
estableciendo leyes, se obligaron  
a ser forzosamente virtuosos!  
Entonces fue, cuando arrojaron lejos  
la pureza de sí: su esencia entonces  
debió al desvelo de querer con ansia  
perficionar de su Razón los dones  
la vil depravación que en sí percibe.  
Vino el hombre a ser hombre finalmente,  
y salió del estado que le toca,  
si no miente el gran Genio de Ginebra.

De la Razón que en su vigor se fía,  
tales son las groseras invenciones.  
Hacernos brutos para hacernos buenos,  
y reducir el hombre a que posea  
sin uso la que engendra sus virtudes,  
dueño de un alma inútil: ¿con que labio  
osa dar la impudencia a los delirios  
título de sagaz filosofía?

Ved aquel árbol, que en su verde pompa  
la dignidad de su destino ostenta  
fornido y bello en la estación amiga:  
con arte oculta, que el desvelo burla  
del atónico Físico, del suelo  
donde engastada su raíz se esconde  
atrae el alimento, que, o mantiene  
o engrandece su hermosa corpulencia:  
sube y penetra los extremos todos  
del sano vegetal: hincha las ramas,  
rompe su piel, y de pimpollos tiernos  
cría las hojas que las ramas visten.  
Tras esto, en punto señalado y fijo  
a aparecer entre la pompa empiezan

las encogidas flores: abren luego  
las copas olorosas, cuyo centro,  
seno del fruto imperceptible entonces,  
al fin descuelga en inviolable forma  
dones preciosos, que en su seno guardan  
la duración constante de su especie.  
Id ahora Sofistas, id, y al árbol  
decidle seriamente: tronco altivo,  
soberbio habitador de un globo obscuro,  
¿con qué razón, oh vil, te ensoberbeces?  
La producción de tu sabroso fruto  
no es propia de tu ser: tú abandonaste  
por tu desgracia, y depravaste el orden  
a que Dios te crió, cuando robando  
tu substancia a la tierra, a la grandeza  
con ella de tus partos acudiste.  
Depón la pompa, y a tu estado vuelve  
de rústica aridez; no ya colore  
el sol tus frutos, ni tu planta a ellos  
dulce substancia y saludable envíe.  
Naciste para estorbo de la tierra,  
no para dar al animal sustento.

Triunfe nuestra Razón. Si nos fue dada,  
para usarla fue dada. ¿Por ventura  
cabe en un Dios la creación inútil  
de un ente generoso? Denos, denos  
título de ignorantes la arrogancia  
porque ser no queremos arrogantes.  
Sirva una vez a la verdad la ciencia,  
puesto que tantas oprimida sirve  
al pérfido interés. No aquí el deseo  
de hacer que suene celebrado el nombre  
entre el liviano número de aquéllos  
que tienen sólo el alma en las orejas.  
No aquí la astucia de ostentar doctrinas  
que a un ignorante poderoso engañen,  
para que el fruto del engaño sea  
premiar a otro ignorante. No la gloria  
de enlazar desatinos, que deslumbren  
con nombre impertinente de Sistemas.

De mi destino el encubierto objeto  
acongoja mi espíritu. Nacido  
a un mundo, patria de infinitos entes,  
obrar los veo, y en sus obras hallo

que a su principio el mío no semeja.  
Si tengo un cuerpo que a los brutos hace  
semejante mi ser, bien examine  
su mecánica forma, bien el modo  
con que dirige sus funciones varias;  
si esclavo de él, de sus potencias sufro  
el imperio forzoso, cuando atentas  
a la existencia de la vida, abrazan  
el bien, involuntarias, o el mal huyen:  
pasando luego a superior esfera,  
olvidado del cuerpo, en mí percibo  
un alto sentimiento que del suelo  
me destierra y al cielo me levanta.  
Con él sin tasa en mi interior poseo  
cuanto encierran los orbes. Claramente  
allá en el seno de mi frente miro  
seguir su curso en silencioso paso  
el coro de los astros, y cual ruedan  
en círculo inmutable sobre un punto.  
Mido del tiempo la constancia fija:  
vuelvo a la tierra, y penetrando libre  
sus sólidas entrañas, de sus partos  
la causa, el ser, la duración inquiero.  
Tal vez, si al cielo reservadas sólo  
las Primitivas causas, arrogante  
de su noticia a la certeza aspiro;  
émulo débil del Criador, a falta  
de verdades ocultas, no sin gloria,  
a efectos ciertos inventadas causas  
acomoda mi espíritu; y resuelto  
hace mover el Universo todo,  
cual otro Dios, por meditadas leyes.

Pues él ha puesto inteligencia tanta  
sólo en mí entre los entes, ¿por ventura  
la puso sin objeto? ¡Ah! no: sin causa  
nunca obra un Hacedor. Con ciertos fines  
nos hizo inteligentes: ni mis obras  
que tanto distan del brutal instinto,  
deben su origen al instinto rudo.  
Efectos que en esencia son diversos,  
causas diversas en esencia indican.  
No por la fuerza con que el bruto siente,  
fructifica la planta: ni en el hombre  
causa las obras de su especie propias  
la misma fuerza que a la bestia anima.

Docta la mano del Criador eterno  
separó sus criaturas, señalando en  
cada especie un singular carácter.  
Leyes distintas en distintos entes  
mueven el Orbe. Los diversos fines  
en cada especie peculiar componen  
un orden que le mueve y diferencia.  
¿Crece mi cuerpo? De la planta imito  
la ciega potestad. ¿Siento, apetezco?  
Semejo al bruto. ¿Invento, raciocino,  
corro la esfera, hasta el empíreo subo,  
adoro un Dios, en mi interior conozco  
leyes que rijan mis acciones? Éste  
el orden es que me distingue. En vano  
un insolente Charlatán me grita,  
que el interés es la virtud del hombre.  
Dotó el Criador a la materia ruda  
de leyes inviolables; ¿y dejará  
ajeno al hombre de inviolables leyes?  
Sigue uniforme en su progreso un cuerpo  
dócil esclavo de la ley que tiene;  
¿y fuera un alma del antojo esclava,  
sin ley, versátil, y en su obrar opuesta?  
El docto insecto, que en dorados hilos  
cuaja el humor que a sus entrañas debe,  
diestro arquitecto de su tumba, nunca  
de ella o altera o descompone el orden.  
La simple abeja en su afanar continuo  
jamás aumenta a la celdilla rica  
el número de lados, ni hace amargo  
el pródigo depósito. ¿Y el hombre,  
y sólo el hombre, sin decretos ciertos,  
sin ley, sin orden, de oponerse en todo  
la miserable facultad tuviera?  
Hoy es virtud el adulterio, el hurto  
mañana lo será, si las acciones  
del interés la cualidad reciben:  
porque ¿cuál es el hombre, que en los vicios  
no, mas que en las virtudes, se interesa?  
Viera ya el mundo sus maldades todas  
canonizadas (su ejercicio tanto  
nos inclina y adula) si las voces  
de un importuno acusador, perennes  
no allá en el pecho del mortal clamaran.  
Ion, Solón, justificado Minos,

y Licurgo fiel, Dracón inexorable,  
justos Varones, que al unido pueblo  
interpretasteis y observar hicisteis  
las leyes de su esencia; aquí, aquí juntos  
lidiad por la verdad. ¿Por qué a los vicios  
penas pusisteis, a despecho a veces  
del civil beneficio? ¿Por qué nunca  
premios abristeis a la acción malvada?  
Os conducía la Razón; y hallando  
que de la vuestra a la de todos era  
llano el comercio, despertasteis doctos  
la Razón de las gentes con la vuestra  
despierta ya: y reverenciar hicisteis  
a la ajena conciencia los decretos  
que en sí la vuestra ya reverenciaba.

Sin duda al hombre los preceptos ligan  
de un orden peculiar: ama, aborrece;  
socorre, engaña; usurpa, restituye:  
prevé los fines, los motivos juzga,  
resuelve en fin; y en sus *acciones* muestra  
que otros designios que el vivir le mueven.  
Si en *ellas* él la cualidad distingue  
de delito o virtud, no sin objeto  
la facultad de distinguirla tiene.  
¿Será la vida, su sosiego, el logro  
de su comodidad, cual en la bestia,  
el fin de un don para vivir inútil?  
Viven sin él aquéllas: ¿ni en qué suerte  
puede en un cuerpo el raciocinio agudo  
tener influjo, o la conciencia justa?  
El bruto vive sin conciencia: el hombre,  
pues la conoce en sí, para otros fines  
la conoce en verdad: ni al cuerpo toca  
lo que no a su existencia contribuye.

Ahora aquí vosotros, que jactando  
tanto vuestra Razón, al fin con ella  
venís a haceros a un jumento iguales:  
los que hermanaros a las fieras rudas  
preferís a la próspera esperanza  
de un inmortal y venturoso estado:  
crasos Materialistas, si al apoyo  
de la vida mortal no se encaminan  
aquellas obras, con que excelso el hombre  
del bruto se divide y diferencia:

no me diréis (pues de alcanzarlo todo ostentáis el poder) ¿cuál el objeto, de aquellas obras es? Si alguno tienen (y sin duda le tienen, porque en suma, sin fin ¿a qué son dadas? ) Si le tienen, ¿cuál es, si no es la vida? ¿Visionario me llamáis? ¿Bautizaisme con el nombre de Fanático vil? ¡Tales respuestas convienen cierto a la pregunta mía! ¡Lógica aguda! ¿y quién entre vosotros no, usando de esta, los apuros vence? Oíd empero una respuesta simple cual yo mismo la oí: si no os agradan el tiempo, el modo, la ocasión; la culpabilidad, si queréis, a la verdad del caso, no al que le cuenta: y a mi fe que en esto no haréis traición a las costumbres vuestras.

Útil vigilia es la del Docto. En una yo que, sin serlo, sus estilos amo, toqué el provecho que al estudio sigue. Cuando embargado del común descanso yacía el pueblo una callada noche, blando reparo a la fatiga: absorto yo en mi Platón, al pensamiento débil grato vigor con su lectura daba. Del mundo allí la creación primera contemplaba con él; error de un hombre, pero sublime error. Del Demiurgo la omnipotente engendradora mano: formado el mundo a imitación visible de otro invisible e inteligente mundo: la gran substancia que en su medio habita, y sus partes anima: el tiempo, el curso de sus años creado en suplemento del eterno ejemplar de la existencia: los Dioses, las celestes criaturas obedecer la voz del Padre excelso formadas a su mando. En este punto cesando ya la mano omnipotente del supremo Arquitecto, de los Dioses veo un congreso reverente oyendo al Dios de todos, que los junta, y dice: «Entes celestes, de quien soy el Padre yo y el único Dueño: atentos todos oíd mi voz. Cuanto hasta aquí he creado

será insoluble, porque así lo quiero.  
Puesto que expuesto a disolverse quede  
cuanto se enlaza, el existir perpetuo  
es el don de mis obras. Si se sigue  
la destrucción a lo compuesto, efectos  
vosotros de mi mano, eternamente  
fuerza es que dure la existencia vuestra:  
eternos sois. Pero escuchad ahora  
lo que os ordeno. Mi absoluto imperio  
dio ya su ser a los diversos entes  
que han de ser inmortales. Resta sólo  
la creación de los caducos. Ésta  
vuestra será, que imitaréis el modo  
con que yo os he formado. A los vivientes  
prestad así su efímera existencia,  
sin que de mí la eternidad reciban.  
Pero del hombre, del mejor viviente,  
de aquél que siendo a semejanza hecho  
de todo otro animal, el nombre y fuerza  
poseerá de divino, y en su suelo  
Príncipe sólo, la justicia santa  
servirá, y a vosotros dará culto:  
de este viviente la esencial semilla  
yo labraré; vosotros lo restante  
añadiréis a la excelente obra;  
así las nuestras hermanando, sólo  
será caduco e inmortal a un tiempo.»

Poeta ya la Antigüedad perita  
llamó a Platón: confieso que en mí mismo  
vi confirmado el parecer antiguo.  
Porque a la fuerza del estilo grave  
y heroico razonar del Dios de Dioses  
mi mente arrebatada, de su estado  
saliendo, de tal suerte en lo profundo  
de los consejos del Criador eterno  
se introdujo, que de ellos ocupado,  
cual espíritu, solo no sentía  
sobre mí la terrena pesadumbre.  
¿El Dios, principio de los Dioses, suya  
hizo la esencia del mortal ingrato?  
¿Él para sí la reservo, estimando  
producirla inmortal? Platón lo afirma,  
¿y lo niega un Sofista? Harto con esto  
se manifiesta la verdad, si impuro  
a ella se opone un corrompido juicio,



mientras el docto que la alcanza, humilde  
al cielo rinde por el don las gracias.  
Oh tú, gran Dimiurgo, eterna fuente  
del vigor que fecunda el Universo,  
¿para qué agravien tu poder quisiste  
prestar ánimo eterno a los Sofistas?

Así exclamaba enajenado, cuando  
(caso no extraño) enflaquecerse siento  
mi espíritu cansado, y como ajena  
de sí suspensa la Razón quedarse.  
Plácido sueño, o éxtasis benigno  
bañó mis miembros con su paz tranquila,  
no sin gozo interior; porque abultadas  
imágenes vivientes en el seno  
de mi imaginación, cual si presentes  
conmigo hablaran, su verdad yo mismo,  
aunque admirado, a mí me persuadía.  
Era un espacio de esplendor dudoso  
iluminado apenas: clara sombra,  
u obscura claridad, cual tibio pasa  
amortiguado entre celajes pardos  
el brillo de la luna en turbia noche,  
casi indecisos, a la vista daban  
menos despierta, personajes varios.  
De ellos gallarda una doncella hermosa  
de vivos ojos, aunque frente grave,  
que descollaba en estatura noble  
entre cuantos había, a mi viniendo  
yo soy, me dice, tu Razón; el sitio  
que ocupo aquí tu entendimiento imita.  
Los que acompañan mi persona, atentos  
a darme siempre en que entender, Potencias  
de tu espíritu son. Aquella débil  
y macilenta virgen, que en las sombras  
busca lo cierto, y sólo sombras palpa,  
tu Inteligencia es. Aquel mancebo  
despierto, activo, de traviosos modos,  
y agilísimo vuelo, que impaciente,  
sin esperar a averiguar verdades,  
él las inventa y a su gusto labra  
tales, que con aquéllas se equivocan,  
tu Ingenio es. Conocerás tu Juicio  
en el otro varón, que con severa  
y grave compostura, del Ingenio  
pesa las obras y examina inmóvil:

Tal vez le cansa el perezoso examen  
y levanta la mano tan perdido,  
que del Ingenio conducirse deja,  
y acá y allá con él se precipita.  
Yo, destinada a decidir en cuanto  
me ofrecen ellos, como Juez a todo  
doy su valor y verdadero precio:  
noto el error, lo cierto determino,  
aquí hay verdad, disimulado oculta  
allí el engaño su falaz semblante;  
y si tal vez en la balanza justa  
pesan a una extremos desiguales  
con igual gravedad, suspensa entonces  
nada decido, y en la duda paro.  
¿Llegas acaso a discernir inquieta  
una doncella, de resueltos miembros  
y no tímido rostro, entre una turba  
de temerarias y rebeldes gentes,  
que asiendo de ella en su favor la instigan,  
y la alejan de mí? Pues mira en ella  
tu Voluntad, y en la bastarda tropa  
tus rebeldes Pasiones. La sojuzgan  
debiendo encaminarla; y ella simple  
cual ves se deja dominar, y alegre,  
creyéndose felice, me abandona,  
y órgano se hace de Pasiones viles.  
Aquí gozosa, en cándida simpleza  
bañada, con extraña valentía  
tu Libertad su facultad ejerce.  
Ni escándalos atroces que ejecuta  
entristecen su rostro; ni en su estado  
venturas grandes mutación imprimen;  
mas sola en sí nuestras acciones manda,  
sin que por eso en sí se ensoberbezca.  
Sin ella yo ni resolver pudiera,  
ni el Juicio examinar, ni el suelto Ingenio  
combinar los objetos, ni aun la tonta  
Voluntad, que a las veces a su arbitrio  
la impera y determina, sus antojos  
ejerciera sin ella. Mas lejanos,  
allá apartados de nosotros, yacen  
los corpóreos Sentidos, tropa ruda  
y familia brutal, al uso solo  
de la vida aplicados. -Yo aquí, atento  
a desasirme de importunas dudas,  
si esos, la digo, de la vida obtienen

las funciones, y de ella encomendados  
en conservarla, su atención ocupan;  
¿tú, mi Razón, para la vida, inútil  
vienes al mundo?—¿Y quién negarlo puede?  
me respondió: Y no cierto porque de ella  
descuide yo del todo. Encarcelada  
dentro en tu cuerpo, cuanto en él reside  
venido exteriormente no está exento  
de mi jurisdicción. Si los Sentidos  
sirven al bruto en el desvelo firme  
de conservar y propagar la vida;  
una impresión y un solo movimiento  
basta al uso. A un individuo atiendes  
y todos ya los viste. Yo en el hombre,  
tanto en las cosas que percibe el bruto,  
como en aquellas que al instinto debe,  
mi vigor ejercito; y de las Artes  
he aquí el único origen. Sonoroso  
canta el instinto en el jilguero; dulce,  
mas semejante a sí: yo socorrida  
del Ingenio, los sonos diferencio  
para unirlos después y entrelazarlos  
de mil y mil maneras. Su casilla  
labra suspensa, o en anciano tronco,  
o en techumbre de cóncavo peñasco,  
golondrina inocente: a la simpleza  
de su ciego artificio yo juntando  
mi reflexión; columnas, arquivadas,  
bóvedas alzo y cúpulas gallardas,  
mansiones nobles que mi fuerza indican  
si bien humilde su principio sea.

Mas no son éstos mis oficios propios  
y ocupación primera. Sin columnas,  
sin música, vivieran los mortales  
atados a un instinto, a semejanza  
de todo otro viviente. Y pues habito  
yo en el hombre, y conmigo las Potencias  
que a conocer te dí; si sus acciones,  
aquéllas digo que derechas tocan  
a su orden singular, vicios, virtudes,  
no la vital conservación del hombre  
tienen por fin, ni de la vida cuidan;  
otro fin tienen que a la vida deja  
detrás de sí, pues no a lograrle vienen  
en ella que perece y se disipa.

¿Quien, según esto, estúpido o pegado  
a su ruda materia; si lo nota,  
a la substancia en que resido puede  
negar ya lo inmortal? Mas allá pasa  
de la vida su fin: que exista es fuerza  
más allá de la vida. Y pues existe;  
incapaz es de destrucción, substancia  
sin partes separables: una en suma,  
sin dimensión que divisible la haga.

Pero ¿cuál es su fin? ¿cuál el objeto  
por quien ejerce sus funciones propias  
tu substancia inmortal? Óyeme atento.  
Si sus funciones de inmortal principio  
proceden; lo es el fin. Si tu substancia  
es creada; increado eternamente  
el fin fuerza es que sea: de otro modo,  
substancias a su fin anticipadas  
existieran tal vez. Si la materia  
no da la esencia a tu principio; en ella  
no la del fin consiste: fuera entonces  
superior a él el hombre. No creado,  
eterno entre los entes; el de todos  
sería el Criador. Omnipotente,  
pues todo dél depende, como causa  
del existir de todo. Si se nombra  
Dios aquella substancia indefinible  
a quien aquellas cualidades cuadran;  
Dios es el fin de la que en ti reside.-

¡Sueno suave! ¡suspensión benigna  
del trabajo mortal! Tú que el descanso  
turbas también, y con quimeras vanas  
haces al hombre en su quietud inquieto:  
si a tanto llega tu virtud, que envuelta  
en el letargo de tu tarda vida  
sabia discurre la Razón, y entiende  
verdades al desvelo inaccesibles;  
¡oh! toca, toca con tus blandas alas  
mis párpados sin tasa, y en mis miembros  
derrama siempre la pereza grata  
que de sí a los mortales enajena.

## DISCURSO V

*Perversas inclinaciones de la Razón. Sistema del hombre; y leyes que debe observar según los designios de la Providencia, que atiende a los remedios de las necesidades humanas.*

Vive el Mortal de la apariencia vana,  
Batilo, y con la insana  
locura que le incita,  
por hacerse mayor su ser limita.  
¿Qué hallaras en el hombre,  
si hombre se llama el racional? el nombre.  
No ya la esencia humana  
consiste en la Razón: el ejercicio,  
o canoniza el vicio.  
o desatadamente  
la vil inclinación que nos gobierna  
en el alma le influye,  
que ciega y torpe de su esencia huye.  
La Razón eminente,  
el don más grande de la Ciencia eterna,  
dirás que le fue dado  
al mísero Mortal para que sea  
docto en fraguar maldades.  
¿Y su razón vocea  
satisfecho el Filósofo insolente,  
vendiendo por verdades  
decretos que deriva  
de una potencia que el delito aviva?  
De tronco lastimado,  
o por injuria de estación maligna,  
o por golpe severo  
de cortador acero,  
la mustia, rama ¿cuándo  
produjo fruto en el otoño blando  
de sazonado gusto,  
grato a la vista, en lo interior robusto?  
Festivo serpeando  
el risueño arroyuelo,  
gozo del prado en desatado hielo,  
retrata cristalino  
las flores que deleitan su camino,  
si debe a puro suelo  
su primero nacer. Si boca obscura  
de adulterada tierra  
cuna le presta; en lastimero paso

confuso se apresura,  
y con liquido lodo que arrebata,  
mas que alhaga los prados, los maltrata.  
¡Oh perdurable guerra  
del caduco Mortal mientras el vaso  
que su espíritu ciñe le limita!  
Sus obras facilita  
la pasión que al engaño le dirige.  
¿Cuándo austera corrige  
sus yerros la Razón? se precipita  
fácil al mal, que tanto le complace,  
que aun le juzga virtud cuando le hace.  
Guerrera trompa en lo interior resuena  
del sacro Capitolio:  
túrbase el pueblo: la Ambición vertiendo  
su ponzoña mortífera, condena  
al llanto la Ciudad; desde su solio  
instiga a César, a Pompeyo inflama;  
su discordia derrama  
en pechos rudos que a morir se arrojan,  
sin saber por qué mueren o se enojan.  
Miseros ¿qué emprendéis? El fuego horrendo  
que hará a la patria en trágicas pavesas  
desperdicio liviano  
de hidrópica ambición ¿tanto os adula,  
que Héroe aclamáis al que con fiera mano  
le alimenta y os hiere; al que a la gula  
y ansia de dominar justos suspiros  
de la patria pospone,  
y os lleva a combatir para oprimiros?  
Id, infelices, id; y cuando opone  
la fuerza a la Razón, al grande César  
alza estatuas, consagra altares.

¡Errores peculiares  
del linaje mortal! La pompa activa,  
bien que viciosa, a la virtud prefiere  
tímida en su humildad. Si, menos viva  
la violencia en la Escuela, no el sosiego  
conturba de la patria; nunca espere  
gloria presente el moderado Sabio.  
Con la pluma o el labio  
fábulas labre, errores apadrine;  
dispute, finja, incline  
la doctrina a la fama; al nombre y gloria,  
no a la verdad o al pródigo ejercicio,

su saber encamine:  
él será Sabio en la moderna Historia.

¡Oh Sociedad benigna! ¿Por qué el vicio  
adúltero insolente  
tu puro nudo, tus enlaces santos?  
No bastan los quebrantos  
que inquietan tu reposo en el tumulto,  
¿sin que de Sabios vanos  
padezcas la inquietud? ¿Jamás prudente  
verán los hombres al que agudo enseña  
de la prudencia el ser? Mérito oculto  
sin estímulo vive: así desdeña  
un Sabio hinchado el solitario empleo  
del que en cuantas doctrinas atesora  
sólo al Dios busca que humillado adora.  
¡Ah! perezca el deseo  
que la verdad a la ambición sujeta.  
Las leyes que decreta  
el Artífice eterno ¿las sabremos  
sólo para ostentar que las sabemos?  
El niño apenas llora  
la miseria a que nace, simplecillo  
ya bebe engaños que en su frente imprime:  
sus pesadumbres gime,  
y debiera gemir, si él lo alcanzara,  
las que el civil comercio le prepara:  
inocente, sencillo,  
la educación su inclinación oprime:  
nació para ser hombre, y halla en suma,  
con dones eminentes,  
que es hechura civil de sus parientes.  
Así, no ya consuma  
varón juicioso sus esfuerzos todos  
en hermanar con la virtud la ciencia  
por sola su conciencia.  
La vanidad y el interés los modos  
son que le circunscriben y limitan:  
inútil vine al negocioso mundo  
si, rústico Catón, Zenón profundo,  
no en ostentar se afana  
virtud interesada, o ciencia vana.

Tu, mi Batilo, cuando ardientes gritan  
las feroces Escuelas; sosegado  
en blanda paz bañado,

de sus contiendas los motivos ríes.  
No es la verdad quien su coraje mueve.  
Permites que se cebe  
enhorabuena en lóbregos sofismas  
la vanidad del desbocado Sabio:  
en tanto tú con humildad te abismas  
en investigaciones misteriosas,  
a la vida y al juicio provechosas.  
Porque ¿quién en el labio  
de las sectas recientes no percibe  
el hinchado resabio  
del deseo, que a Empédocles buscada  
dio en el Etna, y bien digna, sepultura?  
Vive admirado, y descontento vive  
de la presente fama que le admira.  
Veneración futura,  
debida a un Dios, a su vejez cansada,  
que mortal le publica, solo place:  
se abandona a la ira  
del codicioso fuego en su seno horrendo,  
y por Dios pasar quiere pereciendo.  
Pues tanto satisface  
la gloria a los Sofistas que le abonan;  
ojalá, o los sofismas moderaran,  
o ser como él gloriosos procuraran.  
Ahora obstinados el orgullo enconan,  
y, peso impertinente de la tierra,  
de opiniones cubriéndola la ofuscan,  
y engañándola más, más gloria buscan.  
Indocto el que no hierra,  
rudo el que al cielo su razón somete,  
trofeo la verdad de torpes juicios  
cede a las agudezas de los vicios.

Y en fin ¿qué excelsos bienes nos promete  
la parlera doctrina  
del jactancioso Sabio? Aquí declina  
la virtud en mil pechos, generosos  
quizá si, menos simples, despreciaran  
discursos engañosos.  
Allí brutales al vivir preparan  
desusados caminos,  
por vivir en su patria peregrinos.  
Autorizada la Razón viciosa,  
oráculo servil de las pasiones,  
todo lo emprende y osa:



de partos monstruosos  
hecha instrumento, lo que dictan ellas  
vende por ricos dones:  
nuevos mundos darate en las estrellas;  
igualarate a los feroces brutos;  
los santos atributos  
del ánimo inmortal, los que penetran  
las cóncavas esferas y en su cima  
la posesión del Hacedor impetran,  
verás que desestima  
depravada Razón que eterna nace,  
y con ser material se satisface.  
La que a tanto se anima,  
y así su suerte próspera envilece  
¿que autoridad, Batilo,  
logrará en tu prudencia recatada?  
Tú adviertes trastornada  
por ella, en opiniones que establece,  
la faz de la ancha tierra. Anciano estilo  
aprobado por doctos escarmientos,  
descrédito es del hombre. Altares, Reyes,  
dogmas, costumbres, leyes  
de nuevos pensamientos  
nueva forma reciben... Mas permite,  
permite a su poder la gran reforma  
encomienda a un Sofista el Universo;  
tú le veras en todo más perverso.

¡Oh excelsa Providencia! quien compite  
contigo en la virtud, que te engrandece,  
¡cuánto de sus fatigas desmerece!  
Tu inexorable norma,  
ley no caduca de infalible ciencia,  
¿quién podrá comprenderla y admirarla  
cuánto más en sus obras reformarla?  
En el silencio de tu paso llevas  
tras ti los entes que a tu arbitrio riges,  
destruyes y renuevas,  
la ambición del Filósofo burlando,  
que te sigue aún tu fuerza averiguando.  
Sosegada diriges  
el obrar de las cosas, que atraídas  
a llenar tus decretos por tu mano,  
desde el simple gusano  
hasta el Angel que canta tus loores,  
contentas con servirte te obedecen:

olvidan los rigores  
de tu inviolable ley Sabios ociosos  
que en destruir tu autoridad trabajan  
cuando a tanto relajan,  
por su mal, los discursos animosos:  
de ti triunfan gozosos,  
y míseros no advierten que su labio  
sirve a tu disponer aun en tu agravio.  
Así en la tierra el movimiento sigue  
del duplicado giro a que se entrega  
Astrónomo obstinado que le niega.  
Así cuando persigue  
la civil Sociedad mente atrevida,  
cumple en ella las leyes de la vida.

Ignora a donde llega  
su razón el Mortal, y por subirla  
se divierte o se cansa en deprimirla.  
De la Naturaleza  
los impulsos abona  
al humano linaje, el que a ella debe  
el sofisticado error con que razona.  
Tras esto, ¿quién se llega a la certeza  
de lo que oculta mueve  
en su ciego y confuso laberinto?  
Lejana antorcha en tenebrosa cumbre  
al caminante que la senda pierde,  
sólo el círculo muestra que ilumina:  
su brillo, aunque distinto,  
no la senda le enseña: tal la lumbre  
de su naturaleza a los Mortales  
en su camino guía:  
de sí sólo ver deja las señales;  
mas no hace clara la perdida vía.  
¿Será tiempo que acuerde  
de su letargo la engañada turba  
que hacia su fin camina?  
¡Oh cuánto los conturba,  
cuanto pagan la gloria de su ciencia!  
Al fin del ser humano caminando,  
por adalid llevando la conciencia,  
búscanle, se extravían,  
lejana luz les da Naturaleza;  
mas, dividido el bando,  
como ella no le aclara  
más del cierto camino se desvían:

éste cae, tropieza  
aquél, vacila el otro, en, la maraña  
de espeso bosque el otro se confunde,  
le inquiere, le rodea  
sin hallar la salida que desea,  
y más y más en confusión se hunde.  
¡Oh ceguedad extraña  
de ridículos juicios,  
buscar a tanta costa precipicios!

¡Ah! neguemos, neguemos  
una vez al amor que nos engaña  
la inclinación oculta  
que el paso a la verdad nos dificulta.  
De frágiles extremos  
huya resuelta la Razón, y el hombre  
restituya al asiento que la mente  
del Criador le dispuso,  
de augusta majestad y preeminente.  
Si en lastimeros males nos sepulta  
de la vida el abuso,  
y máquinas civiles limitamos  
el espíritu noble  
cuando a arbitrarios usos le aplicamos:  
libre levante la Razón su vuelo,  
y de humanas prisiones desatada,  
desde el ínfimo suelo  
hasta la alta región do, rodeada  
de luz inagotable que despide,  
la eterna Potestad el mundo mueve  
desde el glorioso trono en que reside,  
del Universo todo  
el consorcio visite, y de sus partes  
el destino contemple, el uso, el modo;  
las portentosas artes  
con que a un nudo reduce  
indisoluble, entero,  
el Criador las criaturas que produce;  
de causas y de electos sucesivos  
la alternación perenne,  
y el siempre duradero  
progreso que las ata y encadena;  
la Mano omnipotente que en sí tiene  
de la gran trabazón el solo extremo,  
que sola rige con poder supremo.  
De gozo entonces llena

conocerá el destino de sus dones.  
En la Naturaleza  
verá el poder de Dios, a cuyas obras  
sujetas a un prescrito movimiento  
aquel nombre se aplica. Y la grandeza  
de su ser ya alcanzando,  
hallará que el humano entendimiento  
a diverso progreso sometido,  
no es eslabón del orbe en que ha nacido.  
De inmensas producciones,  
efecto de perpetua Omnipotencia,  
convidado, ceñido,  
entre ellas peregrino se detiene  
el tiempo que hasta el término conviene.  
Tal en la contingencia  
del inconstante mar quien se avecina  
a la rojas entrañas del Oriente,  
no es parte de la nave en que camina  
por más que el ceño de las olas siente.  
Tal habita presente  
(si es lícito del Ente soberano  
a la de un triste humano  
trasladar la existencia) en todo el orbe  
el Señor que le rige y le recrea  
sin que miembro del orbe o parte sea.

¿Qué importa que le estorbe  
la material unión que le encarcela  
el suelto raptó a donde ardiente anhela,  
si libre y poderoso  
puede hacerse con ella venturoso?  
Mérito es nuestra vida,  
o acusación eterna: a este fin goza  
el hombre en cuanto abarca el Universo  
orden suyo y diverso,  
desatado del Todo que le ciñe.  
Si llora, si solloza,  
si de males le aflige combatida  
ver su parte caduca; deje el nombre:  
los padece cual bruto, no cual hombre.  
¡Ignorante! constriñe  
su ser en breve límite, pegado  
al trabajo mortal que le acobarda,  
negado al bien eterno que le aguarda.  
¡Oh! ya desengañado,  
de su gran dignidad el eminente

término reconozca: y cuando solo  
procede en cuanto abrazan  
éste y el otro polo,  
no quebrante los pródigos confines,  
y al círculo se abrevie de sus fines.  
Leyes que le embarazan,  
grillos son que le honoran y engrandecen.  
Los árboles que crecen;  
los brutos que caminan y perciben;  
los astros que no viven,  
mas con vida exterior que representan  
al tiempo los períodos le cuentan,  
con paso igual e irrevocable modo  
se enderezan al orden del gran Todo  
constantemente estables:  
las leyes de su fin nunca traspasan.  
El orden de tu espíritu, Batilo,  
no a componer el Todo destinado,  
pero a fines más altos y durables,  
leyes tiene también que a ellos le guían.  
Si de ellas se desvían  
apocados espíritus, que turban  
el orden de su esencia; no por eso  
la ordenación universal perturban,  
constante en su progreso:  
argumento eficaz que te demuestra  
que ignora el orbe la existencia nuestra.  
Hierran, hierran sin duda  
los que cuando su espíritu examinan  
del gran Todo una parte  
consideran en él. En vano suda  
en conformar su estado  
con las leyes que el mundo determinan  
el que no para el mundo fue creado.  
¿Pretendes sujetarte  
a la intención de Dios? Entra en ti mismo:  
abandona el abismo  
del orden exterior, y su belleza  
solamente admirando,  
cumple tu peculiar naturaleza.  
Tu juicio, acreditando  
su vigor generoso,  
a la sencilla voluntad unido,  
en recíproca unión dará a la vida  
la senda que conviene a su reposo.

Ventura ya perdida,  
primera creación, benigno origen  
del estado del hombre, ¿dónde ahora  
te hallarán las que afligen  
miserias a los tímidos Mortales,  
asiento ya forzoso de mil males?  
¿A dónde tu paz mora,  
tu apacible salud, aquel sosiego  
de la simple pureza que influías?  
¡Oh no gozados días!  
¡Oh teatro del mundo convertido,  
de morada benigna,  
en calabozo crudo y abatido!  
Inclinación maligna,  
libertad temeraria, juicio insano,  
entendimiento ciego,  
¿a cuánta confusión nos entregasteis  
cuando el orden primero abandonasteis?  
Entonces el humano  
linaje, a los decretos obediente  
que estudiaba en su frente  
sin largo meditar, puro duraba,  
y no en perfeccionarse se cansaba.  
El nombre de virtud en sus acciones  
desconocido era,  
no menos que en la blanda primavera  
ardiente flor ignora  
si es virtud el color con que enamora:  
falta de imperfecciones,  
la virtud en su obrar no fue excelencia,  
mas sólo un conformarse con su esencia.  
En estado tranquilo  
sin alterar su ser, cual van los entes  
sensibles o vivientes,  
de la Razón se acomodaba al mando,  
a su fin detrás de ella caminando.  
Dióselo Dios por regla e instrumento  
de su felicidad: y porque atento  
la perfección más fácil mantuviera  
de su orden singular; del santo cielo  
le indicó los secretos, e inclinado  
le formó a que el desvelo  
de aspirar a la patria en él mandara.  
Tras esto en nudo justo  
de libre Sociedad, que conformara  
en un solo querer los hombres todos,

ató las diferentes voluntades  
sin Reyes, sin edictos, sin ciudades,  
sin el imperio adusto  
de potestad a la injusticia expuesta,  
a las gentes funesta  
tal vez más que benéfica Tutora.  
Así las intenciones  
conviniendo entre sí, nadie oprimía  
por el bien de que nadie carecía,

¡Oh! Cuánto cuánto llora  
quien sabe meditar, los altos dones  
que en pérdida fatal desperdiciaron  
los que nuestra miseria ocasionaron.  
Los ojos a las gentes  
volvamos, oh Batilo, que hoy se afligen  
en la circunferencia de la tierra.  
En climas diferentes  
lamentará tu llanto  
ver castigos atroces que corrigen  
la maldad nunca bien escarmentada.  
Si en templos infinitos,  
que la Piedad levanta depravada,  
con temeroso y santo  
respeto a los altares te avecinas;  
de ámbares exquisitos,  
árabes gomas, y fragantes humos  
regalado verás el simulacro  
de una sierpe, de un vil facineroso,  
o de un Numen quimérico, asqueroso.  
Perfecciones divinas,  
verdad del solo Dios omnipotente  
que reside presente  
en cuanto el rayo del autor del día  
ilustra, si no dora;  
en cuanto vaga en el inmenso espacio  
a humana comprensión no permitido,  
la región del Universo honora;  
¿a dónde se desvía  
vuestra presencia, que presente en todo,  
se oculta a mil naciones que en su mano,  
que en sí llevan el Ente soberano?  
¿Razón un Dios a su criatura diera  
para que conocerle no pudiera?  
¿Y a que inclinado a le adorar crearme  
si de sí la noticia ha de negarme?

No tal error, no, al cielo le atribuyas  
por disculpar imperfecciones tuyas,  
delitos de tu mente,  
y de la libertad que tuya era.  
Si de la verdadera  
noticia de su Numen los Mortales  
carecen; más decente  
es achacarlo a la flaqueza mía  
que a una inmensa inmortal Sabiduría.  
Mi ignorancia, mis males  
de mí y mis semejantes procedieron:  
ellos las leyes de su Autor rompieron  
rebeldemente osados.  
Y dime; desatados  
los afectos brutales en el pecho  
derrotado, deshecho  
de la Razón por ellos el dominio,  
¿qué pudo dar de sí tal exterminio?

¿Qué fuera si al estrecho  
de vivir siempre súbditos serviles  
de bestiales pasiones  
un justo Criador nos redujera,  
ya que adoptó su furia lisonjera  
la humana sinrazón a su albedrío?  
Mas, ¡oh inefable, oh pío  
efecto de bondad: y oh sinrazones  
continuas del Mortal terco e ingrato!  
Apenas el mal trato  
ve el Criador y mortíferas señales  
de los ya embrutecidos Racionales:  
discordias, muertes, guerras,  
labrar murallas, inventar en tierras  
dominios exclusivos,  
vivir para hacer presa de los vivos,  
a viles servidumbres  
el hierro sujetar a los que iguales  
nacieron para el uso de las cosas,  
de perversas costumbres  
hacer gala, achacosas  
las luces del sagaz entendimiento  
desconocer su Dios, el fundamento  
y fin que dio ocasión a su existencia;  
entonces la clemencia  
de su Autor desplegó con valentía



el cuidado que un vil no merecía.  
Primero su influencia  
inspiró la razón de los Imperios,  
civiles ministerios  
por quien una caterva moderada  
viviese en sociedad modificada.  
Ánimos superiores  
a la tierra envió, que congregando  
las tropas divididas,  
con robusta elocuencia al seno blando  
de la unión sus discordias atrajeran.  
A las, o ya borradas, o tenidas  
en poco o nada naturales leyes,  
autorizando Reyes,  
sustituyó decretos positivos  
que expuestos a la vista, mas activos  
su observancia imprimieran:  
y por este camino,  
cual suele en todo su saber divino,  
de entre el desorden mismo un orden  
nuevo dedujo a la malicia conveniente  
que por toda la tierra dominaba.

Y si en esto mostraba  
majestuosamente  
aquella singular beneficencia  
con que atiende de un modo  
al Ángel y al insecto imperceptible;  
¿qué voz (bien ya su Febo,  
en cítara sonante cuerdas de oro  
hiriendo heroicamente,  
nos ofrezca la Grecia fabulosa,  
cantando en el Olimpo al sacro coro  
de Dioses a su acento suspendidos)  
enérgica la ciencia  
dirá inmensa, amorosa,  
con que de sí noticia a los Mortales  
tornó a dar, convertidos  
a torpe adoración, sucia y nefanda?  
El hombre se desmanda  
y a cultos desiguales  
sus súplicas retuerce: desfigura  
de su fin y ventura el instrumento;  
y entonces, a él atento  
no menos que en su origen, Dios apura  
pródigo su bondad, y del profundo

le saca de su hierro voluntario,  
y le guía al celeste santuario  
por no equívoca senda.  
¿Qué rebelde, que inmundo  
Sofista aquí relajará la rienda  
a su inicua razón, y cuando nota  
la certeza de Dios casi extrañada  
del orbe de la tierra, enferma o rota  
la santa inclinación al culto cierto;  
osará reprobado que un Dios benigno  
el culto de sí digno  
repita y le declare, cual conviene  
al que para adorarle al mundo viene?

Su mismo desacierto  
de tormento les sirva, y desatados  
vivan, bien lo merecen, de las santas  
leyes que no a Sofistas se destinan  
cuando pertinazmente desatinan.  
Tú si en tanto, Batilo, los callados  
designios de tu Dios atento observas  
en el retiramiento de tu pecho,  
y el ánimo levantas  
a agradecer los modos inefables  
con que la Providencia a sí te llama;  
ardiente del estrecho  
sal de las siempre acerbas  
clausuras con que el hombre se disfama,  
limitando a invenciones execrables  
los estados que hoy goza en su destino.  
Constante en tu camino,  
al Imperio obediente;  
al cielo reverente;  
de impiedad y de vicios  
exento; a los prescritos sacrificios  
del cielo y de la patria no con lento  
paso acudiendo siempre, quizá hambriento  
vivirás; mas sin tales atributos  
no esperes ser más bueno que los brutos.

## ADVERTENCIA

La costumbre, o la imitación de los ultramontanos, ha introducido que las Obras se escriban ya sin citas; y se atribuye una especie de pedantismo al que usa de ellas. Las cosas todas en el mundo tienen sus extremos; y en éstos incurren facilísimamente los

tontos. Tan malo es citar demasiado, como no citar cuando es menester; y tal Obra puede haber en que el no citar sea en su demérito. Casi todos los grandes hombres han sido grandes citadores; y los que no, ha sido ciertamente por falta de lectura, como le sucedió a Cartesio. Los hechos y las opiniones no se pueden confirmar sino con citas; y el no usar de ellas en estos casos, es querer no dar a su escrito la autoridad que debe tener para ser creído o para que persuada. De este linaje son estas Notas o Ilustraciones a los Discursos. Tratándose en algunas de ellas de manifestar en la Antigüedad el origen de algunos sistemas modernos, o de exponer las razones que han tenido algunos hombres célebres para adoptar ciertas opiniones que sigo y propongo; el no citar hubiera sido entonces un verdadero pedantismo; porque en éste se cae también por la demasiada afectación de buen gusto: y para mí tan pedante es el farraguista o amontonador, como el que no sabe cuándo y cómo debe citar. Esta advertencia no la hago para mi disculpa, sino para desengaño de los entendimientos que se atienen a las frívolas leyes de la moda.

Estamos en un siglo en que la erudición se bebe en diccionarios y papeles efímeros. El Escritor que no conoce otras fuentes ¿cómo ha de citar, si ni aun tal vez habrá visto los originales a que debería acudir? La ignorancia y la desidia se disfrazan con el honesto título de buen gusto: y ¡así salen los libros modernos! donde en tocándose noticias antiguas, no se leen más que absurdos y novelas. A la erudición juiciosa y racional han sucedido el tono de oráculo, las expresiones saltantes, y esta elocuencia de torbellino que ostenta una rapidez y velocidad poco conforme las más veces con los asuntos en que se emplea. Saber dar a cada cosa y asunto lo que le pertenece, es el verdadero, saber; y ésta es la regla fundamental del buen gusto.

Por lo demás, estas Notas pueden considerarse como otros tantos Discursos o Disertaciones que continúan o explican la filosofía del hombre. Como aclaro en ellas algunas opiniones particulares más, propuestas sucintamente en los Discursos, estoy en la obligación de rogar a los Lectores ( singularmente a los Teólogos), las examinen bien antes de condenarlas; no sea que creyendo servir a la Religión, la hagan un deservicio.

## AL DISCURSO I

No: dentro de nosotros conocemos  
que podemos obrar, y juntamente  
porque así o de otro modo obrar podemos.  
Se condena a si mismo el delincuente...

El pensamiento comprendido aquí es el mismo que se explica y confirma con más extensión en el Discurso IV desde el verso:

Dotó el Criador a la materia ruda...

hasta el verso:

Sin duda al hombre los preceptos ligán...

Antiquísima es ya la disputa sobre si las acciones del hombre son viciosas y virtuosas por constitución natural, o por introducción arbitraria. La primera opinión es la de todo el género humano. La segunda es la de los que, o se han inclinado al Ateísmo, o le han adoptado abiertamente. No es esto deseo de hacerlos odiosos, sino referir simplemente la verdad. El que admita un Dios remunerador, es preciso que admita en el hombre una ley prescrita por aquel Dios. El que no reconozca virtud intrínseca en las acciones humanas, forzosamente ha de negar la existencia del Legislador del género humano: porque negada la virtud ¿qué relación puede quedar entre Dios y el hombre?

«Muy conforme es a la razón (decía Teodoro el Ateo) que el hombre de juicio no se sacrifique por la patria; porque el prudente no debe perder su prudencia en utilidad de los imprudentes: mayormente siendo el mundo la verdadera patria de todos. Así también en la ocasión el prudente debe hurtar, debe adulterar, debe cometer sacrilegios; porque nada de esto es torpe por su naturaleza, quitada la opinión que se ha introducido para contener a los ignorantes. «Teodoro, que negó la existencia de Dios, raciocinaba consiguientemente a sus principios. Pero es posible que resplandeciendo un orden maravillosísimo en todas las especies de entes creados, un orden esencialmente travado y unido con su naturaleza; ¿sólo el hombre, la mejor entre las criaturas, ha de carecer de orden peculiar, de obras esenciales a la constitución de su ser? Considerado este orden físicamente, como consideramos el de los brutos o vegetales, ni aun sería repugnante en el sistema de los Ateístas o Materialistas. Entre los mismos Filósofos que reconocen y confiesan la existencia de la Deidad, ha habido quien se ha aventurado a decir que los preceptos naturales existirían aunque no hubiese Dios: y no sin razón a mi parecer. Porque si la Materia en sus diversos entes está sujeta a leyes y períodos determinados, de los cuales no sale ni se desvía jamás; ¿por qué en el hombre, uno de estos entes, no han de existir también leyes y obras determinadas que caractericen la especie de su naturaleza? En el fondo no era otro el modo de pensar de los Estoicos: finísimos Materialistas; y con todo eso, los mayores patronos de la virtud, que conoció la Antigüedad.

La existencia, empero, de la ley natural supone un Legislador; sin él no existiría: así como sin un Criador todo sabio y todo poderoso no pudiera existir tampoco este orden admirable del Universo. Negar la existencia de la virtud por la contradicción que se advierte en los hombres de distintos pueblos y regiones, es confundir groseramente los extravíos de la Razón y de la libertad, con la constitución humana. Descartes soñó un mundo de torbellinos: ¿serán por eso los torbellinos las leyes reales del mundo que habitamos?. En unas naciones se tiene por virtud lo que en otras por vicio. Sea así en buen-hora. ¿Pero el entendimiento humano está exento del error? ¿La voluntad elige siempre lo conveniente? ¿La libertad está siempre subordinada a lo que ordena la ley? ¿Los tormentos y los patíbulos no están manifestando en todas las naciones que los hombres quebrantan y atropellan aquellas mismas leyes que ha establecido la Legislación civil para reprimir los abusos de la libertad humana? ¿Por qué pues no confesaremos que los hombres rompen y pisan también las leyes que les impuso su Hacedor; o que faltos de raciocinio y de reflexión llegan a confundirlas o desconocerlas enteramente?

Una virtud facticia, cual la enseña Helvetius (Sofista desatinado si los hay), es el mayor instrumento de la esclavitud humana, y el mejor apoyo de la tiranía. Los Filósofos

sensatos de la Antigüedad enseñaron agudamente que el hombre virtuoso no está sujeto a la ley civil, porque no pudiendo ésta oponerse a la virtud, el hombre bueno, antes es norma de la ley, que esclavo de ella. Quítese la idea de la virtud, y supóngase con Helvetius que las acciones en tanto son virtuosas, en cuanto contribuyen al interés público, y que el Legislador civil es a quien le toca prescribir lo virtuoso o vicioso de las acciones. He aquí a todos los hombres precisados a ser esclavos de otro hombre. Y ¿en dónde me criará Helvetius Legisladores tan hábiles, que sepan precisamente que género de virtudes han de prescribir a sus súbditos para que todos contribuyan al interés común? Y estos Legisladores ¿por quiénes han de ser refrenados para que no conviertan en utilidad suya la obediencia ajena? Destruída la idea de la virtud, los Soberanos, que no conocen superior, tienen licencia para cometer cuantas abominaciones les sugieran la ambición, la incontinencia y la crueldad, sólo con que se encaprichen en que aquello es útil a la causa pública. ¿Y qué, por ventura las leyes puras de la naturaleza racional son opuestas a la utilidad de las Sociedades civiles? ¿El no matar, no robar, no engañar, no calumniar, no perseguir, son preceptos que pueden perjudicar en alguna ocasión a los hombres unidos civilmente? Causa vergüenza que tales delirios se bauticen con nombre de filosofía, y que a los que piensan y escriben así se les mire como a ilustradores de la racionalidad. Dije antes que esta opinión ha andado comúnmente unida con el Ateísmo: y en efecto ella fue peculiar en lo antiguo de los Epicúreos y Cirenaicos, sectas que combatieron la religión, y que no conocieron más fin de las acciones humanas que el deleite del cuerpo. Helvetius, que quiso renovar este absurdo rancio, ya que no se atrevió a contradecir la existencia de Dios, puso en duda la inmortalidad del alma. Para ser consecuente en su sistema, era menester que la hubiera negado de todo en todo. Ser el alma inmortal, y no haber moralidad intrínseca en las acciones del hombre, son proposiciones contradictorias. Sin la moralidad intrínseca, el alma no tiene necesidad de ser inmortal: y así también la mortalidad excluye la distinción de virtudes y vicios. ¿Y por qué? Porque si la virtud (como quiere Helvetius) toma su calificación de la utilidad que de las acciones humanas resulta al público; estas acciones tienen solo por fin el bien público, y no un Ente supremo a quien el hombre deba agradar con ellas. Y en este caso ¿para qué la inmortalidad? ¿para qué también la religión? Y quitada ésta y aquella ¿qué le importa al hombre que exista o no exista un Dios? De tal manera conoció Cicerón la verdad de esto, que habiendo de probar la existencia de la Ley natural, preguntaba a Ático, sectario de Epicuro, si le concedía la existencia de un Dios; porque de no, tendría que empezar su razonamiento demostrándola.

El mismo Cicerón decía que la cuestión de la naturaleza de los Dioses era excelente para el conocimiento del ánimo. En efecto: si los raciocinios nos ponen en estado de saber con certeza que hay un sumo Ente espiritual, y por el cotejo de nuestras potencias intelectuales con las de aquel sumo Ente, venimos a dar en que son, si no del todo, a lo menos algo semejantes entre sí; irremediabilmente nos veremos en la precisión de confesar, que aquella porción nuestra, cuyas potencias y facultades se semejan a las del sumo Ente, es también espiritual, y consiguientemente distinta en un todo de la porción corpórea que percibimos. Creo que me daré a entender mejor así. Dios es inteligente. En el hombre hay una fuerza, potencia, o facultad que le hace inteligente también. La porción del hombre en que reside esta potencia de entender, es preciso que sea tal, cual es la naturaleza de Dios: porque en tanto obran los entes de un mismo modo, en cuanto tienen una misma naturaleza. Ahora: o la inteligencia del sumo Ente reside en alguna

porción corpórea o material; y esto es un absurdo, porque está demostrada de cien mil maneras la repugnancia del pensamiento con la materia: o si Dios es espiritual, en lo que no hay duda, es preciso que lo sea también la porción del hombre en que reside su inteligencia.

Si hay pues en el hombre una porción espiritual, forzoso es que esta porción sea algún ente; porque lo que no tiene ser, no obra: y no un ente como quiera, sino un ente exento y separado de la ordenación de los entes materiales; y es claro, porque las leyes de la materia nada tienen que ver con lo inmaterial. Siendo esto así, resta solamente saber, si es conforme, o no, a la naturaleza de los entes espirituales que no haya en ellos orden peculiar y propio, leyes ciertas y fijas que los encaminen a algún fin, así como las hay en los materiales.

Santo Tomás decía, que dirigiéndose los actos de los irracionales por una cierta y determinada inclinación que acompaña a la naturaleza de cada especie, es menester confesar en el hombre alguna cosa superior a esta inclinación que dirija sus operaciones. Al contrario: Helvetius, y otros que han tenido con él el honor de disparatar sin ser Escolásticos, dicen, que no hay necesidad de que en el hombre haya orden alguno; y con esto hacen a la porción más noble del hombre infinitamente inferior a una mosca y a un escarabajo. Si esto se llama filosofar, sean enhorabuena filósofos Helvetius y los que le imitan. Conviene más no ser filósofos, que atribuir una necedad a la Providencia.

Pero nunca se juzga miserable,

ni dichoso se juzga, &c.

Los brutos no pueden explicar el estado de su interior en cualquier acontecimiento, sea favorable, sea infeliz: y esta imposibilidad es causa de infinitas cuestiones sobre lo que llaman comúnmente instinto. Han creído, y creen quizá muchos, que la definición del hombre en Animal racional no es enteramente específica, por las dudas que hay sobre si los brutos poseen también algún género de racionalidad.

Lactancio definió al hombre, *Animal capaz de religión*: nuestro Valles, *Animal científico o capaz de ciencia*. Concediendo uno y otro Razón en los brutos, buscaron diferencias que no nos distinguen: porque si el hombre es racional, y el bruto lo es también, la diversidad está ya, no en la esencia, sino en las cualidades: así como, si queriendo yo definir al hombre en cuanto es varón, dijese, *Animal barbado o capaz de barba*; definición que nos diferencia ciertamente de las mujeres, pero que no nos hace de diversa naturaleza. Mientras no se ponga diferencia específica entre el hombre y el bruto; cualquiera definición será insuficiente para explicar la peculiar esencia del hombre, y dejará en pie una multitud de dificultades que se oponen a la inmortalidad del alma: y esto es lo que sucede con las de Lactancio y Valles, las cuales dejan al hombre en el grado de bruto, y al bruto en el grado de hombre, tanto como si para mostrar la diferencia entre dos encinas, dijésemos que la una produce veinte bellotas, y la otra cincuenta mil.

El célebre Baile, tratando a los Escolásticos con menos benignidad de la que se podía esperar de un Pirrónico, dice de ellos, que es quimérica la pretensión que tienen de que la alma de las bestias no es de la misma naturaleza que la del hombre, si se atiende a las

pruebas en que lo fundan: y para argüirlos, se explica así. «Es evidente para cualquiera que sabe juzgar de las cosas, que toda substancia que tiene algún sentimiento, sabe que siente: y sería tan absurdo el sostener que la alma del hombre conoce actualmente una cosa, sin conocer que la conoce; como el afirmar que la alma de un perro ve un pájaro, sin ver que le ve. Esto muestra que todos los actos de las facultades sensitivas, por la constitución de su esencia y de su naturaleza, reflexionan sobre sí mismos.

Nuestro famoso Gómez Pereyra, entre otros muchos argumentos que propuso para deducir la necesidad de negar el sentimiento a los brutos, usó también de éste, y le esforzó con aquella claridad y eficacia que le era propia, bien poco frecuente en el común de los Filósofos de su tiempo. «Los que dicen (dice él) que los irracionales afirman algo o niegan mentalmente; por necesidad han de confesar también que conocen los actos de los sentidos exteriores: y esto consiste en que los que atribuyen aquella propiedad a el alma de los brutos, afirman que son semejantes a nosotros en todas las facultades que requieren órgano para su ejercicio.... Conocerán pues los brutos con aquel sentido común la visión y el olfato: y se seguirá de ahí, que percibida la visión, conocerán que ven; y percibido el olfato, conocerán que huelen.» No se puede negar que esta retorsión de Gómez Pereyra es de gran robustez para oprimir a los que conceden alguna racionalidad en los brutos; pero ella en sí, del modo que la propone Baile, es un puro sofisma, disuelto ya, como veremos, por un acérrimo destruidor de las paradojas de aquel famoso Médico.

En efecto la claridad que supone Baile en su proposición, es para mí la cosa más intrincada del mundo: porque siendo distintísimas entre sí las facultades de sentir y reflexionar, ¿por cuál medio vino a hallar Baile, que las sensaciones son capaces de reflexión? La sensación no reflexiona, ni la reflexión siente: no es menester gran caudal de filosofía para caer en esta distinción; y si no, examinemos el sentido legítimo de la acción de *reflexionar*.

*Reflexionar* a veces es la acción del entendimiento que llamamos *examen*; y entonces, no tanto es conocer, como aplicación para conocer. En este caso la *reflexión* no es otra cosa que el Ingenio, cuya facultad trabaja entonces uniendo y separando varias ideas, para hallar una verdad no bien examinada. *Reflexionar* es a veces lo mismo que *contemplar*: y entonces es propiamente una acción de la Memoria, que presenta al juicio las ideas que tenía depositadas, o de la Imaginación que le ofrece las recientemente adquiridas. Es por fin muchas veces la *Reflexión* el acto completo, momentáneo o tardío, con que el entendimiento *conoce*; en cuyo caso la reflexión es la mismísima *Razón* que juzga de la naturaleza de las percepciones: y así cuando se dice que el entendimiento reflexiona sobre sí mismo, vale tanto como si se dijera que aplica la facultad o acto de su Razón para hacer juicio del número, operaciones y uso de sus potencias; siendo ella sola la que interviene en este conocimiento, sin que ninguna de las tales potencias sea capaz de *conocer* por sí lo que ejecuta en singular según su ministerio. Y es muy de notar que en este acto de la Razón entran todas las operaciones del entendimiento del mismo modo que en el conocimiento de los objetos externos: porque para que la Razón conozca el número y ministerios de las facultades mentales, se vale del Ingenio para separarlas por sus efectos, del Juicio para examinar si se han confundido o separado acertadamente, de la Memoria para depositar los racionios, y últimamente entra la misma Razón decidiendo la verdad o falsedad de lo que resulta. Y cuando sin toda esta máquina,

conoce simplemente uno de los actos del entendimiento; entonces no hace más que ejercitar su vigor, conformarse con su naturaleza: pues sería cosa ridícula que la Razón tuviese facultad para conocer que los ojos están viendo un árbol; y no la tuviese para conocer que el Ingenio está combinando, o racionando el Juicio.

Pero este conocimiento que se halla en la Razón, ¿es por ventura el mismo que reside en el principio de obrar de los brutos? De ninguna manera. En otra parte doy más extensas las Pruebas de esto. Ciñéndome ahora a la proposición de Baile; para mí es cuestión en sumo grado absurda el dificultar, si todo el que siente percibe la sensación; porque sin sentir que se siente, ¿cómo se sentiría? La energía o propiedad de la facultad vegetativa es vegetar; la de la sensitiva sentir. Pero ni el árbol, ni el bruto para vegetar y sentir tienen necesidad de *conocer* que sienten o vegetan. ¿A qué fin esta potestad en unos entes que no pueden hacer uso de ella? Y ve aquí una prueba que, aunque no muy sutilmente metafísica, me inclinará siempre a sostener que en los brutos no hay alma racional: porque ¿qué causa pudo haber en la Naturaleza para que, infundiendo en ellos alma semejante a la del hombre, no les concediese la facultad de pensar y obrar como el hombre? Toda una Inteligencia inmensa, capaz de abrazar en sí el conjunto del Universo; de examinar sus partes y operaciones; de levantarse hasta las verdades más sublimes e inaccesibles; de combinar innumerables ideas abstractas para edificar sobre ellas infinitos mundos imaginarios; de conocer un Dios, adorarle y servirle; de establecer Leyes, formar Repúblicas, fundar Imperios; una Inteligencia de esta naturaleza, vuelvo a decir, ¿sería concedida a los brutos para ejercitar diez o doce operaciones, dirigidas a buscar el sustento, criar la prole, y defenderse de los peligros? *Fábulas: a mí a la verdad no se me hace verosímil.* Un célebre Médico Inglés adelantó este discurso hasta el extremo de afirmar, que si en los brutos hubiera alma racional, racionarían: y sin pensar en ello, destruyó invenciblemente los sofismas de Baile; que fundó en la diversidad de los órganos la mayor o menor facultad de obrar en el hombre y el bruto.

Crear que en los brutos hay racionalidad, porque se les ve ejecutar algunas operaciones que parecen reflexivas; es lo mismo que si creyéramos que Saturno, Júpiter y los demás planetas son animales, porque vemos o conocemos que se mueven. Además de esto, con haberse escrito infinitos pliegos sobre la naturaleza del hombre, tengo para mí que hasta ahora no se ha meditado suficientemente sobre las obras que nacen en nosotros del principio brutal, y las únicas y peculiares del racional. Si quisiéramos hacer una justa separación hallaríamos tal vez, que las obras que ejecutamos nosotros semejantes a las de los brutos, en su origen a lo menos no pertenecen al principio de la racionalidad. Lo cierto es que los brutos no necesitan de los entes visibles sino para un uso genérico, digámoslo así: y para este uso, no hay necesidad de que haya en ellos conocimiento, así como tampoco le necesita el árbol para chupar el sustento de la tierra que le fecunda. Admirablemente explicó este pensamiento Arriano, célebre Comentador de Epicteto. La metafísica de los antiguos era en muchas observaciones bien superior a la de los modernos. La de los Estoicos singularmente dejó poco que decir a su posteridad. He aquí las palabras de Arriano. «Muchas cosas tienen lugar en sólo el hombre por ser precisas a un animal dotado de razón: y muchas hallarás también en él, que le son comunes con los brutos. Pero éstos acaso ¿tienen conocimiento de las criaturas que perciben? De ningún modo; porque una cosa es el uso y otra el conocimiento. Dios los crió para que siguiesen ciegamente las impresiones de su fantasía; y a nosotros para que comprendiésemos el



uso de las cosas. Por lo tanto, sus obras están reducidas todas a comer, beber, descansar, procrear, y a las demás funciones de cada especie; pero nosotros, a quienes el mismo Dios concedió la facultad intelectual, no podemos limitarnos a estas operaciones: porque si no obramos con aquel orden y concierto que conviene a la naturaleza y constitución de cada cosa, de ningún modo lograremos el fin a que se dispusieron. Los fines y ministerios de los entes, cuya naturaleza es distinta, deben ser distintos también. Aquéllos, cuya naturaleza está destinada sólo para el uso de las cosas, con sólo el uso tienen bastante; pero los que juntan la comprensión al uso, jamás conseguirán su fin, si no obran convenientemente a él ¿Cuál viene a ser el destino y constitución de cada animal? Unos están destinados para que sirvan de alimento; otros para los ministerios del campo; otros para que produzcan queso, y otros en fin para otros fines semejantes: para los cuales ¿qué necesidad hay de que comprendan y discernan lo que perciben? Al hombre empero le crió Dios para que fuese espectador, tanto de su Divinidad, como de las cosas que produce; y no sólo espectador, sino explicador: y por lo mismo es torpeza en él empezar y acabar donde los irracionales; antes bien debe empezar por donde ellos, pero acabar donde conviene a su naturaleza; esto es, en la especulación, en la inteligencia, y en el ejercicio de la vida conveniente a nuestra natural constitución.»

El Doctor Miguel de Palacios, Catedrático de Teología de Salamanca; es el mejor Comentador que pudiera darse a los anteriores raciocinios de Arriano. Obsérvense bien las siguientes palabras, que se hallan en sus Objeciones a la primer Paradoja, de Gómez Pereyra. «Recelas (le dice a éste) que si los brutos están dotados de sentimiento, gozarán también de razón. Tú mismo puedes conocer cuán gracioso es este argumento: porque en primer lugar yo te diría francamente, que la fuerza sensitiva interior en los brutos es sólo aprehensiva y no discursiva. Por lo menos, la mayor parte de los Filósofos conocidos dicen ser probable, que la aprehensión interior sea suficiente para mover el apetito que da ocasión a la acción externa. Y a la verdad, nosotros mismos, experimentamos esto en los movimientos repentinos, huyendo con pavor con sola la aprehensión de un mal terrible que nos amenace súbitamente. El que no oyó jamás el estruendo de una bomba, aunque le oiga en parte segura, se azorará y le temblarán los miembros: ciertamente por sola la aprehensión, sin concurrencia alguna del juicio. Tal es la naturaleza del animal: en percibiendo el mal, le huye porque le percibe. Y aunque es verdad que en los movimientos que ordena la fuerza va delante el juicio; en los males súbitos se le anticipa la aprehensión y así, la sola percepción del mal induce a la fuga, la sola percepción del bien al conato para adquirirle. «Dos facultades únicas señala aquí Palacios, como suficientes para que los brutos produzcan sus operaciones. Júntese a esto la siguiente reflexión, suya también.» Hay grande distancia entre estas dos cosas: tener sentimiento, y conocer cada uno que le tiene. Sin embargo de ello, crees tú que uno es consiguiente de otro; pero nosotros no vemos a la verdad relación alguna. Son dos operaciones diversas, sentir, y sentir que se siente. La una, como ya sabes, es directa, la otra refleja: y así andan frecuentísimamente separadas en los hombres, cuanto más en los brutos. Podrá pues muy bien suceder que el bruto tenga sensación sin reflexión. «Palacios vio aquí la verdad, aunque puso alguna confusión en los términos: porque preguntar, como ya he dicho, si una substancia sensitiva *siente que siente, o ve que ve*, según la expresión de Baile, es proponer una cuestión incomprendible, y tal vez absurda; puesto que si las substancias sensitivas sienten, es porque son sensitivas, y si no sintieran que sienten, no sentirían; ni verían tampoco, sino vieran que ven. La dificultad está en el *conocimiento*, operación

refleja, como la llama con gran razón Palacios: pues conocer el objeto de la sensación es cosa muy diversa de percibir la sensación misma. En aquel acto anda envuelto el raciocinio: y los raciocinios no son muy necesarios para buscar el sustento y propagar la especie según el estilo de los irracionales.

El Abate de Condillac señaló cinco operaciones a la que él quiso llamar también *alma de los brutos*; a saber, la percepción, la conciencia, la atención, la reminiscencia y la imaginación. La celebrada metafísica del Autor no pensó aquí, que siguiendo sus mismas difiniciones, no hay modo de señalar diferencia específica entre los principios brutal y racional. Las operaciones de los brutos (dice) no pasan mas allá de la imaginación, contando desde la percepción: todas las demás que pasan de aquí son propias del hombre; la memoria, la contemplación, reflexión, abstracción, juicio, razón &c. Atribuyendo, como atribuye, al uso de los signos arbitrarios los progresos del entendimiento desde la imaginación en adelante; queda en pie la dificultad. Los brutos no pueden formar signos arbitrarios para su uso; consiguientemente no pueden pasar de la imaginación: está bien. Pero si las cinco facultades hasta la imaginación residen en la substancia racional del hombre, la cual por medio de los signos, no sólo las perfecciona, sino que las aumenta, ¿qué especie de substancia sera aquélla en que residen dentro de los brutos las mismas cinco facultades? Denme signos arbitrarios, diría Baile, en los brutos, y raciocinarán como los hombres. No los poseen: y esto lo que quiere decir es, que el principio de sus operaciones es menos perfecto, no distinto en especie, del que se halla dentro de los que se llaman racionales.

Ninguno mejor que Condillac tuvo ocasión para distinguir los límites que separan al hombre del irracional. Para explicar muchas acciones que ejecutamos sin intervención del entendimiento, se valió de la imaginación y de la reminiscencia con grandísimo acierto. Hallo fácil el tránsito a las operaciones de los brutos, y las atribuyó a las mismas dos facultades. ¿Qué necesidad de admitir en ellos también la percepción, la conciencia y la atención? Unas facultades penden de otras: así lo muestra en el progreso de sus primeros capítulos. Pero hay grande confusión en sus difiniciones, si yo no me engaño. Percibir no es conocer; y destruido este fundamento, caen la conciencia y la atención, que son, según nuestro Autor, modificaciones de aquéllas. No separando la percepción del conocimiento, es menester confesar raciocinación en los brutos: porque conocer es lo mismo que reflexionar, y la reflexión es facultad que pertenece al entendimiento. Palacios lo dijo mejor que nadie: son operaciones diversas sentir, y conocer que se siente. Si separara Condillac la sensación de la percepción, y atribuyera aquélla, y no ésta, a los brutos, uniéndola a la imaginación, reminiscencia y apetito, su teórica sería admirable. Voy a decir en pocas palabras mi parecer.

Los brutos tienen facultad de sentir; pero ajena enteramente de conocimiento reflexivo: de manera que su facultad de sentir no pasa más allá de la *sensación*. La sensación obra en la fantasía representando las imágenes, para que éstas pongan en movimiento los conatos siempre uniformes del apetito. Pero ¿conocen los brutos la naturaleza de los entes que dan ocasión a las imágenes? Nada de eso. El ciervo (se me objetará) huye del león, y no de la liebre. Está bien. Un granado no produce higos: ¿en qué consiste esto? Para mí, que el ciervo huya del león, es lo mismo que el producir granadas el granado; y que no huya de la liebre es por una causa semejante a la que hace que el granado no produzca

camueas. Esta facultad necesaria, y atada siempre a un constante y único género de operaciones, es a la que doy nombre de *apetito*, el cual induce a la fuga o la prosecución por un motivo muy parecido al que da origen a los movimientos de los demás entes. Los conatos más o menos vivos del apetito producen las *pasiones*, que son modificaciones de aquél; y para mí son peculiarísimas, aun en el hombre, del principio brutal. La *reminiscencia* tiene lugar, cuando sin presencia alguna del objeto, obra el animal como si le tuviera presente, cuyo acto consiste en renovar la imagen en la fantasía por medio de alguna señal externa que tenga conexión con la que se renueva.

Ve aquí en lo que me parece que consiste el mecanismo interior de los brutos. Si se considera bien, se hallará que los hombres con solo él ejecutan muchas acciones que se atribuyen sin necesidad a la substancia racional; y que si ésta interviene en las obras que nacen de aquél, es porque la racionalidad, obrando sobre cuanto conoce, se mezcla en las operaciones del principio brutal, y las aumenta y perfecciona. Se hallará que no hay necesidad de admitir una alma en los brutos, cuando es suficiente una fuerza activa que especifique sus movimientos. Y se hallará por último, que habiendo de ser éstos necesarios, es impertinente dotarlos de reflexión, facultad que encadenada en ellos, sería enteramente inútil. En fin el bruto siente, imagina, apetece, se mueve;

Pero nunca se juzga miserable  
ni dichoso se juzga, y ciego sigue  
en su modo de obrar uno y durable.  
Grita al rústico y sabio la conciencia  
con tono igual en lo interior del pecho  
doctrina no fundada en experiencia.  
Con saludable mano, cuanto al hombre  
le es necesario en la angustiada vida,  
próvida preparó Naturaleza.  
Mas ¿será su destino que al engaño  
viva sujeto en lo que más le importa?  
¿De su Dios, de su fin, de aquella causa  
de quien primero pende, siempre el hombre  
ignorante estará, destituido  
de lumbre que le aclare? ¡Ah, no! el supremo  
Señor que me dio el ser, no vanamente  
me le dio. La señal de su grandeza  
muestran sobre la frente los Mortales.  
Con el ser juntamente sus decretos  
es fuerza que me diera, y la noticia  
de ellos, si es su intención que los observe.

Esto dice Mr. de Voltaire en su primer Canto de la Ley natural; y éste es el término que debía haberse propuesto sin trasladar estas mismas reflexiones al conocimiento y adoración de Dios. Las naciones todas se han convenido en dar nombre de delitos a un cierto género de acciones. He aquí la Ley natural, aquella Ley que se le impuso al hombre en la primera creación para que caminase a su fin. Esta Ley existe todavía, porque existen

la voluntad y el entendimiento; pero obscurecida, pero adulterada temerariamente. Un entendimiento ciego, y una voluntad depravada no podían obrar de otro modo.

Esta perversidad o depravación se nota singularmente en los deseos de los hombres.

Mas declina a las veces el deseo, digo en el Discurso, y pruebo seguidamente hasta el fin, que siendo el hombre libre, y teniendo por lo mismo absoluta facultad para mejorarse; su único estudio debe ser la ciencia de perfeccionar las inclinaciones de su voluntad. Estas inclinaciones nacen derechamente de los deseos; porque si el hombre no deseara, las facultades de su entendimiento serían inútiles. «Los sentidos (dice Juan Luis Vives, explicando la naturaleza interior del hombre) se refieren al ánimo: las facultades del ánimo al entendimiento. El oficio de éste es conocer. Es pues preciso que con el conocimiento ande unido algún apetito en la mente; porque la facultad de conocer se le ha concedido al animal para el apetito. Nadie apetece para conocer; sino al contrario, conocen todos para que apetezcan: y conócese esto, en que nadie apetece lo que no conoce. Este apetito de la mente se llama Voluntad, de quien la misma mente es consejera y conductora.» El entendimiento pues se le concedió al hombre para la voluntad, no al contrario: así, el deseo es el verdadero y único principio de sus obras.

¿Y en qué estado se halla el deseo en los hombres? Quizá sería útil representar aquí, como en un espectáculo, la ridiculez y vanidad a que está entregado el ámbito de la tierra por los deseos de estos animales, que preciándose de origen divino, no piensan sino en desmentir la divinidad de su origen, y en proceder aun peor que las bestias. Lo cierto es que de esta depravación han procedido los Estados civiles, los pleitos, las leyes, las horcas, y para colmo de todos los desatinos, el furor de destruirse recíprocamente: males que han tomado apariencia de bienes, porque han remediado males mayores y más horrorosos. Y con todo eso ¿qué hemos logrado con este áspero aparato de cepos y prisiones que se han aplicado a la voluntad? Ninguno ha sido suficiente para remediar la causa del mal. Los establecimientos civiles la contuvieron, no la enseñaron. Faltaba que se renovasen en el hombre las noticias de sus primitivas obligaciones. «Se ignoraría todavía la Ley natural (dice otra vez Vives), a causa de las corruptísimas costumbres que habían adoptado las naciones todas. Cristo repurgó aquella misma Ley, y allanó su conocimiento a todas las gentes. Así, la que se escaseaba a la inteligencia, por más trabajo y tiempo que se consumiese en buscarla, se representa ya pura y sincera a los ojos de todos, y la abrazan; ingratos, con todo eso, con el autor de tan excelente beneficio.» ¡Cuántos ingratos de éstos ha habido, y hay tal vez, en nuestra edad!

*La ley de la Naturaleza (dice) se ignoraría todavía. Y con mucha razón. La mejor prueba que se puede dar de esto, es la certeza que tenemos de que ninguna de las religiones paganas señalaba obligaciones morales que encaminasen al hombre, ni le enseñaba los oficios de su naturaleza. «El culto de los Dioses (dice Lactancio), como enseñé en el Primer libro, no tiene en sí la sabiduría: no sólo porque somete el hombre, este animal dotado de divinidad, a las cosas frágiles y terrenas; sino porque nada se trata allí que aproveche para mejorar las costumbres y formar la vida: ni abraza en sí investigación alguna de la verdad, sino sólo los ritos del culto, los cuales se limitan a los ministerios del cuerpo, sin que pongan obligación alguna al ánimo. Así que, aquella religión no debe juzgarse verdadera; pues ni hace mejores a los hombres, ni los instruye en los preceptos de la justicia y de la virtud.» Con más energía San Agustín al mismo proposito. «Y lo*

primero, en lo que toca a las costumbres (les dice a los Romanos) ¿por qué no procuráron los Dioses que no las tuvieran tan pestilenciales? Porque el Dios verdadero con razón no hizo caso de ellos, pues que no le adoraban. Pero los Dioses, cuya veneración se quejan estos ingratisimos que les prohiben, ¿por qué no ayudaron con ningunas leyes a sus adoradores para que vivieran bien y santamente? Sin duda que fuera razón, que como éstos cuidaban de sus sacrificios, así cuidaran ellos de su vida. Pero responden, que por su propia voluntad es cada uno malo. ¿Y quién ignora esto? Con todo, les corría obligación de oficio a los Dioses a quienes consultaban, no ocultar al pueblo que los adoraba los preceptos y mandamientos para vivir bien; sino manifestárselos claramente, y hablarlos también por medio de Profetas, y reprehenderles sus pecados. Amenazarlos públicamente con la pena a los que viviesen mal, y prometerles el premio a los que bien. ¿Cuándo jamás se oyó clamar algo de esto clara y manifiestamente en los templos de estos Dioses?» Y poco más abajo: «De aquí es, que no cuidaron aquellos Dioses de la vida y costumbres de las ciudades y naciones que los adoraban, a fin de dejarlos que se hinchiesen de tan horrendos y abominables males, no en sus campos y viñas, no en sus casas y dinero, no finalmente en su cuerpo que está sujeto al alma, sino en la propia alma, sino en el mismo espíritu que gobierna el cuerpo, y que se diesen a todos los vicios sin temor de algún precepto o mandamiento suyo que lo prohibiese. Y si los prohibían, esto es lo que importa que nos averigüen y prueben.» Fácilmente induce todo esto a creer que la moralidad de las acciones era una quimera para el vulgo de los paganos. ¿Dónde estaba entonces el Derecho natural? En un puñado de Legisladores y Filósofos que a fuerza de usar bien de su razón, vinieron a hallar el orden peculiar de su naturaleza, y procuraron despertarle y hacerle observar con la autoridad pública que se les permitía, o con la enseñanza. Sé bien lo que se cuenta de los Misterios Gentílicos, y de las grandes lecciones de Teología y de Moral, que dicen se daban en ellos. San Agustín, instruidísimo en las costumbres y usos paganos, puso en duda la certeza de aquella especie de institución. El Doctor Leland ha probado, entre los modernos, la vanidad de tales juntas con argumentos irrefragables. Y ¿a qué ocultarse para predicar la virtud? ¡Ridícula precaución: negar a las gentes el conocimiento de su felicidad, limitándole a los que contribuyesen a la riqueza de los templos!

En dos capítulos se puede conocer singularmente la depravación que padecieron las leyes naturales en la inteligencia de los Gentiles: a saber, en la adoración de Dios y en el suicidio. Voltaire, hablando de la Ley natural en su primer Canto, dice que

Del uno al otro polo clama, grita,

«Adora un Dios, sé justo, ama tu Patria.»

Pero ¿qué Dioses tan ridículos eran los que predicaba esta triste Ley a las tristes gentes que no oyeron la voz del Dios verdadero? Con todo eso: los grandes rebaños de Números y Deidades, en cuyo honor se sacrificaban hombres, vírgenes, y niños con sangrienta barbaridad en los pueblos más cultos, no hicieron fuerza a Mr. de Voltaire. «Se culpa mucho (dice en su Discurso sobre el Politeísmo) a los Griegos y a los Romanos de la pluralidad de los Dioses; pero muestréme en todas sus Historias un solo hecho, y en todos sus libros una sola palabra de que pueda inferirse, que tenían muchos Dioses supremos.» Esto es andarse por las ramas, como dice nuestro proverbio español. Reconocían una sola Deidad suprema: está bien. Pero si la idea que tenían de su Zeus,

Júpiter o Jove, no era correspondiente a la verdadera naturaleza de Dios, ¿quién duda que su religión sería supersticiosa, su culto vano e inútil? Luciano se burlaba a cara descubierta del gran Júpiter; del que era *Padre de los Dioses y de los hombres*; del que tenía en su mano la gran cadena del Universo: y Voltaire, que se burló más de cuatro veces del que es verdaderamente Dios verdadero, se puso muy de proposito a defender las majaderías religiosas de los Gentiles. «La Religión Romana (dice en el mismo Discurso) era en el fondo muy seria y muy severa.» Severísimas por cierto, y muy serias eran las fiestas de Flora. Muchas celebridades nocturnas, los frecuentes espectáculos que se celebraban en honor de los Dioses, eran la cosa mas seria del mundo. Ello es cierto que en éstas y otras festividades se cometían las abominaciones más sucias y horribles. Pero ¿qué importa? El intento era probar el Naturalismo puro en la Gentilidad; y con tal que se lograra el fin, importaba poco mentir desenfadadamente. «¿No veis (dice Cicerón en boca de un Estoico) cómo las cosas físicas, inventadas bien y útilmente, han sido convertidas en unos Dioses quiméricos y fingidos? El cual error ha dado de sí creencias falsas, hierros turbulentos, y supersticiones vanísimas. Conocemos las figuras de los Dioses, sus edades, trajes, ornatos; sus especies, también, sus matrimonios, sus parentescos; aplicaciones todas que se han hecho a semejanza de la debilidad humana... Estas cosas se creen y publican estultísimamente, con estar llenas de futilidad y de vanidad.» «Crear que los Dioses (dice Plinio, el mayor) sean innumerables, y que los haya también de las virtudes y de los vicios de los hombres, como la vergüenza, la concordia, el entendimiento, la esperanza, el honor, la clemencia, la fe, o que haya dos solamente (como le pareció a Demócrito), que son la pena y el beneficio, llega a ser mayor locura: pero la débil y trabajada mortalidad dividió estas cosas en partes, acordándose de su flaqueza, para que cada uno reverenciase en partes aquello de que más necesidad tenía. Así que hallamos nombres en diferentes naciones, y en ellas mismas innumerables Deidades... Por lo cual se puede entender que sea mucho mayor el pueblo de los Dioses, que el de los hombres, pues cada uno de ellos mismos hace otros tantos Dioses, adoptando para sí las Junones y Genios.» Los mismos Gentiles conocieron la ridiculez de su religión. Voltaire no podría, sin duda, sostener el carácter de Desengañador universal, si no hacía pasar por severísima una religión en que hasta los menstrosos y pechos de las mujeres tenían sus Diosas tutelares con aras y culto público. Desengañémonos: en la antigüedad, ninguna nación llegó jamás a tener verdadera idea de Dios, a excepción de la Hebrea. Sócrates solía decir que a cada Dios se le había de adorar del modo que él lo mandase. Lo mandó a los Hebreos: adoráronle dignamente. Las demás gentes, que carecieron de esta felicísima declaración, no conocieron más religión que el interés y el miedo. Según temían o deseaban, así se forjaban Dioses a su voluntad. Decir que las grandes catervas de Númenes plebeyos se referían en substancia al supremo Zena, es decir una falsedad maliciosa. Los Escritores Gentiles echaban ya mano de esta suposición para dorar la extravagancia de la que ellos llamaban Teología civil. San Agustín combatió esta suposición fantástica de tantos modos y con tanta evidencia, que excuso a sus venideros el trabajo de convencerla contra los patronos del paganismo. Y en efecto ¿a qué atributos de la Divinidad se referirían la Diosa de las Cloacas, el gran Príapo, y otros Númenes todavía más hediondos?

Pero, por dar gusto a los apologistas de las supersticiones gentílicas, supongamos el imposible de que todas las naciones paganas se compusieron de filósofos: figurémonos que los pregoneros, albañiles y carpinteros eran unos discursistas estupendos que

disputaban admirablemente de las cosas visibles y no visibles. Ea: aquí tenemos un mundo sabio, que no reconoce más que un Dios dividido en cinco o seis mil atributos. Diga la antigüedad: ¿qué especie de Dios es ese que reconoce? No haya miedo que se convengan en la definición. El mismo M. Varrón, que compadecía las creencias frívolas de las naciones, no tenía mejor idea de Dios que el vulgo a quien compadecía. Los Directores de la República que se picaban de filósofos (que no todos lo fueron), hacían política de mantener a la plebe en su error, sin conocer que ellos mismos se engañaban en sus dogmas, tanto como la plebe en sus creencias. Y en realidad, en algún modo hicieron bellísimamente en no alterar las religiones recibidas: porque, para la verdad, lo mismo importaba la adoración de los ídolos, que la de los númenes filosóficos. Unos y otros eran quiméricos; y en unos y otros andaba envuelto el capricho de una Razón ciega y desenfrenada. Ninguno conoció esto mejor que Séneca, ni ninguno se atrevió a decirlo con más franca resolución. Los pocos fragmentos, que cita San Agustín, de su libro *De las supersticiones*, muestran que aquel hombre singular creía tan poco en la Teología filosófica, como en la urbana. «En este lugar (dice, haciéndose una objeción) me replicará alguno: ¿He de creer yo que son Dioses el cielo y la tierra, y que unos están sobre la luna, y otros debajo de ella? ¿Sufiré yo a Platón o al peripatético Estrabón, de los cuales, el uno hizo a Dios sin cuerpo, y el otro sin alma? Y bien ¿qué tenemos? Por ventura, ¿te parecen mas verdaderos los sueños de Tito Tacio, de Rómulo o de Tulo Hostilio? Tito Tacio consagró la Diosa Cloacina; Rómulo a Pico y Tiberino; Hostilio al pavor y la amarillez, molestísimos afectos del hombre.»

Ahora bien: concedamos a Voltaire la misma falsedad que intento probar. Los Griegos y los Romanos en el fondo no reconocían más que un Dios: adelante. Pero si el capítulo principal de la creencia era falso, si ridículo, si inventado por el capricho, si absurdo e indigno de la naturaleza divina, única y verdadera; ¿qué adoración podía ser la suya, ni cómo admitiría el verdadero Dios el culto que no se dirigía a él? Tertuliano, defendiendo a sus Cristianos en la persecución de Severo, expreso esto admirablemente con aquella su elocuencia africana. «Si vuestros Dioses (dice a los Gentiles) no son verdaderos Dioses, tampoco será verdadera la religión. Si no lo es la religión, no siéndolo los Dioses; falsamente nos hacéis reos de despreciar una religión que no lo es. Antes bien la culpa caerá sobre vosotros, que dando culto a la mentira, y no sólo despreciando la religión del verdadero Dios, sino persiguiéndola, cometéis el verdadero delito de la irreligiosidad. «Los fastidiosos Críticos de esta nuestra edad se han hecho tan delicadamente escrupulosos, que en viendo acumular citas, sin reflexionar la necesidad o el artificio con que se traen, cargan la mano sobre el pobre Autor, y le tildan inexorablemente de farragista. Si no fuera por no ofender la rigidez de los que se levantan a censores de lo que tal vez no son capaces de entender, alegaría aquí el siguiente pasaje de Juan Luis Vives, que impugnando a un Mahometano, habló con todos los Filósofos religionarios. «La verdadera adoración de Dios ¿cómo puede existir sino en la verdad, esto es, en que juzgues de Dios y las cosas divinas no de otro modo que ellas son en sí? Si yo me figuro un Dios muy diferente del Dios verdadero, ¿cómo adoraré a éste, sino es él a quien se dirige mi adoración? Ahora pues: tú y yo nos oponemos en las ideas de la naturaleza de Dios; luego alguna de nuestras creencias ha de ser falsa. Y aquel en quien se halle la falsa creencia, ¿cómo adoraré digna y debidamente al Dios verdadero? Nosotros y vosotros nos diferenciamos también mucho de los Gentiles en el dogma, en el rito, en los sacrificios: ¿cómo pues adoraremos todos debidamente a un mismo Dios, si nosotros no

admitimos más que uno, y ellos innumerables?» Estas palabras me venían aquí grandemente a cuento.

Los Filósofos de la antigüedad dijeron mil desatinos sobre la naturaleza de Dios: costumbre que tiene traza de ser hereditaria, porque los que se llaman ahora Filósofos, no parece sino que nacieron en la edad de Epicuro. La Ley natural es preciso que hablase a aquellos entendimientos sagaces y sublimes con mucha más claridad que al vulgo supremo e ínfimo. Pero ¿qué les sucedió al vulgo ignorante, y a la sabiduría peor que la ignorancia del vulgo? Puntualmente lo que dijo Lactancio en un largo pasaje que voy a copiar aquí con licencia de los señores Críticos. Aunque no esta muy en uso, yo, con todo, soy aficionadísimo a dar a cada uno lo que es suyo. El asunto que trato, me suministra idénticamente las mismas reflexiones que hizo Lactancio antes que yo: y si él se me anticipó, ¿por qué no oírse las a él, puesto que son suyas verdaderamente? He aquí cómo describe el estado religionario de los antiguos, sabios y no sabios. «La cosa (dice) viene a reducirse a esto. Los ignorantes juzgan verdaderas las religiones falsas, porque ni saben de la verdadera, ni entienden la falsa. Los más sabios, porque no saben de la verdadera, o perseveran en las mismas religiones que tienen por falsas, por no dar a entender que son impíos; o no tienen ninguna, por no caer en error. Como si esto mismo no fuera el mayor error, vivir con figura de hombres una vida de bestias. Conocer lo que es falso, pertenece ciertamente a la sabiduría; pero a la humana. El hombre no puede pasar de aquí: y así muchos Filósofos (como he dicho) mostraron la falsedad de las religiones; pero el logro de la verdad está reservado a la sabiduría divina: de donde nace, que si el hombre no es instruido por Dios, jamás puede alcanzar la verdadera ciencia de la religión. Los Filósofos pues conociendo la falsedad, llegaron a lo sumo de la sabiduría humana: no pudieron conocer la verdad, porque les faltó la instrucción de Dios.» Si Lactancio dice aquí que los Filósofos no tenían religión alguna, es porque tenía por tan falsos y frívolos sus dogmas, como las creencias del vulgo. ¡Triste ley natural, si su inteligencia hubiera de sujetarse a las interpretaciones de la Razón! Los Platónicos de la última edad, no se contentaron con que se diese adoración a unos cuantos Dioses que se habían forjado allá a su modo; quisieron que se diese también adoración a los diablos. ¿En qué artículo de la Ley natural hallarían prescrito este dogma piísimo? Confesemos de buena fe que los patronos del Naturalismo se ven precisados a decir mil desatinos, por defender uno: última miseria de la miserable filosofía.

Corrompieron los hombres su primera obligación, la de adorar a Dios; pero esto no es quizá tan extraño como que hayan corrompido las que pertenecen a su ser. El común de las gentes se ama más a sí mismo, que a la misma Deidad. ¿Quién, sino este amor, ha dado ocasión y origen a las supersticiones, aun en la misma religión verdadera? ¡Cuán pocos los que reverencian a Dios, porque es acreedor a la reverencia!

Esta observación me ha hecho mirar siempre el suicidio, tan acreditado en las naciones antiguas, como uno de los efectos más espantosos de la corrupción que ha padecido la Ley natural en el corazón del hombre. Los Estoicos, grandes defensores de esta barbaridad, creían ser sabios, porque convidaban a los hombres a que se matasen. Es una compasión ver al gran Séneca andar buscando sutilezas y antítesis sonoras, para persuadirnos a que nos ahorquemos o demos de puñaladas. Encerró Lisímaco en una jaula al Rodio Telésforo, tratándole como a una bestia feroz. Aconsejaronle que se dejase



morir, privándose del sustento que se le daba, y él con generosa magnanimidad respondió: *El hombre debe esperar todo, mientras viva*. Esta respuesta, que vale más que muchos sistemas de filosofía, movió la cólera en el buen Séneca, y infamó la memoria de aquel infeliz porque no se conformó con el sistema de los Portaleros. ¿No es cosa bien digna de risa, que éstos que se llaman Filósofos, hayan de hablar mal en todas edades de los que no quieren ser ridículos como ellos? Sino afirmo que el interés personal y la prostitución son los muelles de las acciones del hombre, me tratará de bárbaro Helvetio: si afirmo que el hombre ha nacido para ser hombre, saldrá Rosseau, y me dirá, como una grande injuria, que no soy digno de ser salvaje: si creo que la materia y el pensamiento son incompatibles, vendrá Voltaire, y por sostener a viento y marea esta miserable duda de Locke, me tratará de fanático y visionario. Quieren que todo el género humano se conforme con sus delirios, y ellos mismos no se conforman entre sí. ¡Oh! ¡qué preciosa sabiduría!

En el mundo habrá siempre hombres que se matarán, porque habrá siempre necesidad y locura sobre la tierra. Los brutos no conspiran jamás contra sí. Los que los hacen de naturaleza igual a la del hombre, harían bien si se valiesen de esta experiencia para probar que son más racionales que los patronos y agresores del suicidio. ¿Por qué, dicen, un hombre que se ve cubierto de miserias, hecho juego de la fortuna o de la malicia, no podrá enajenarse de su infelicidad, desposeyéndose de la vida? Pero las leyes naturales ¿qué tienen que ver con los efectos de estas tristes combinaciones, que se llaman Estados civiles? Si mi infelicidad procede de las combinaciones de una institución arbitraria, la ley de la naturaleza no se acomoda a los efectos que resultan de la institución: al contrario, ésta debe sujetarse a la ley; porque los Estados no han nacido para trastornarla, sino para interpretarla y suplirla. Ahora bien: ¿quién, viendo que la inclinación del hombre le lleva más a perfeccionarse que a destruirse, osará negar que hay una ley en el orden de nuestra naturaleza, que nos veda la destrucción voluntaria de nuestro ser? Ello es demasíadamente cierto, que en el estado en que se hallan hoy las cosas, los hombres trabajan con bellissimo ahínco por apresurar su fin. Pero en esto mismo anda mezclada su corrupción con la inclinación suya primitiva. Obsérvese atentamente: cuando más nos fatigamos en destruirnos, entonces creemos perfeccionarnos más. No hay mal que no nos alague con la apariencia de bien. El ladrón hurta por la necesidad, creyendo que la necesidad es mayor mal que el hurto. Las disculpas se disfrazan siempre con el embozo de la virtud. Muy pocos en el mundo los que son perversos por el gusto de serlo.

Esto en cuanto a lo primero. En cuanto a lo segundo: ¿por qué ha de pagar la vida del hombre las imprudencias de su conducta? *Yo soy miserable: vale más morir, que ser juego de la miseria*. Mas pregunto: ¿esa miseria de quién ha nacido? Catón ¿se viera encerrado en Útica, si como otro Ático, supiera abstenerse de la guerra civil? ¡Cuán raras veces son miserables los que no se exponen a serlo! Buscamos la infelicidad, y perdemos el sufrimiento cuando la tenemos encima.

Los males y bienes, de cualquier modo que se consideren, son siempre relativos. No hay mal grande ni pequeño, que no se aprecie por la comparación. Juzgábase infelicísimo aquel filósofo que iba comiendo una lechuga, por no tener otro sustento: volvió la vista, y vio que le seguía otro cogiendo y comiéndose las hojas inútiles que él arrojaba. En comparación de aquel (dijo el primero) soy yo venturoso; y consolose. Digo esto, porque

si los hombres hubieran de matarse por dejar de ser infelices; el mundo carecería siempre de las gentes más dignas de vivir. Un jornalero rústico vive alegre cuando se ciñe a sí: compárese con un Grande o con un Canónigo: ¡miserable vida entonces la suya! Trabajar infatigablemente, al sol, al aire, al hielo, a la intemperie, sin descanso, sin intermisión; y ¿para qué? Para adquirir cuatro reales diarios que le den un sustento escaso, áspero y desabrido; una habitación ruda, estrecha y desabrigada; una vestidura no desemejante de un cilicio; un estado en fin congojoso y ahogado en ages. Ve aquí una miseria, tanto más sensible, cuanto menos buscada. El infeliz jornalero, nació a la congoja, no la eligió. ¿Daríamos, con todo eso, nombre de héroe al que no acertase a sufrirla? ¡Tristes de los Estados, si las gentes más útiles y más pobres dieran en matarse por verse más miserables que los ricos inútiles! ¿Qué hombre más infeliz que Miguel de Cervantes, en comparación de los Poderosos de su tiempo? Su nombre era el crédito de la nación: sus escritos las delicias de las extrañas. Y ¿cuántos días cogerían al mayor Genio de aquel siglo, sin tener un bocado de pan con que satisfacer el hambre? Entretanto, las mesas de los ricos ignorantes y ociosos abundarían en manjares raros y exquisitos. El mayor talento de la Europa apenas tenía con que cubrir su desnudez: los poderosos sin talento rompían púrpuras y escarlatas en vana ostentación de una riqueza casual. El inmortal Autor del Quijote se veía precisado a pedir limosna a las puertas de la ignorancia rica: y la ignorancia rica, sustentando con desatinada profusión ramerías, juglares, perros, monas y caballos, oía con desdén las voces del sabio, y le arredraba de sí, posponiéndole a brutos inmundos, o a gentes peores que brutos. Si estos juguetes de la fortuna hubieran de autorizar el suicidio, España no contaría hoy cuatro sabios en los anales de su literatura. El ejemplo de Cervantes es notable, pero no único. Se podía escribir un tomo no muy ligero de Doctos Españoles que han vivido y muerto entre las angustias de un estado infeliz. Pero ¿qué Doctos? Puntualmente, no los Rabulas, Embrolladores, Farraguistas y Superficiales (éstos por lo común han vivido ricos); sino los que sirven hoy para mostrar a los extranjeros, que en España se ha sabido algo. Por lo demás, ningún honor más ilustre para los Doctos infelices, que la animosidad con que lucharon con la miseria. Duplicado mérito en ellos: uno el de la sabiduría, otro el de la conformidad.

Estas reflexiones tocan más en la moralidad, que en la metafísica: no hay duda. Pero dan a entender bastantemente, que las razones que se alegan para hacer válido el suicidio, no sólo son vanas, sino perjudiciales: son, como la misma causa que defienden, un efecto de la humana depravación; una corrupción impía de los sentimientos más puros y generosos.

Si hubiere alguno a quien le parecieren largas ésta y otras Notas, reflexione que nunca es mucho lo necesario. Ha sido preciso manifestar la corrupción de la Ley natural; y esta corrupción en ninguna cosa se hecha de ver con más energía, que en las religiones vanas, y en el furor de los que no tienen ánimo para ser infelices.

Por ti contiene  
sus dones este globo, el sol su lumbré.  
El Universo todo algún fin tiene,  
y este fin se halla en ti: tuyo es el uso;  
la Razón te le muestra cual conviene. Pag. .

Lucrecio y Pope, poetas célebres en cosas filosóficas, se han semejado también en negar, que el mundo haya sido criado para el hombre. Las razones de ambos son, parte

semejantes, parte diversas. Lucrecio, que estimaba en más los sueños de Epicuro, que el conocimiento y adoración de una Deidad benéfica, se fundaba en la ociosidad, que su secta quiso atribuir a los Dioses.

Decir que en gracia del mortal los Dioses  
la máquina admirable de este mundo  
dispusieron crear, y que por esto  
conviene dar loor a la laudable  
fábrica de los Dioses... Cuanto en esto  
se añade y finge, delirar es, Memio.  
Porque ¿qué utilidad a los dichosos  
e inmortales en sí, nuestra alabanza  
podrá prestar, para que a obrar se muevan  
en bien nuestro, pagando el beneficio?

A esta razón, digna de un Epicúreo, añade otras tomadas de la metafísica de su sistema. La principal es, que los Dioses no pudieron crear el Universo, faltándoles ejemplar, modelo, o idea (según el lenguaje de Platón) de donde derivasen la creación de las cosas. Es cierto que este pensamiento indujo a los Epicúreos a recurrir a la fortuita unión de los átomos; y tal vez a Aristóteles a adoptar la eternidad del mundo; disparates de que se salvó Platón con el de las ideas eternas e ingénitas, que inventó o tomó de otros. Pero la razón de Lucrecio, derivándose de un sistema absurdo, no tiene necesidad de ser confutada. Los átomos, después, de vagar por innumerables siglos en la región inmensa, llegaron por fin a enlazarse entre sí, y produjeron a fuerza de combinaciones casuales, innumerables universos, y innumerables entes en cada uno. Por consiguiente, ninguno fue creado con fin, ni tiene otra causa de su existencia, que la casualidad. Las consecuencias de este sistema son horribles en lo moral; y así se ve que los Epicúreos, ni juzgan el alma inmortal, ni creen que se debe adoración a Dios, ni conceden a la vida otro bien último que el continuo uso de los deleites sensuales; si bien se cree que no fuese ésta la verdadera sentencia de Epicuro.

Pope, tomando otro rumbo, o por mejor decir, otro extravío, afirma que en el Universo ningún ente ha sido creado enteramente para sí, ni enteramente para los demás. Este pensamiento, copiado de Leibniz, da a entender que ningún ente del Universo tiene fin entero o completo. A tanto obliga la necesidad de sostener un sistema. Demos enhorabuena que los entes en individuo están destinados para componer un Todo perfecto, excelentísimo, *óptimo*: díganos Pope, ¿cuál es el fin de ese Todo? el *bien general*, responderá. Pero ese mismo *bien general*; esa perfección suma del Universo; ese *óptimo* mantenido con entes y acaecimientos que no son óptimos, ni aun buenos; esa ordenación perfectísima ¿a dónde se encamina? ¿cuál es su fin? ¿La felicidad de cada individuo? No: porque los individuos sufren muchos males, que juzga precisos para la perfección universal. Un terremoto que se traga una ciudad populosa: un fuerte granizo que mata innumerables avecillas: un soberbio huracán que derroca millares de árboles: las enfermedades que debilitan la naturaleza humana; y lo que es sobre todo, las maldades que ejercitan los hombres, son medios que contribuyen al bien general, si creemos a Pope. Con que este bien general otro fin ha de tener a que se dirija, puesto que no es la felicidad de cada individuo.

¿Diremos quizá, que un Ente que es la infinita sabiduría, se propuso crear un Todo perfecto que no se enderezase a ningún determinado fin? Pope dicen que fue Católico: bastaba que fuese buen filósofo para conocer, que sería una necedad creer de Dios lo que no se cree de una criatura, esto es, que obre sin fin: pero entre tanto, si yo no me engaño, entre las muchas paradojas que da de sí el Optimismo, no es ésta la menos notable. Todo está encadenado y ligado en el Universo. Romped (dice) un anillo de los que forman la cadena en el instante veréis el Orbe reducido a su antiguo caos: todo mezclado y confundido, perdido el orden y el equilibrio de los entes. Este pensamiento sería sublime, si no destruyera la libertad de Dios y del hombre. Mas en fin; si todos los entes sirven a la trabazón de la cadena, ¿a dónde va ésta a parar? ¿qué objeto tiene? ¿qué uso? ¿qué fin? ¿a qué la destino el sapientísimo Fabricador y Director de ella?

Entre los Filósofos de la antigüedad, ningunos, a excepción de los Platónicos, fueron más Optimistas que los Estoicos. El Universo para ellos era el conjunto de todas las cosas encadenadas para formar un Todo óptimo: y digo *encadenadas*, porque los Estoicos fueron grandes patronos del Fatalismo, en lo cual se parecen a ellos maravillosamente los Optimistas de nuestros tiempos. La misma naturaleza de su sistema, muy semejante al que nos refieren de Espinosa (que yo, en realidad, no he leído las Obras de este Materialista), les podía dar, aun más que el suyo a los Epicúreos, muchas, si bien muy ridículas pruebas para dejar sin fin a todos los entes. Sin embargo, aunque realmente hicieron independiente al mundo de todo fin, porque para ellos era el verdadero Dios, es decir, que no conocían otro Dios que el mundo materialmente animado; sin embargo, digo, confesaron que el hombre había nacido para contemplar e imitar al mundo: como si dijeran, que este era el oficio del hombre en la vida mortal, o lo que es lo mismo, que el hombre tiene uso real y cierto en la ordenación del mundo. Oigamos a Balbo explicando la sentencia de los Estoicos. «Sabiamente Crisipo: así como la funda se fabrica para el escudo, y la vaina para la espada; así también todas las cosas, a excepción del mundo, han sido engendradas para uso de otras. Las mieses y frutos que produce la tierra para los animales; los animales para el hombre: por ejemplo, el caballo para que le lleve sobre sí, el buey para que are, el perro para que cace y guarde. El mismo hombre empero ha sido creado para imitar y contemplar el mundo: de ninguna manera perfecto en sí; pero es una partecilla de lo perfecto. Y» más adelante: «Resta solamente que muestre y pruebe de una vez, que todas las cosas que hay en el mundo y de que pueden usar los hombres, han sido creadas y dispuestas por causa de ellos. Primeramente el mismo mundo ha sido fabricado para los Dioses y para los hombres, y cuanto existe en él para utilidad de los hombres solos... Las vueltas del Sol, de la Luna, y de los demás astros, aunque pertenecen también a la trabazón del mundo, ofrecen, con todo eso, a los hombres un hermoso espectáculo: no hay belleza que sea más insaciable, ninguna más verdaderamente hermosa, ninguna más excelente para el uso de la Razón y de la sagacidad. Han sido medidos sus movimientos: conocemos por ellos las estaciones de los tiempos, sus variedades, sus mudanzas: cosas todas, que siendo patentes a los hombres solos, es fuerza que creamos que han sido creadas para ellos.» Confieso ingenuamente que hallo mas filosofía en estas simples enunciaciones de los antiguos Optimistas, que en las vehementes y enérgicas sátiras de los modernos: y digo sátiras, porque con el pretexto de asegurar a su sistema una especie de probabilidad, escriben agrias invectivas contra el linaje humano, tratándole de arrogante, de soberbio y de orgulloso; como si estos vicios no se dejaran ver

con más frecuencia en los que hacen profesión de saberlo todo, que en los que se alargan a creer que el mundo no ha sido creado inútilmente.

*No hay espectáculo más excelente (dice Balbo) para el uso de la Razón y de la sagacidad. Yo no sabré decir hasta dónde alargaba esta enunciación la sutileza de los Estoicos: sé empero que podía encerrar un misterio, cuya explicación es muy del gusto de los modernos. ¿El uso de la Razón pende del espectáculo del Universo? ¿Los hombres pueden hacerse sagaces con la contemplación del mundo? Sin duda. Ésta es una verdad de hecho. Cuanto más examinamos el Universo, tanta mayor racionalidad en nosotros. Cuanto más nos engolfamos en el conocimiento de sus partes y operaciones, tanta mayor penetración, tanta mayor sagacidad en el entendimiento. Aún hay más. Sin los entes que componen el mundo, los hombres no serían racionales. Esto no lo negará Locke: los Escolásticos mucho menos, cuyo célebre axioma, *nada hay en el entendimiento que no haya estado primero en los sentidos*, no otra cosa quiere decir, sino que, si no hubiera entes visibles, ni los Escolásticos hubieran llegado jamás a adoptar este principio, los antiguos a establecerle, ni Locke a demostrarle contra los Cartesianos. Yo ratiocino porque percibo; y lo que percibo no es ciertamente lo invisible. Está bien que la percepción no pertenezca al principio de la racionalidad; pero la estrecha unión que ha puesto la Naturaleza entre mis principios racional y sensible, hace que aquel penda de éste para empezar a obrar, así como sujeta éste a aquel en la continuación de las obras. El comercio es recíproco en ambos: y lo que resulta de aquí es, que las potencias racionales del hombre yacerían sin uso, si no hubiera entes que las pusiesen en movimiento. Díjolo Balbo admirablemente: *El hombre ha nacido para contemplar el mundo: su espectáculo sirve para el uso de la Razón.**

«De todas las cosas que vemos en el Universo (dice Arriano) es fácil dar encomios a la Providencia, con tal que se hallen en nosotros facultad para contemplar la naturaleza de cada cosa y animo agradecido: porque sin cualquiera de las dos, o no entenderemos las utilidades de las cosas creadas, o seremos ingratos a las utilidades de la creación de ellas. Si Dios hubiera creado los colores, y nos hubiera negado la facultad de contemplarlos, ¿cuál sería la utilidad de ellos? Ninguna realmente. Así también: si nos hubiera dado la facultad contemplativa, negando a las cosas aquella disposición que se requiere para que puedan ser contempladas, ¿cuál sería la utilidad de éstas? Ninguna. ¿Y qué, si hubiera dispuesto uno y otro, y no hubiera creado los colores? Ninguna sería asimismo en este caso la utilidad... La naturaleza pues de nuestro entendimiento es tal, que no se limita solo a la comprensión de las cosas sensibles; sino que tiene facultad de deducir consecuencias de ellas, de abstraerlas, de añadir otras a las ya percibidas, de coordinar por ellas lo que queremos, y en fin de pasar de unas a otras que sean sus semejantes.» En otra parte explica con mayor brevedad toda esta especulación. «La Razón (dice) ¿a qué fin ha sido destinada por la Naturaleza? Para el buen uso de las fantasías. Y ella ¿qué es? *Un conjunto o composición de las mismas fantasías.* De manera que según la doctrina de los Estoicos, sin las cosas criadas no habría en los hombres uso de la racionalidad, puesto que la Razón no es otra cosa que un *sistema de lo que nos entra por los sentidos*. Los modernos, decidiendo en tono de oráculos, como acostumbran, dicen que la antigüedad no llegó jamás a conocer la extensión y fuerza de aquel célebre axioma que cité antes. Yo quisiera que los que censuran tan liberalmente, se hubieran tomado el trabajo de hacer un estudio algo más que superficial en los pocos fragmentos que quedan de la Lógica de los

Estoicos, y singularmente en la que ellos llamaban Arte Isagógica, siquiera por no exponerse a levantar testimonios a los difuntos. Aquella escuela fue la madre de las buenas invenciones y de la obscuridad: peligrosa misteriosidad en el tratamiento de las ciencias, principalmente para la costumbre de nuestro siglo, en que los entendimientos, haciendo poca gloria de la erudición, o como decía el Canciller D'Aguesseau, haciendo gloria de la ignorancia, deciden de las opiniones antiguas con la misma facilidad que pudieran de una Obra de ingenio. Más adelante se verá, qué adelantamientos han hecho los modernos en el examen de aquel axioma. Entretanto es certísimo que ningún moderno le ha alargado hasta establecer que el principal uso del Universo consiste en poner en ejercicio el uso de la racionalidad en los seres inteligentes que habitan en él: dogma, si yo no me engaño, común en la escuela Estoica, y muy conforme a la parte física de su filosofía.

Es frecuentísima en todos los libros que tratan de Dios la demostración de su existencia por los efectos: es decir, la escala que sube de las cosas criadas al Criador. Nada hay de extraño en este argumento: haylo, sí, a mi parecer, en que se haya adoptado como una máxima común e innegable, que la ordenación del mundo es el primitivo Apóstol de las gentes, esto es, la que primaria y soberanamente anuncia a los hombres la existencia del Hacedor supremo. Grandísimas contiendas ha habido en estos últimos tiempos sobre si hay o no ideas innatas en el hombre. Sin inclinarme a la opinión que han renovado los Cartesianos, me atrevo a afirmar, que la inclinación a la Religión le es tan natural al hombre como el pensar. En otra Nota explico mi parecer sobre esto. Para lo que se necesita aquí, baste repetir lo que hice decir a la Religión en el segundo Discurso, hablando con los hombres:

La tierra, el orbe,  
la milagrosa y enlazada a un tiempo  
variedad con que puebla sus espacios  
el hermoso Universo, no a prestaros  
noticia del Gran Ente se dirigen:  
él con carácter indeleble en todos  
le grabó cuando os vio la luz primera.  
Mas en la unión del admirable mundo  
que mantuviéseis pretendió, admirando  
su infinito poder, alta memoria  
de su existencia, y dependencia vuestra.

Las ideas de Dios y de las obligaciones fundamentales del hombre, son su verdadero instinto. El mundo pues no sirve para anunciar a Dios, sino para mantener la memoria del verdadero. Y en efecto, en la contemplación del Universo se investigan más fácilmente los atributos que la existencia de la Deidad. El dogma de la existencia no nos repugna, aunque no tengamos más que una confusa idea de Dios. Los atributos no se nos hacen claros hasta que con largo examen reconocemos, en una circunstancia el sumo poder, en otra la munificencia, en otra la bondad, la sabiduría en otra, y así los demás: y ve aquí, porque los vulgares saben sólo que hay Dios, y los buenos Filósofos le comprehenden en lo que da de sí la limitación humana.

Pero ¿negarán Lucrecio y Pope que en esto hay un uso real y cierto; y que en el conjunto del Universo, los entes no racionales sirven más a los racionales, que éstos a aquéllos? Porque ¿de qué le sirve al conjunto del Universo mi racionalidad? En la destrucción o resolución de mi cuerpo, la porción de materia que hay en mí, irá a continuar su círculo, se resolverá en polvo, en jugos, dará alimento a una porción de insectos, fecundará la tierra, tomará diferentes formas. Está bien que en esta parte no use yo más del Universo, que éste de mí. Pero esta facultad racional que no se convierte en jugos ni polvo; esta facultad que abraza en un sitio brevísimo la noticia de todo lo creado e increado; esta facultad que manda en la Naturaleza y la prescribe leyes en emulación de Dios; esta facultad en fin que no está sujeta a un cierto periodo, a un círculo estrecho y limitado, ¿de qué utilidad puede ser a unos entes con quienes no tiene conexión propiamente tal? El argumento que se toma del uso, es vulgar, pero de gran convencimiento. Ni hay que acudir a suposiciones inaveriguables. Metrodoro decía que es un disparate creer que en un gran campo ha de haber una sola espiga, y un mundo solo en un espacio inmenso. Sea lo que quiera de los que dicen, como si ellos lo hubieran hecho, que las estrellas fijas son otros tantos soles que componen millares de sistemas copernicanos. y que en los Planetas hay perros, camellos, avestruces u otros animales equivalentes; si me dan criaturas racionales, en cualquier Planeta que se hallen, de cualquier modo que existan, los entes no racionales se han destinado a su uso, en particular la mayor parte, esto es los que necesitan para vivir; y en general el orden universal, para el ejercicio de la racionalidad y uso de la contemplación.

Santo Tomás, aquel gran Doctor que no dejó verdad alguna que decir a los modernos en asuntos de metafísica, y en otras cosas más. Aquel célebre Escolástico, en cuyos Escritos aprehenderían mucho los Sofistas no Escolásticos, si quisieran más ser doctos, que bufones. Aquel sumo Teólogo, no sólo Católico, pero Natural, que dejó impugnados como en profecía todos los desatinos que van naciendo, muriendo, y volviendo a nacer sucesivamente en el cerbelo de los Razonadores: Santo Tomás, digo, propuso tales argumentos contra esta suposición de los Optimistas y Epicúreos, que convencerán precisamente a todos, menos a los que lo sean. Trasladaré aquí algunas de sus pruebas, y en su misma forma escolástica, para que vean los que se precian de *esprit*, que no es menester escribir epigramas ni tornejar frases, para enseñar verdades, útiles y convincentes.

«Cuando algunas cosas se ordenan a un fin, si entre ellas hay algunas que no pueden lograr el fin por sí mismas, es menester que sean ordenadas a aquéllas que consiguen el fin y que son ordenadas por sí mismas. Esto sucede a semejanza del ejército: el fin de éste es la victoria: los soldados la consiguen directamente peleando con acto propio, y así son puestos en el ejército por sí mismos, esto es, sin respecto a otros. No así en los demás que ejercen oficios subordinados, v. g. los guarda-caballos, los armeros, &c. los cuales van en el ejército, no para sí, sino para la tropa. De lo dicho antecedentemente consta que el fin último del Universo es Dios, fin que sólo puede conseguir la naturaleza intelectual, a saber, conociéndole y amándolo. Sola pues la naturaleza intelectual es puesta por sí en el Universo: todas las demás por ella.

Más. En cualquier Todo las partes principales entran por sí, sin respecto alguno, en la constitución del Todo: las demás partes entran, o para la conservación, o para la mejora

de las principales. Entre todas las partes del Universo, las criaturas racionales son las más nobles: porque se acercan más a la semejanza de Dios. Las naturalezas pues intelectuales han sido creadas por la divina Providencia por sí mismas: todas las demás por ellas.

Ni se opone a lo dicho anteriormente, que todas las partes del Universo se ordenan a la perfección del Todo: porque en tanto se ordenan las partes del Todo a su perfección, en cuanto una sirve a otra: así como en el cuerpo humano se ve que el pulmón, en tanto contribuye a la perfección del cuerpo, en cuanto sirve al corazón; por donde no son cosas opuestas que el pulmón esté destinado para el corazón, y al mismo tiempo para el animal todo. A esta manera, no son cosas opuestas que las demás naturalezas sean para las intelectuales, y al mismo tiempo para la perfección del Universo.»

## AL DISCURSO II

*Y es necesario el mal en lo perfecto.*

Nada atribuyo aquí al sistema del Optimismo, que no se lo hayan atribuido cuantos le han examinado con imparcialidad. Leibniz y Wolffio no querrían asentir así tan absolutamente a aquella consecuencia; pero por más que digan, ella es de necesidad absoluta en su sistema. Téngalo a bien la buena memoria del gran Leibniz. Él culpó en muchas cosas a Cartesio: y por haber sido un excelente competidor suyo en el arte de forjar mundos, ha puesto a la posteridad en la precisión de culpar muchas cosas en él. Verdaderamente ¿no es cosa lastimosa que aquellos grandes entendimientos que suelen producir a pausas los siglos, se conviertan a formar edificios quiméricos, destinados sólo a hacer ruido en un corto número de días? Lo peor es, que por sostener un vano parto del ingenio, se ven mil veces en la miserable necesidad de renunciar al juicio, empeñándole en la defensa de cuanto sale, malo o bueno, de los principios que labró el calor de la imaginación: porque es muy cierto, que éstos que se llaman sistemas son bien poco diferentes de las drogas de que se valen los Charlatanes con nombre de remedios universales: curan una friolera, y dañan a la salud de infinitos modos. Leibniz quiso curar los sofismas de Baile en cuanto al origen del mal; y degradó la Omnipotencia de Dios, encadenándola en un fatalismo poco diverso del de los Estoicos; y sin poderlo remediar puso al hombre en la constitución de ser precisamente malvado.

Si Dios, según la escuela de Leibniz, debió elegir el más perfecto de los mundos, y el mundo más perfecto no puede existir sin maldades; injustamente castiga en los racionales las cualidades que hay en ellos necesarias para la perfección del mundo. Toda la sutileza de las distinciones del célebre Alemán, no satisface lo que encierra en sí esta consecuencia. Dios debió elegir el más perfecto entre los mundos posibles. En el hombre hay un principio, una raíz que le inclina al vicio, superior con mucho al principio o la raíz que le obliga a la virtud: o lo que es lo mismo, en el hombre la inclinación al vicio, domina, vence a la obligación de la virtud. Luego para la perfección del mundo que debió elegir Dios, era preciso que en el hombre fuese superior la fuerza del principio que inclina al vicio, a la obligación que induce a la virtud. Y dada esta superioridad, necesaria para la existencia del más perfecto de los mundos, ¿qué se hace la justicia de Dios? ¿Por qué ha de castigar las acciones que provienen de un principio necesario para el



complemento de lo óptimo? La voluntad de Dios en cuanto al mal moral (dice Leibniz) es solo *consecuente y permisiva*; es decir, que habiendo Dios de crear un mundo, y debiendo crear el más perfecto entre los posibles; no pudiendo existir esta perfección sin el mal moral, quiso permitirle como *condición sin la cual* no podría dar existencia a lo óptimo. Pero el hombre, considerando en sí, ¿qué culpa tiene de esta permisión imaginaria? La permisión del mal fue *necesaria* para la existencia de lo óptimo: son luego, *necesarios* los efectos de esa permisión. Dios no quiere el mal, pero lo permite: y permitiéndole ¿por qué le castiga? Dios no es autor del mal: está bien. Pero ¿por qué ha de castigar un mal que permite necesariamente? Si yo no me engaño esta objeción es indisoluble para los Optimistas. Una de dos: o Dios no ha permitido *necesariamente* las acciones viciosas, o si se vio *necesitado* a la permisión, no tiene derecho para castigarlas. La permisión supone facultad para obrar: y el que obra porque se lo permiten no incurre en pena alguna. La solución que se da a estos argumentos es todavía más inicua. Leibniz da a entender que es *necesaria* también la condenación de los réprobos para la constitución de su desventurada optimidad. ¿Se atrevería el más temerario Maniqueo a atribuir a su Dios maligno la perversidad que atribuyen tácitamente los Optimistas a un Dios que llaman sumamente bueno, sumamente benéfico, sumamente sabio?

El hombre es libre, dicen todos ellos. Yo, a la verdad, veo repetida infinitas veces la voz *libertad* en la Theodicea; pero no la percibo en los raciocinios. Díganos Leibniz: ¿El mundo dejaría de ser óptimo si los hombres, no haciendo caso de la permisión, dejasen de ser viciosos? Fue lástima que no le propusiesen este problema cuando vivía: porque si afirmaba, era fácil probarle la absoluta necesidad en la ejecución del mal; y si negaba, esto es, si confesaba que el mundo sería óptimo aunque no hubiese un vicio sobre la tierra, prestaría un asidero que arruinaría todo el resto del Optimismo. En efecto, era llano el tránsito del mal moral al mal físico: y de aquí nacería sin resistencia la demostración de que no siendo el mal *necesario*, puede dejar de haberle, y pudiendo dejar de haberle, si le hay, no es porque la suma perfección del mundo lo requiera así, sino por otras causas que no sabemos, porque no hemos nacido para averiguarle a Dios y tomarle cuenta de sus designios, sino para adorarle en silencio y humildad.

Pope no se contentó con hacer necesario el mal en el Universo: quiso traspasar los raciocinios de Leibniz, y no receló entrar en los términos de los Pelagianos.

No ya de hoy más que es imperfecto el hombre  
defiendas vanamente: el cielo justo  
cual conviene que él sea, le ha formado.  
Todo en él manifiesta la alta ciencia  
del eterno Hacedor, que para el mundo  
le crio y destinó. No convendría  
a su ser otro estado más perfecto.  
Su tiempo todo es un momento breve,  
su espacio un punto.

De modo que la alta ciencia del Criador se manifiesta (si creemos a Pope) en que muchos de los hombres sean ladrones, adúlteros, homicidas, engañadores, ingratos, fanáticos, idiotas, ambiciosos, traidores, vanos, crédulos, supersticiosos, pertinaces, orgullosos, feroces, frívolos, dados enteramente a los errores y la malicia. ¡Buen Dios! ¡A qué límites

tan estrechos y tan ridículos reducen estos que se llaman grandes Genios vuestra sabia y omnipotente beneficencia! La mano caduca de un mortal puede formar una máquina perfectísima, sin defecto alguno, con igual y proporcionada armonía en todas sus partes; y vos, todo sabio, todo bueno, todo poderoso, no pudisteis formar un mundo perfecto sin enlazar la perversidad con la virtud, el deleite con el dolor, lo malo con lo bueno. Confieso de mí, que si pudiesen ser ciertas estas vanas imaginaciones, me quejaría formalmente de Dios porque no me hizo bruto: pues en fin, vale más no tener Razón, que tenerla para que un inexorable fatalismo me la incline al ejercicio de la maldad que se cree necesaria para la perfección del mundo. Los Optimistas no pueden negar que hacen necesarios los vicios. Él es error; pero tiene la desgracia de nacer de otro. Hacer a la substancia racional del hombre parte, anillo, o eslabón de esta cadena no interrumpida del Universo, es querer sujetarla únicamente a las leyes materiales que le gobiernan. Perdona Pope: el mismo Leibniz perdona, si es menester. El hombre, para vivir en el mundo, no necesita ser racional: las leyes de la racionalidad, ni participan, ni se enlazan con las universales de la Naturaleza corpórea: el entendimiento, no es parte, es habitador del mundo. Así, los vicios de la parte racional, o lo que es lo mismo, el mal moral, como que se opone a unas leyes singularísimas que no tienen conexión con las de la Naturaleza, nada tienen que ver con el conjunto del Universo. Aunque no hubiera superstición en la tierra, no por eso desampararía ella su órbita. No haya miedo que los Planetas dejasen de hacer sus revoluciones, aunque no se cometiese en el mundo un solo homicidio. El que los satélites de Saturno rueden al rededor de él, no pende de que ahorquen a un malhechor en Madrid o en Londres. Si estas cosas tuviesen íntimo enlace entre sí, las horcas ¿no serían en el mundo tan necesarias como las revoluciones de los satélites de Saturno? ¡Oh qué sistema tan admirable! en que los malhechores pueden morir con el consuelo de que sus obras, y su misma muerte (aunque infames y abominables a los ojos de la justicia) son entre los Filósofos un apoyo preciso para la existencia y perfección suma del Universo. «Yo, yo. (podía decir un bandido al concurso, al tiempo de morir) yo soy el que va a hacer en este momento que el Sol no se arranque de su sitio; que la Luna no caiga sobre vosotros, y os abrume en vez de iluminaros; que todas las cosas continúen en su ser sin trastorno ni mutación. He sido perverso: la existencia y perfección del Orbe lo requería así. ¿Dónde estaríais vosotros ahora, si yo, por demasiada delicadeza de conciencia, hubiera dejado de cometer cuarenta homicidios y trescientos hurtos? Cierto es que Dios (según dos grandes hombres quiso *antecedentemente* que yo no matase ni robase; pero *consiguientemente* no pudo menos de permitir mis homicidios y latrocinios, por ser precisa esta permisión para dar existencia a lo óptimo: y no pudiendo menos de permitirlos, es muy regular que me diese tácita licencia para ejecutarlos, porque permitir y dar licencia, allá se va todo, a mi parecer. Los jueces que han decretado mi castigo, lo han hecho también *consiguientemente*; porque sin él, el orbe se arruinaría al instante: y *consiguientemente* también será menester que yo patalee cuando quede colgado; porque ¡triste del mundo si faltara en él el anillo o eslabón de mi pataleo! En el momento veríais (como dice el gran Pope) rota la gran cadena y perdido el equilibrio universal, caer astros sobre astros, barajarse los Planetas con sus soles y lunas, los Universos confundirse entre sí, desplomarse los cóncavos del firmamento, reducirse todo a su antiguo caos, y la Naturaleza, en el punto de expirar, llevar el asombro hasta el trono del mismo Dios. Ved pues si debéis estimar que yo sea ahorcado, y que patalee al tiempo de serlo, pues de uno

y otro pende la subsistencia del mejor de los mundos posibles, según lo afirman graves y acreditados Autores.»

Wolffio, para sostener los principios que dan de sí estas consecuencias, horribles y ridículas a un mismo tiempo, se asió del patrocinio de Santo Tomás, Doctor de quien mostró siempre hacer particular estimación. No hay duda: el Santo, que no pensó jamás en ser Optimista, pudo suministrar luces a Leibniz para apoyar los antiguos sueños de los Platónicos. «El bien del todo (dice en un lugar) es preferido al bien de la parte. Es propio pues de un prudente Gobierno consentir algún defecto de bondad en la parte, para que haya aumento de bondad en el todo: no de otra suerte que el Arquitecto entierra los cimientos del edificio para darle la firmeza necesaria. Si se arrancase el mal de algunas partes del Universo, la perfección de éste perdería mucho: porque su principal belleza resulta del ordenado enlace que tienen en él los bienes y males, puesto que los males provienen de la privación de los bienes; y también de los mismos males suele hacer la prudencia del Gobernador que se sigan algunos bienes, así como de la interposición del silencio resulta la suavidad en la música. Según lo cual, la divina Providencia no debió excluir de las cosas el mal.»

No fue el Santo el primero que dijo esto. Lo que ahora se llama Optimismo no es otra cosa que una antigua opinión Platónica, cuyas reliquias, con ser pocas, y con estar esparcidas, dan todavía de sí los fundamentos principalísimos en que estriba el edificio Leibniziano. Dutens olió esto; pero no lo aclaró con la puntualidad que pedía su instituto. Procuraré suplir con brevedad lo que él dejó de hacer.

El gran fundamento del sistema (y aun de la Metafísica) de Leibniz es lo que se llama *principio de la razón determinante*, que en lo común se llama *razón suficiente*. «La fuerza de este principio (dice en la Teodicea) consiste en que no se verifique jamás acontecimiento alguno, del cual no exista alguna causa, o a lo menos alguna razón que le determine: esto es, algún motivo que pueda servir para dar razón *a priori*, porque una cosa, antes existe, que no existe; y porque de tal modo, mejor que de otro.» El mérito de este principio no es ser reciente, porque sin él no habría Filosofía en el mundo. Si el mérito se busca en la aplicación, Platón fue el primero que la hizo. Leibniz tomó de él, no sólo la misma serie de reflexiones, sino los mismos modos de explicarse.

«La suprema sabiduría de Dios (dice el Filósofo Alemán) unida a una bondad no menos infinita, no pudo menos de elegir lo óptimo.»

«Al que es óptimo en sí (dice el Griego) ni le era, ni le es lícito producir cosa que no sea excelentísima. Así ordenó el mundo de manera, que fuese la obra más bella y mejor en su naturaleza.»

Leibniz dijo *no pudo menos*: Platón *ni le era, ni te es lícito*. He aquí en ambos, sin diferencia alguna, atribuida a Dios la necesidad de elegir lo que el Alemán llamó *óptimo*, y el Griego .

La diversidad única que hay entre los dos, es haber disfrazado aquél con nombre de *razón suficiente de la producción del Universo*, lo que explicó Platón con la voz *Providencia*. ¿Qué era ésta en sentido académico? La inteligencia del supremo Dios, o su benéfica

voluntad hacia todas las cosas, la cual hace que existan todas en el *mejor* y más hermoso orden. Las palabras citadas de Leibniz no dicen más que esta definición: en ella están epilogadas muchas menudencias de la Teodicea, y muchos, muy prolijos, y muy áridos párrafos de la Teología Natural de Wolffio.

¿Qué entendían los Platónicos con la voz *Hado*? Lo mismo que los Optimistas con la de *conexión* o *cadena* del Universo. «Dios (dice otra vez Leibniz) preordinó todas las cosas de un golpe, digámoslo así, y de una vez, previendo ya las súplicas, las acciones buenas y malas, y cuanto existe: siendo cierto que cada cosa contribuyó en algo *idealmente*, antes de su existencia, al designio de la existencia de todas. De aquí es que en el Universo nada se puede mudar sin destruir su esencia: si faltase en él la más pequeña parte del mal que contiene en sí, no sería ya el mismo mundo.»

Tan sumamente platónicas son estas suposiciones, que Leibniz, no muy tímido en sus hipótesis, no pudo llegar a las expresiones con que las proponía aquella escuela. No sólo se creía en ella, que todas las cosas están enlazadas entre sí; no sólo que el movimiento impreso en una se propaga sucesivamente pasando de una en otra, al modo del Oceano Leibniziano; no sólo que el mundo contiene en sí cuanto debe contener para su *optimidad*; sino que alargando la suposición hasta donde puede, afirmó Platón, y lo repitieron sus discípulos, haberse comprendido todo en él, de suerte que es imposible ya la producción de otro Universo.

Su *Hado* era una consecuencia de estos dogmas. La providencia produjo la mejor entre todas las obras que pudo: la perfección de esta obra consiste en el orden con que proceden las cosas en ella. Este orden, este proceso, este mudo caminar de los entes, esta diversidad de obras dirigidas a formar un Todo, una sola armonía, esta continua y necesaria alternación de causas y efectos dispuesta para la perfección del mundo, era el verdadero Hado platónico. No tiene otro sentido la definición del mismo Platón. «Es (dice) una ley compañera del Universo, que es causa de que se efectúe cuanto acaece en él: «como si dijera, es el orden que prescribió la Providencia a las cosas. En este sentido le llama en el Fedro *razón divina, voz de Dios*. La explicación de Iámblico (copiada por Stobeo) desentraña excelentemente la obscuridad de estos misterios académicos. «Las causas naturales (dice) son de diferentes géneros, y penden de muchos principios; pero la multitud considerada en si pende de una sola causa íntegra: de suerte que todas las cosas se enlazan entre sí con un solo nudo, y las demás causas se refieren a la suprema.» Continúa ampliando este pensamiento, y concluye con esta declaración, enteramente leibniziana: *Este único orden, que abraza en sí todas los órdenes, es lo que se llama Hado*. Tenían los discípulos bien presente la sublime escena del Timeo, en que después de encomendar el supremo artífice la fábrica de las criaturas a los Dioses menores, puso en cada astro un espíritu a quien intimó las leyes fatales, manifestándole la naturaleza del mundo. Ésta, ya opinión, ya símbolo o alegoría pitagórica, no quiere decir más en lenguaje platónico, sino que Dios estableció el orden inviolable en las obras de su creación conveniente a la perfección del Todo: de suerte que, en primer lugar, *no le fue lícito* dejar de producir lo *óptimo*: en segundo, la producción de lo *óptimo* comprendió en sí un íntimo, estrecho y determinado enlace de los entes, tal que siendo muchos, fuesen uno (así el mismo Platón) y esta *unidad* contuviese en sí cuanto era capaz de creación o pudo crearse: y en tercer lugar, este enlace íntimo, estrecho y determinado

produjo aquel orden universal, compuesto de otros órdenes subordinados, que da motivo a cuanto acaece o se verifica en el Universo, que es el único y el mejor. Tenemos pues aquí los tres grandes principios del optimismo con más de veinte siglos de antigüedad.

Los que llegaron aquí, no necesitaban dar muchos pasos más, para incluir la necesidad del mal en la producción de lo óptimo: *Todo mal particular contribuye al bien general*. Si Santo Tomás adoptó este axioma, sin ser Optimista, ¿qué harían los fundadores de la fábula? Platón echó los fundamentos en su libro X de las Leyes «*Persuadamos a este mancebo (dice el Ateniense del Diálogo) que aquél que tiene cuidado del Universo ordenó todas las cosas para la salud y virtud del Todo; del cual cada una de las partes, según sus fuerzas, hace y padece lo conveniente...* Y de aquellas partecillas eres tú una, o miserable, que por pequeña que sea, está siempre atenta al Todo: *Tú ignoras que la generación de los singulares no tiene otro objeto que la felicidad del Universo: la substancia de éste no existe por causa de ti, sino antes bien tú has sido creado por causa de él*. El Médico, y cualquier otro artífice, hace las cosas singulares en beneficio del todo, y las dirige todas a la perfección general; esto es, encaminando, no el todo a la parte, sino la parte al todo.»

¿Se acabó esta ficción con la vida de su inventor? Nada menos. El honor de una escuela consiste en propugnar hasta los delirios del que la fundó; y la severidad Académica dudaba de todo, menos de las opiniones de su Maestro. El Optimismo fue dogma fijo y permanente entre los que hacían profesión de burlarse de los Dogmáticos. Trasladaré aquí dos pasajes, uno de Iámblico, y otro de Máximo Tirio, que pudo haber copiado Leibniz, y excusádose de añadir su estilo a los pensamientos ajenos.

«Las partes corpóreas del mundo (dice el primero) no carecen de virtud, sino que antes bien cuanto mayores son, cuanto más hermosas, cuanto más perfectas que nuestros cuerpos, tanto mayores fuerzas y acciones tienen en sí. Cada una de ellas posee diferentes fuerzas, y produce diversas operaciones. Por cierto respeto recíproco pueden también producir otras muchas más: y aun fuera de eso, de todas las partes del Universo descende a las partecillas una cierta acción multiforme; y descende facilísimamente por la semejanza de las potencias, conviene a saber, en cuanto por grados sucesivos las potencias siguientes corresponden a las antecedentes, en especial cuando el paciente se acomoda al agente. Por las necesidades pues del cuerpo sucede que del concurso de todas las partes resultan algunos males y perjuicios a algunas de ellas; males y perjuicios que son saludables al conjunto de todas y a la armonía del Universo, aunque dañosas a las partes; o porque consideradas en sí mismas no pueden sobrellevar las acciones del Todo, o por la mezcla de la materia, y la debilidad que es propia de los entes inferiores, o porque unas partes no están sujetadas a otras... La concordia del Todo, el amor, el choque recíproco y otras cosas semejantes, respecto del Todo son acciones realmente; en cada una de las partes pasiones.»

Si hay en la tierra (dice Máximo) algunos desórdenes que no corresponden en la apariencia a la sabiduría del artífice que la hizo, no hay que echar la culpa al arte porque el artífice no menos atiende a su arte que el Legislador a la ley: además de que la mente divina es más certera en sus fines que la arte humana. Sino que, así como en los manejos de los oficios el arte obra primariamente de cierto y determinado modo para alcanzar su fin; y de aquella acción resultan ciertos efectos casuales, que no son obras del arte, sino

afecciones de la materia; como cuando centellea el yunque, o saltan las chispas de la fragua, o en otras obras se siguen efectos semejantes, que no son el fin del artífice, y son necesarios en la obra: del mismo modo en los males que intervienen en las cosas humanas, el arte debe ser disculpada enteramente, porque son en realidad ciertas afecciones necesarias que están enlazadas con la fábrica del Universo: *Las cosas que nosotros llamamos males, corrupciones, las que nos obligan al llanto; a éstas el artífice las llama conservación del Todo*; cuya felicidad es su primer cuidado, y para que la logre es menester que las partes padezcan corrupción. ¿Aflige la peste a los Atenenses, el terremoto a los Lacedemonios, se inundan los Tésalos, arde el Etna? Está bien. ¿Cuándo prometió Júpiter la inmortalidad a los de Atenas, a los Lacedemonios un suelo libre de movimientos? a los Tésalos de inundación, y del fuego a los de Sicilia? Tú llamas corrupciones a estas afecciones, porque pones la vista solo en los seres que perecen o se destruyen; pero yo las llamo conservación, porque preveo las utilidades que se seguirán. Ya ves la mutación de los cuerpos y las nuevas generaciones: pues figúrate en ellas, como Heráclito, una senda que corre abajo y arriba. La muerte de un ente aprovecha a la vida de otro, cumpliéndose con esta continua sucesión de vidas el complemento del Universo.»

Yo diré aquí por último, que el axioma fundamental de Pope, no estuvo sólo encerrado en la escuela Académica. Aristóteles le estableció bien claramente en el libro del Mundo, si es suyo el que anda entre sus Obras con este título. Entre los Cristianos es singular Lactancio, que impugnando a los que se quejan de la debilidad del hombre y le posponen a los brutos en cuanto a la felicidad, no tuvo reparo de decir que aunque Dios pudo, por ser omnipotente, crear de otro modo las cosas, no debió crearlas sino, del modo que existen

. En resolución, la Historia de esta opinión nos lleva naturalmente a pensar que así como somos deudores a la antigüedad de los elementos de todas las artes y ciencias (beneficio que no quieren agradecer ciertos modernos fastidiosos, que hubieran sido unos brutos, si hubieran nacido en la edad de Homero), de la misma suerte hemos heredado de ella las semillas de todos los delirios filosóficos. De las inmensas bibliotecas de la antigüedad no ha quedado más que un pequeñísimo número de libros, y en ellos hallamos dicho cuanto nace, o de la reflexión o de la fantasía. ¿Qué sería de las invenciones recientes sino hubiera perecido tanto libro?

Incita al pueblo a la piedad el labio  
de un Hermes, de un Ion; sin resistencia  
levantan aras al oculto Numen  
que adoran y no ven. Pág. .

¿En qué consiste que los hombres son más inclinados a la superstición que al ateísmo? Para tres o cuatro Ateístas que ha habido en el mundo, desde que hay filosofía en él; son innumerables los pueblos que ha habido, y hay supersticiosos. Acontece más todavía. Es rara la religión que no se ve adulterada con ciertas prácticas populares, que la desfiguran y alejan de su verdadero instituto, por excederse los hombres en el uso de la piedad.

Hasta en las cosas que a su Autor consagran  
mezclan los hombres su maldad: pervierten  
la inocente piedad, y figurando

dioses injustos, con nefandos votos  
su auxilio imploran, o por medios torpes  
a venerar su omnipotencia acuden.

Una atenta reflexión sobre esto pudiera haber abierto los ojos de la Razón a los declamadores de la impiedad, si ellos fuesen capaces de reflexionar consecuentemente.

Fue raro entre los Legisladores antiguos el que no se valió del velo de la religión, para reducir los pueblos a recibir pacíficamente las leyes. Esto ¿qué prueba sino que los hombres han nacido religiosos por constitución natural de su ser, y que el culto de una Deidad es propio y esencial de su naturaleza? Ninguna especie de persuasión vale tanto, como la que se supone nacer del cielo.

El hombre pues nace con el instinto de la religión. Pero ¿cuál debe ser la Religión del hombre? Ve aquí el laberinto de la Filosofía, y el escándalo de la racionalidad. Para mí (digan lo que quieran los Pseudósofos) la mayor prueba de que el ánimo humano está corrompido, es esta obscuridad del entendimiento en conocer aquello que es más inclinado naturalmente. La propensión a la religión es tan inseparable de él, como evidente la imposibilidad de alcanzar la cierta noticia de Dios, y el recto modo de adorarle. «De aquel culto universal de Dios, ingénito en todos los hombres (dice maravillosamente Juan Luis Vives a este propósito) han nacido las particulares religiones de Dios y de los Dioses. Porque aunque cada hombre, por inspiración de la Naturaleza, sabe que hay un Dios, y que se le debe reverenciar y adorar; pero ignora si este Dios es algún hombre, algún animal, alguna piedra, alguna yerba, u otro género de cosa que ni sienta, ni sea sentida. Ignora también qué reverencia se le debe ofrecer, con qué cultos conviene adorarle, con qué ceremonias.»

De esta verdad, que por ser experimental no necesita de prueba, nace otra evidentísima, y es, que no puede haber religión cierta sin que Dios la revele. ¡Fanático! me dirán aquí al instante los que quieren más ser delirantes que religiosos. Pero ¿que cosa más fanática que un Filósofo soñador, encaprichado en hacer creer, que él solo es el depositario de la verdad, y que sus delirios son otros tantos artículos de fe?

La inclinación de los hombres a la Religión, muestra que deben tener alguna. ¿Será suficiente la natural? No: porque ¿qué viene en substancia a ser la religión natural? No otra cosa que el modo de abandonarse a las ficciones o sueños de una fantasía desenfrenada. Los dogmas religionarios de cada Filósofo han sido inspiraciones de su razón, esto es, su religión natural. Henos ya aquí en una maraña no menos intrincada que la que nos ofende en las supersticiones populares. En ninguna cosa es más indigno de la razón del hombre el engaño, que en la opinión que debe tener de su Criador, y del culto que se le debe prestar. Pero al mismo tiempo ningún engaño es más llano ni más común. El vulgo ignorante, incapaz de levantar el espíritu a la consideración filosófica del Ente supremo, se acomoda a las creencias que recibió en la niñez: el Sabio crea su Dios y su religión al arbitrio de su vanidad. El Político somete la piedad a los fines de su ambición, impío por conveniencia, o fanático por razón de estado. ¡Dichoso aquél que fía a Dios la declaración de su grandeza y voluntad, y se deja llevar a la virtud y pureza del ánimo por la senda de una Revelación santa y magnífica! Cual será mayor mérito, ¿ser un sutilísimo

metafísico, para quedarse siempre en la incertidumbre; o acomodar sus obras a los decretos de una Ley que establece el candor, la paz, el amor entre todos los hombres?

Trasladaré aquí, no sin oportunidad, la Escena primera del tercer Acto de una Tragedia que escribí a la entrada de mi juventud, cuando la aridez de la práctica jurídica me obligaba a desempalagarme con la amenidad de las Musas. Ella contiene una filosofía, inoportuna tal vez en un Drama trágico. Pero las reflexiones que vertí en ella entonces no me han parecido del todo indignas de este lugar, y de conservarse.

Un Pontífice de la antigua Roma aplica la pena de los azotes a una hija Vestal, a quien se le atribuyó el delito de haber dejado apagar el fuego perpetuo de Vesta; pero se niega a la ejecución de la pena (que le tocaba por ley), fiandola a manos menos piadosas que las de un padre. Un Sacerdote, confidente suyo, intenta disuadirle. Ésta es la situación.

PONTÍFICE.            SACERDOTE.

PONTÍFICE

¿Qué se resuelve en fin? ¿A quién se fía  
del castigo de Emilia el ministerio,  
Domicio?

SACERDOTE

Vuestro mérito, no digno,  
Señor, de un infortunio, y bien impreso  
en los ánimos todos, de tal suerte  
llena los votos del piadoso pueblo,  
que indecisos los árbitros, lamentan  
vuestro mal, sin pasar a resolverlo.

PONTÍFICE

¿Al cielo me anteponen? ¿Por mí tardan  
en dar su honor al profanado templo?  
¡Débiles jueces!

SACERDOTE

Si en presencia ahora  
de la ignorante plebe, vuestro acento  
expresara ese enojo (perdonadme,  
Señor, me amáis) lo extrañaría menos.  
Pero en esta ocasión...

PONTÍFICE

¿Pues qué Domicio  
por tan impío me tienes?

SACERDOTE

Antes tengo



vuestra piedad en opinión tan alta,  
que más por ella extraño vuestro celo.  
Vos sois sabio, Señor; cuantas doctrinas  
halla el Egipcio. y desmenuza el Griego,  
son, si no ocupación de vuestro labio,  
de vuestro juicio infatigable empleo.  
Yo, a quien vos por favor o confianza,  
de vuestro estudio hicisteis compañero,  
sé, que en cuanto a los Dioses que servimos,  
no convenís con el sentir plebeyo.  
Esta máquina inmensa que habitamos,  
esos globos pendientes en los cielos,  
si por uno no fueran dirigidos  
presto cayeran en el caos primero.  
Este uno es vuestro Dios: Júpiter, Vesta,  
Venus, Neptuno, y cuantos el incienso  
de la plebe reciben, ni aun ser hombres,  
cuanto más, ser Deidades merecieron.  
Vos lo sabéis, Señor: y vos en tanto  
supersticiosamente descontento,  
aceleráis la pena a vuestra hija,  
porque a un rito faltó en que no creemos.  
Porque en fin ¿qué creéis de la gran Vesta?  
¿Hay para vos en las Deidades sexo?  
¿O teméis algún mal sobre la patria  
de una Deidad, de la ignorancia efecto?  
En presencia del vulgo estas creencias  
yo también las apoyo y las esfuerzo:  
yo sé bien con que fin; pero hasta el punto  
que vos, nunca alargara el fingimiento.

#### PONTÍFICE

Discípulo inhumano, que así turbas,  
queriendo consolarme, mi consuelo,  
¿por qué ocupen la tierra falsos cultos,  
dejara de haber uno verdadero?  
¿Por qué todas las gentes más se inclinan  
a la superstición? En ellas veo  
un natural decreto que corrompen,  
como corrompen los demás decretos.  
Vuelve la vista a las naciones varias  
que pueblan la extensión del orbe nuestro,  
en todas hallarás establecidos  
cultos, o decorosos, o groseros.  
Reverenciar a Dios exteriormente  
es ley que en nuestras almas él ha impreso:

si no hay culto común, es por la causa  
que hay robos, homicidios y adulterios.  
En adorar a Dios no se conforman  
las naciones sin duda, por lo mismo  
que se conforman en romper las leyes,  
que el Árbitro de todo nos ha impuesto.

SACERDOTE

Ese árbitro sin duda será Vesta.

PONTÍFICE

¡Oh qué importunas burlas! Sí: te entiendo.  
Pero tú, si abandonas nuestros ritos,  
¿cuáles elegirás?

SACERDOTE

Mi pensamiento  
será el culto mejor. Las ceremonias  
¿qué pueden añadirle?

PONTÍFICE

En fin, advierto  
que es en ti la doctrina precipicio,  
cuando debiera ser tu mayor freno.  
Triste, ¿tu religión y la de todos  
quién la supiera sin el culto externo?  
Dio regla Dios, que indique los delitos:  
¿no la diera que indique los Ateos?  
Trasládate a la bárbara ribera  
de Támesis nubloso: de sus pueblos  
hazte vecino: que en tu pecho habita  
la religión ¿cómo podrán saberlo?  
Dios quiere que le adoren con un culto,  
y como es Dios en sí: los devaneos  
de los sabios ociosos, tantos Dioses  
como el vulgo ignorante nos han hecho.  
No es ciencia esta del hombre. Vendrá, amigo,  
vendrá, yo lo confío, el feliz tiempo  
en que el que hizo al mortal, le manifieste  
cual es su ser, y de adorarle el medio.  
Entretanto estos ritos poco dignos  
de su alta majestad yo los observo,  
porque ignoro el seguro, y los aplico  
en esperanza firme al venidero.  
Por esto los castigo como agravio  
hecho al sumo Hacedor... Vienen de adentro

dos vírgenes... Domicio, sed piadoso,  
si ser sabio queréis.

SACERDOTE

Os lo prometo.

No a añadir gloria al que de toda es padre,  
Dueño y Dispensador.

Si la Filosofía vana se contentase con formar Dioses a su antojo, no haría más que dar una prueba de su ambiciosa debilidad. Pero impugnando los ritos del culto externo, con que el hombre indica a Dios su subordinación y su agradecimiento, traspasa los términos de la especulación, y se entra en los del fanatismo: porque es menester saber que el atrevidamente impío no es menos fanático que el supersticioso pertinaz: son dos vicios iguales, opuestos a la virtud de la religión; y así para mí tan fanático es Epicuro cuando combate todo género de culto, como el miserable vulgar que coloca la verdad del culto en solas las ceremonias.

Creer que Dios necesita de nuestra adoración para su gloria y engrandecimiento, sería creer que el Autor de todo necesita de algo. Ni de nuestra virtud tiene necesidad Dios, cuanto más de nuestras genuflexiones. Pero ¿qué diremos del hombre? Existe a expensas de Dios y vive por su voluntad; y habrá Filósofos que os sostendrán que no debéis reconocer estos beneficios. La esencia de la religión no consiste en saber especulativamente que hay una Deidad, y que todo depende de ella: ésta no tanto es adoración, como estudio. Es menester humillarse ante la Divinidad, reconocer que la misma continuación de nuestra existencia es una continuación de su beneficencia sobre nosotros; y la consideración de esto nos lleva como necesitados a las señales exteriores o actos de religión, no de otro modo que la compasión, la humildad, la admiración, o cualquier otro afecto del ánimo sale impensadamente a los movimientos del cuerpo, por constitución natural del hombre.

Los que combaten las ceremonias del culto, habrán de combatir también el arte de la Lógica, el de la Oratoria, el de la Poética, y por decirlo de una vez, todas las artes que estrechan el entendimiento a obrar de ciertos y determinados modos para lograr el fin de cada una. ¿Qué conexión hay (me dirán) entre estas artes instrumentales, y el culto externo que se ofrece a la Divinidad? Grandísima. La naturaleza del entendimiento es pensar; pero esta naturaleza está muy expuesta a los descaminos, esto es, a los errores y a los delirios. Él por sí mismo ha sabido aplicar el antídoto a esta dolencia, y a fuerza de reducir a reglas y preceptos las obligaciones de su ser, ha venido a hallar los medios de no errar, siempre que quiera acomodarse a su misma naturaleza reducida a preceptos.

¿Yerra menos el entendimiento en la opinión de Dios, que en la investigación de la verdad, o en la fábrica de un panegírico? Pues en verdad que Epicteto, que era Filósofo, y no Cristiano, dejó escrito, que el primer capítulo de la religión debe ser tener *rectas opiniones de los Dioses*: y ¿quién será capaz de tenerlas rectas, sin una particular declaración del cielo? Y ve aquí la primer razón, o por mejor decir, la fundamental, que apoya la necesidad de un culto que declare al hombre lo que él no es capaz de saber.

La religión consta de muchos *afectos*, así como el entendimiento de muchas operaciones. Doy aquí nombre de *afectos* a todo aquel cúmulo de motivos que inducen al hombre a la adoración. Si el entendimiento pues tiene artes para dirigir sus operaciones, ¿por qué no podrán reducirse a un arte aquellos movimientos externos nacidos de los *afectos* religiosos? Y si los hombres son incapaces de dar con la verdad de este arte, por la obscuridad de su entendimiento, por la debilidad de sus potencias, por los ridículos caprichos de la voluntad; ¿por qué no hemos de conceder a Dios la benignidad de comunicarnos este arte admirable y magnífico, para unirnos a sí, y para que cumplamos con la primaria ley del orden racional?

.....Si de las altas  
regiones asomaba amenazando  
la Religión ceñuda a los mortales. Pág. .

*Alude a los siguientes versos de Lucrecio.*

Humana ante oculos faede cum vita jaceret  
in terris opressa gravi sub religione,  
quae caput e caeli regionibus ostendebat  
horribili super aspectu mortalibus instans,  
primum Graius horno mortaleis tollere contra  
est oculos ausus, primusque obsistere contra.

#### AL DISCURSO IV

*Vino el hombre a ser hombre finalmente,  
y salió del estado que le toca,  
si no miente el gran Genio de Ginebra.*

El estado verdaderamente natural del hombre es el sociable. La razón se toma de la misma naturaleza del hombre, incapaz de llegar al último extremo de su perfección posible en otro estado que no sea el de Sociedad. El ejercicio de las potencias específicas del ser humano, esto es, de sus facultades intelectuales y morales, pide por sí el uso de la unión y comunicación mutua: y éste es un convencimiento irrefragable de que las criaturas dotadas de Razón han sido creadas para comunicarse recíprocamente, y ejercitar unas con otras los oficios de la racionalidad.

No ha mucho tiempo que andaba errante por la Europa un célebre ciudadano de Ginebra que se empeñó en probar, que los hombres habían nacido para ser salvajes. Una Academia erigida en Francia para fomentar las Ciencias y las Artes, premió un Discurso en que se persuadía, haber sido las Artes y las Ciencias el origen de los vicios más horribles y detestables. Los votos de la Academia recayeron tal vez sobre la corteza del Discurso: pero cualquiera perdonaría de buena gana el oropel de una elocuencia sibilina, por no hallar envueltas entre la pompa de las palabras las injurias más atroces contra las Sociedades civiles. Rousseau halló en ellas el origen y práctica de todos los vicios. Pero ¿cuáles son las virtudes de los Salvajes?

«Los Belgas (dice César) están cerca de los Germanos que habitan a la otra parte del Rin, y con quienes continuamente tienen guerra: por este motivo los Helvecios exceden también en valor a las demás gentes de la Galia, porque sin intermisión alguna están peleando con ellas, o bien porque los Germanos los echan de sus tierras, o porque ellos quieren echar a los Germanos.» Ariovisto, Rey de los Germanos, (decía Dovicático al mismo César) se ha metido en la Provincia de los Secuanos, y ha ocupado la tercera parte de sus campos, que son los mejores de toda la Galia: y no contento con esto, está mandando a los habitantes de la otra tercera parte que salgan de ella... Con lo que vendrá a suceder que dentro de poco tiempo los Secuanos se verán forzados a dejar la Galia, y todos los Germanos pasarán el Rin.»

Esto sucedía entre unas gentes que tenían en tanta estimación los vasos de oro, como los de barro: que usaban de la permutación de las cosas necesarias, sin querer valerse del dinero: que no tenían ciudades para su habitación, ni formación de pueblos, sino cabañas y casas separadas, sin tejas ni cimientos: cuyos campos, o no se labraban, alimentándose con carnes, leche, queso y frutas silvestres, sin aparato ni aderezo alguno; o si se labraban, como acontecía entre los Suevos, gente la más belicosa de los Germanos, era sin distinción de posesiones entre los particulares, hecho común el trabajo y los frutos: cuyas vestiduras se componían de pieles de fieras o de otras materias rudas, estrechas, cortas, y tales, que así en las mujeres, como en los hombres descubrían mucha parte del cuerpo. Al fin, gentes si no del todo embrutecidas, mas próximas al estado de irracionalidad, que al humano.

Si a estas naciones se les preguntase: «¿con qué fin os esforzáis en arrojar de sus asientos a vuestros vecinos? ¿Qué motivo os obliga a destruir tan ferozmente a vuestros semejantes? Esas tierras de que os arrojáis mutuamente, ¿harán ms cómodos los aduares de unos hombres que desconocen la comodidad?.. «El fin era tener desiertas las tierras contiguas a sus moradas: y el motivo ¿cuál otro podía ser, sino el fatal efecto de la decadencia de la naturaleza humana? Desconocían, es verdad, la lascivia; pero entendían maravillosamente el arte de destruirse sin motivo ni ocasión: no estaban entregados al lujo; pero lo estaban a la rapiña, al robo, a la ferocidad. Las naciones mismas que se tienen hoy por más cultas y civiles, no reparaban entonces en contar la carne humana entre sus manjares. Comparados entre sí estos vicios ¿cuáles son más horribles?

La inclinación al vicio es universal. Las circunstancias pueden sólo aumentar, mantener, o dar diversas formas a su práctica. Las leyes sofocan o reprimen en la Sociedad culta los que se ejercitan libremente en la bárbara o salvaje. Los Griegos antes de la guerra, de Troya, vivían de la rapiña: y el que coteje la descripción que hace Tucídides de las antiquísimas costumbres de Grecia, con las que hacen César, Mela, Tácito, y Estrabón de los antiguos Alemanes, hallará una semejanza común a todas las naciones bárbaras del mundo. El uso de las naves, es decir, el comercio marítimo hizo civiles a los Griegos: nacieron las artes: se inventaron las Ciencias: se escribieron las leyes: se erigieron los tribunales: hallaron los ciudadanos el modo de vivir en la necesidad mutua de cada uno: la industria sobrepujó al consumo interior, y por no perder el sobrante de sus fábricas y oficios, aprendieron a vender a otras naciones los géneros que abundaban en la suya: de aquí nació el aumento del dinero; de éste el poder; y de la cultura la seguridad. Todas las fuerzas de Asia, obedientes a la voz de un Rey acostumbrado a vencer, cedieron en

Termópilas a un puñado de Griegos cultos, cuando antes, bárbaros y rudos, cedían facilísimamente a la violencia ajena, viéndose en la necesidad de hacer duras y frecuentes transmigraciones.

Si la felicidad de los hombres estuviera en vivir al modo de las fieras, la Naturaleza no hubiera puesto en ellos, ni entendimiento, ni habla, ni inclinación a la Sociedad. Decir que todos los hombres deben ser Salvajes, porque hay algunas naciones Salvajes, es decir que todas las frutas no deben madurar, porque hay algunos terrenos en que no maduran. El punto está en hallar una Comunidad sin vicios; pero ¿en qué parte no son los hombres viciosos? Los Griegos tenían unos cuando eran bárbaros: perfeccionaron su condición, y cesando aquéllos, nacieron otros, que debieron su introducción a las diversas circunstancias. El Griego bárbaro se ejercitaba en robar impunemente; y el culto se ejercitó en acrecentar su fortuna derribando de ella a otro ciudadano. Las leyes reprimieron los vicios primeros; y la vida civil dio ocasión a otros que procuran también reprimir las leyes.

No es pues ciertamente la Sociedad civil la causa de la corrupción de los hombres. Al contrario, la inclinación a la Sociedad es uno de los medios que les concedió Dios para que se mantengan en la perfección correspondiente a su especie. Pongamos la consideración en todos los entes creados. Los insensibles tienen la perfección dentro de su misma esencia: los que poseen facultad de crecer caminan a ella por ciertos grados y períodos constantemente establecidos: los sensitivos la buscan siguiendo las impresiones que hacen los objetos externos en su imaginación o fantasía. ¿Y el hombre? El hombre debe tener también algún orden peculiar que cause su perfección cuando se mantenga en él, a la manera de los demás entes. ¿Y cuál es este orden? No otro que el recto ejercicio de las obras del entendimiento y de la voluntad; obras que ni se pueden practicar ni perfeccionar sin la unión sociable, que es el instrumento o medio con que se practican y perfeccionan.

Los Filósofos de nuestro siglo, severos reprobadores de los dogmas de los antiguos, los imitan con todo eso admirablemente en el negocio de fingir sistemas. Si Aristóteles halló la servidumbre establecida en el orden de la Naturaleza; los modernos, suscitándole por ello una terrible acusación, nos enseñan al mismo tiempo un estado natural primitivo, hallado, no en los archivos de la antigüedad, sino en los caprichos de su fantasía. Para descubrir el origen de la Sociedad civil, nos pintan primero un estado insociable, a quien dan título de natural. Esto vale tanto como si para investigar como se había fabricado una mesa de mármol, quisiésemos suponer que aquel mármol, antes de fabricarse la mesa, había sido madera de nogal o de ébano. Denme los Filósofos una porción de hombres limpios de la corrupción que los inclina al vicio: figúrense en ellos los sentimientos más puros y nobles de la humanidad: represéntenlos practicando, o no apartándose del orden y leyes de su naturaleza: háganlos virtuosos, sencillos, humanos, pacíficos, benévolos, en una palabra hombres; una porción de tales individuos ¿sería insociable? ¿Vivirían careciendo de los oficios de la comunicación mutua, que son las delicias del género humano, cuando no hay temor del quebrantamiento de la virtud?

Pero los hombres son , y han sido viciosos, dicen los Filósofos: y yo digo, que el ser vicioso no es el estado natural del hombre. La corrupción de su naturaleza pudo hacerle infeliz, pero no insociable. La inclinación a la maldad pudo alterar, pero no aniquilar la

íntima naturaleza del ser humano. Hobbes dio en creer que el temor de la guerra dio origen a las Sociedades civiles: y yo creo que el temor de la destrucción de la Sociedad dio origen, primero a la guerra, y luego a los Estados civiles, que no son más que unas prudentes modificaciones de la Sociedad primitiva.

Lo mismo, a proporción, se debe decir de la rusticidad o selvaticidad en que degenera el hombre, cuando no hace progresos en el cultivo de la Razón. La facultad que tiene de perfeccionarse no le es inútil. Si sus obras fueran necesarias, caminaría derechamente, sin tropiezo ni extravío, hasta el último grado de la perfección que corresponde a su ser, de la manera que caminan los brutos y los árboles. Somos libres: y esto lo que quiere decir es, que nuestra perfección pende de nuestra mano, esto es, que Dios dejó a nuestra discreción el colocarnos en el último grado de perfección que nos pertenece. Nuestro ánimo consta de Entendimiento para saber obrar, de Voluntad para querer obrar, y de Libertad para poder obrar. Según esto, el hombre no se halla en su estado u orden, si no procura llevar a la suma perfección el ejercicio de estas tres potencias. La razón es, porque de otro modo nos serían dadas inútilmente.

Lo que se deduce de todo esto es, que el hombre ha nacido para la Sociedad; y no como quiera para la Sociedad ruda, sino para la culta y urbana. Y esta inclinación, no nace (como ya lo advirtió nuestro Vives) de la necesidad de acudir a las miserias de la vida, sino de la misma constitución del hombre, cuya perfección en la tierra pende principalmente del uso de la Sociedad. La introducción o establecimientos de las civiles es el que debe su origen a la maldad y a las miserias; extremo contrario a la creencia de Rousseau: y es innegable; porque si los hombres no degeneraran del orden o estado que compete a su naturaleza, no se vieran en la precisión de alterar la primitiva Sociedad, eligiendo cabezas, estableciendo leyes, inventando artes, y cediendo su propia fuerza para asegurarse de la iniquidad o violencia de sus semejantes.

No por la fuerza con que el bruto siente  
fructifica la planta: ni en el hombre  
causa las obras de su especie propias  
la misma fuerza que a la bestia anima.

Los brutos sienten: los hombres sienten del mismo modo que los brutos. Según esto (creo yo) los hombres sentirían, aunque careciesen de racionalidad.

Si es en los hombres la alma racional la que siente, ¿por qué no racionan los brutos, puesto que sienten como los hombres? ¿Daría Dios a aquéllos un principio racional, para hacerlos solamente sensibles? Yo no extrañaré que un Cartesiano diga, *que este ya que siente el dolor, es el mismo yo que raciona, que investiga, que reflexiona*; porque un Cartesiano no adopta sentimiento alguno en los brutos: opinión tan ridícula que se deja impugnar de las arañas y de las moscas, sin necesidad de argumentaciones más intrincadas. No puedo menos de acordar a este propósito las palabras de nuestro Francisco Valles, que impugnando a su contemporáneo Gómez Pereyra, impugnó a los Cartesianos como en profecía. «La opinión además (dice) es por sí absurda: porque ninguna fe podremos dar a nuestros sentidos, y la duda procederá hasta los términos de la locura, si negamos que tienen sentido alguno unos entes que huyen despavoridos a vista

de unas cosas, apetecen otras y las buscan, se quejan cuando se les hiere, y observan las leyes de la amistad y enemistad.»

Si el principio de obrar de los brutos no es esencialmente diverso del de los hombres, no hay razón para negar a los brutos la inmortalidad. La razón es, porque el mayor o menor número de efectos de una fuerza, principio, o llámese alma, no perjudica a su intrínseca naturaleza: y así, si la esencia del principio de obrar de los hombres, contiene en sí la esencia del principio de obrar de los brutos, los dos principios serán esencialmente unos, y sólo se distinguirán en el mayor o menor grado de perfección.

He dicho esto, porque hay grandes debates entre los Filósofos, sobre si en el hombre es una misma la alma que siente y raciocina. Locke dijo ya, que el entendimiento humano no es capaz de alcanzar por sí, si Dios pudo atribuir pensamiento a la materia; y por este camino podremos también llegar a dudar, si hay alguna alma que produzca las acciones del hombre. El nombre de Francisco Valles, varón a quien deben algunos pensamientos los modernos, me acuerda la valiente defensa que hizo de la opinión más recibida en las escuelas, conviene a saber, que el hombre siente y raciocina con un mismo principio. Juan Luis Vives (y cito a los dos, porque en esta parte, y en otras muchas, no filosofaron al modo de los Escolásticos) probó lo mismo antes que Valles, valiéndose de razones harto sutiles, dignas de la penetración de tan gran varón: bien que en esto anduvo perplejo; y bien considerados algunos pasajes de otras Obras suyas, se halla, que si no adoptó enteramente dos principios diversos en el hombre, por lo menos indicó pruebas harto fuertes para inclinar el entendimiento a adoptarle.

Para mí, por lo menos, tiene gran fuerza la siguiente argumentación, pendiente de lo que dije antes. O la substancia del principio de obrar de los brutos es diversa de la del principio de obrar de los hombres, o no lo es. Si lo es, ¿de qué modo se hallan en la potencia racional las facultades de la brutal? Si no lo es, ¿por qué se niega la inmortalidad al alma de las bestias? Yo oigo decir a los Escolásticos, que los brutos tienen un alma *materialiter cognoscentem*, esto es, que conoce materialmente: que ésta es forma substancial corpórea de un compuesto puramente corpóreo, la cual forma, sin ser cuerpo, es corporal, y sin ser materia, es material: que la tal forma percibe las cosas por un instinto *in actu primo*, y juzga que las debe apetecer o repugnar por otro instinto *in actu secundo*, el cual incita a apetito a huirlas o abrazarlas. Por otra parte los oigo decir que es muy peligroso en la Fe, afirmar que en el hombre haya más que en una forma substancial, distinta de la materia, autora de las funciones tanto sensitivas, como racionales; y que por consiguiente se identifican en ella las formas nutritiva y sensitiva: como si dijera, que en el hombre es una misma la substancia que vegeta, siente y raciocina. Pero aquí las dificultades. ¿De qué manera se identifican en una substancia inmaterial las facultades de una substancia educida de la materia? El alma de los brutos es material, y siente, y imagina, y apetece: el alma racional del hombre es inmaterial; ¿cómo pues se hallan en un sujeto inmaterial (para hablar con los Escolásticos) las propiedades de un sujeto corpóreo? Si se diesen muchas almas en el hombre, dice Amort, y éste sería hombre y bruto a un mismo tiempo: esto es absurdo; luego no hay más que un alma en el hombre. Mayor absurdo, creo yo, es atribuir a substancias repugnantísimas, unas mismas operaciones, contra las leyes mas inviolables y generales de la Naturaleza.



Los Escolásticos dicen que es peligroso en la Fe, afirmar que en el hombre hay más de una alma. Y al contrario, yo juzgo que es dar un grande asidero a los Materialistas el defender que obra generalmente por un solo principio. De este mismo inconveniente participan las substancias indefectibles de Leibniz, explicadas por Wolfio, en lo que toca al alma de los brutos y de tal suerte, que no deja lugar para distinguir específicamente la *mónade* racional de las de las bestias.

Dios ha concedido a los cuerpos organizados de cierto modo la facultad de sentir, percibir y apetecer; así como ha concedido la gravedad a la materia, el calor al fuego, la claridad a la luz, y a todos los entes las facultades propias de su ser. Ignoramos de donde les viene el sentimiento a los brutos, es verdad; pero también ignoramos de donde le viene al fuego la facultad de quemar, la gravedad a la materia, la claridad a la luz, y a los árboles la potencia de producir hojas y fruto. Vemos que los brutos sienten, y que los árboles producen: esto nos basta para conocer que son éstas, y no otras, las facultades peculiares de su orden. Querer averiguar más, es, como dice Vives, pasar los términos vedados, y entremeterse desvergonzadamente en los arcanos de la Divinidad.

Todos los cuerpos son graves, se inclinan al centro. La piedra es grave, el agua lo es también: ¿luego la piedra es agua? consecuencia absurda. Es indubitable que el principio o causa de la gravedad es uno mismo en todos los cuerpos; pero también lo es, que la causa que hace líquida al agua es diferentísima de la que hace sólida a la piedra: la que hace circular a las gotas de un líquido, no es la misma que hace exágono al cristal de roca. Así también: las plantas vegetan; los litófitos vegetan; los animales vegetan: ¿luego las plantas, los litófitos y los animales son una cosa misma? Nada menos. Es verdad que la causa general de la vegetación es una misma en todos los cuerpos que vegetan; pero también lo es que las diferencias específicas de los vegetales no tienen ni semejanza ni parentesco alguno entre sí. La causa que hace incombustible al amianto, no es la misma que hace que un granado produzca granadas: la que hace sensibles a los animales, no es con la que vegetan las plantas: ni la que hace vegetar a la planta, causa en el amianto la incombustibilidad. Esta misma distinción tiene lugar en la diferencia específica del hombre y el bruto. Tendamos la vista por el campo de la Naturaleza. ¿Qué hallamos? Ciertos principios genéricos y comunes, algunos a todo los entes, muchos a solo un cierto y determinado número, da cuya mutua participación resulta este maravilloso, enlace de la Naturaleza, que conspira a formar un Todo admirable, compuesto de varias y diferentes partes. El ente racional es sensitivo: el sensitivo es vegetal: el vegetal es grave: el grave es capaz de movimiento. Pero ni la causa del movimiento produce la gravedad: ni la de la gravedad la vegetación: ni la de la vegetación la facultad de sentir: ni la causa de esta facultad es la que produce la ración. El que diga pues que el hombre siente y raciona por una misma causa, habrá de creer también que la causa que hace incombustible al amianto, es la misma que hace que el granado produzca granadas; puesto que son tales las diferencias específicas de estos dos entes, así como lo son en el hombre y el bruto la ración y la facultad de sentir, aunque se convengan en la vegetación, de la suerte que se convienen el amianto y el granado.

Ni debemos hacer mucho caso de los argumentos que se toman de la semejanza de las operaciones. Todos los árboles son semejantes entre sí en el principio genérico de la vegetación; pero no por eso el granado es peral, ni el peral higuera. El principio genérico

produce los efectos genéricos en todos los árboles: alimentarse, crecer, producir hojas, flor y fruto; he aquí la facultad común, derivada de una misma causa. Pero, por ventura ¿es esta misma causa la que produce los frutos peculiarísimos en cada árbol? Nada menos: porque las diferencias específicas nada tienen que ver con la causa común. Si hay quien extrañe la familiaridad de los ejemplos que propongo, crea que no por eso son menos apropósito que las sutiles e intrincadas demostraciones. Entiéndase lo que quiero decir, y nieguésemme enhorabuena el epíteto de profundo.

Un Pedro Baile me estrecharía aquí a que le explicase, cuál es, y en qué consiste este principio sensitivo que doy al hombre, distinto del racional. Yo, a la verdad, no le diría que es una substancia media, ni bien material, ni bien espiritual, porque no lo sé: ni le diría que es útil forma substancial, porque no comprehendo que pueda ser esta forma: ni le diría que es un espíritu material sutilísimo, porque lo ignoro: ni le diría que es una mónade indefectible, porque estas mónades son hijas del entendimiento de un grande hombre, pero no de la Naturaleza: ni le diría en fin nada de cuanto dice cada una de las sectas, porque ninguna de las sectas sabe lo que se dice, ni en éste, ni en otros puntos todavía menos oscuros. La ciencia Física no sera nunca más que la ciencia de los efectos. Éstos me indican que el hombre y el bruto se diferencian específicamente: ¿qué más necesito para saber que no es una en ellos la causa de sus diferencias específicas? pues es tal el artificio o la gradación que observamos en todas las cosas creadas. Con todo eso: cuando los Filósofos me expliquen clara y distintamente, cuál es la causa inmediata de la gravedad, la del movimiento, la de la luz: porque la agua es líquida, el aire elástico, el fuego ardiente, la tierra fecunda: porque un árbol crece, y produce tal género de fruta, efectos bien diferentes entre sí; cuando me expliquen, vuelvo a decir, éstos y otros infinitos misterios de la Naturaleza, como ellos son; entonces les diré yo cuál es la causa que hace sensitivos a los animales. Entretanto, contentémonos con distinguir las causas por la diversidad específica de los efectos, y no nos cansemos en averiguar lo que probablemente no se averiguará jamás.

Pero la facultad sensitiva, me dirán aquí, no es específicamente diversa de la facultad de raciocinar. Gómez Pereyra, empeñado en negar el sentimiento a los brutos, esfuerza poderosísimamente esta opinión, para deducir de ella la necesidad de adoptar su hipótesi. Baile, que contradijo todo, sin fundar nada, la confirmó de tal manera para oprimir a los Escolásticos, que dejó muy poco que hacer al que quiera sostener la inmaterialidad e inmortalidad de la que se llama alma de los brutos. Ningún mayor servicio se puede hacer a la Filosofía, y quizá también a la Religión, que el manifestar la diferencia específica que hay entre las facultades sensitiva y racional. La utilidad del asunto me insta a exponer algunas reflexiones, a pesar de la brevedad que requiere este género de escribir.

Dar nombre de *alma* al principio activo de los brutos, es querer que se dé el mismo nombre a todas las fuerzas activas con que obran los entes todos del Universo. *Alma vegetable* llaman a la causa de la vegetación: y de ese modo tendré yo también derecho para llamar *alma ígnea* al principio que hace obrar al fuego; *alma elástica* al que produce la elasticidad en el aire: *alma fluida* a la que causa la fluidez en los líquidos; y *almas* en fin, tanto a los principios de obrar genéricos y universales, como a los particulares propios de cada especie. Si se me concede llamar *almas* a estos principios, cuya esencia, ni se conoce, ni llegara nunca a conocerse; no tendré dificultad en nombrar *alma* al

principio de obrar de los brutos. Pero si con aquella voz se quiere dar a entender una substancia diferente de la materia, que produzca, dirija, y gobierne las acciones del animal; niego, y negaré siempre, que haya semejante alma en ninguno de los entes que no raciocinan. Fuerza, principio activo, efección, causa intrínseca; he aquí las voces que deben usarse, a mi parecer, en la explicación de los efectos que nacen de las causas peculiares desconocidas. El granado produce granadas, el peral peras: aquella causa peculiarísima que influye en las peculiarísimas obras de estos dos entes, no es ciertamente una substancia distinta, introducida en ellos para que obren: sino un no sé que, ya se llame fuerza, ya energía, ya acto, ya efección, que hace que una porción o cúmulo de materia, configurado de este o del otro modo, dé de si invariable e inviolablemente tales y tales efectos, hijos siempre de una fija y determinada contextura, disposición y trabazón de las partes de la materia.

Esto supuesto: séame lícito proponer dos reglas, útiles quizá para hallar la distinción específica entre los principios de obrar del hombre y del bruto. Sea la primera: *Todo ente que no se contradice en sus operaciones, no obra por inteligencia, sino por fuerza o efección propia de su contextura particular.* Sea la segunda: *Los géneros de entes, cuyas especies subordinadas se diferencian y distinguen específicamente en sus obras, sin que los entes de una especie subordinada sean capaces de producir naturalmente las obras propias de otra especie, no obran por inteligencia, sino por efecciones o fuerzas activas, limitadas sólo a su contextura y naturaleza particular.* El contradecirse en la producción de las obras, es propiedad (y harto bien miserable propiedad) inseparable de los entes inteligentes. La contradicción es efecto de la libertad: la libertad es dote peculiar de las substancias inmateriales. Los hombres se contradicen en sus obras: es preciso pues que el origen de sus contradicciones proceda en ellos de una substancia libre.

Pero señálenme los defensores del alma sensitiva, acciones que se contradigan en una misma especie de brutos. Señálenme también una especie de animales que haya producido las acciones correspondientes a otra especie. Sabiamente dijo ya Aristoteles, que las causas eficientes (o potencias) que participan de Razón, producen obras contrarias; pero en las que carecen de ella, hay sólo el principio de una determinada calidad de obras. No puedo menos de trasladar aquí un excelente pasaje de Bardásenes, antiguo Filósofo de la Siria, cuyas reflexiones a este propósito me ahorran el trabajo de hacerlas yo por mí mismo.

«El hombre (dice) naturalmente nace, se alimenta, crece, come, bebe, duerme, se envejece, muere; cosas todas que le son comunes con los demás animales. Pero los brutos, nacidos por el recíproco ayuntamiento, son como violentados a obrar por la misma Naturaleza. El leon es carnívoro: defiende su seguridad si alguno le pretende ofender. La oveja se sustenta con el heno, sin ser posible que coma la carne, ni menos que se defienda de las injurias. El escorpión come la tierra, y hiere con su venenoso aguijón aun a los que no le ofenden. La hormiga por inspiración natural sospecha la venida del hibierno, y para alimentarse en aquella estación. previene en el verano su mantenimiento con grandes fatigas. La abeja fabrica la miel, y se sustenta con ella. Pudiera referir otras muchas cosas y más admirables; pero creo que bastan estas para entender que los irracionales obran por instinto de la Naturaleza, y obediéndola viven felices. Sólo empero los hombres siendo también conducidos en algunas cosas por el ímpetu natural,

como se ha dicho, poseen además la mente, y el habla, que nace de aquélla, como don especial suyo, y con el que no son conducidos por la Naturaleza. El sustento no es uno mismo en todos, no los trajes, no las costumbres, no las leyes, no los modos de vivir, no los simples deseos de las cosas. Cada uno elige por su voluntad el estado de vida que le acomoda: ni imitan a sus semejantes sino en lo que quieren. La libertad humana no está sujeta a la servidumbre: porque aunque el hombre sirva espontánea mente; este mismo sujetarse a la esclavitud, es propio de su libertad... Dedúcese pues de lo dicho que el hombre no es conducido por la Naturaleza en todo. En muchas cosas lo es verdaderamente; pero en muchas también por su voluntad: y así en éstas es digno de vituperio o de alabanza, en aquéllas no.

Con mayor expresión representaron este espectáculo todavía, entre los antiguos Actuario, Médico Griego de la última edad, y entre los modernos nuestro Francisco Valles. Copiaré sus pasajes, porque son una continuación, o por mejor decir, una explicación del anterior.

«Por el raciocinio (dice el primero) se puede demostrar bien fácilmente la diferencia que hay entre el alma racional e irracional. Porque entre los animales que carecen de Razón, cada uno obtiene un cierto y principal número de funciones que constituyen su naturaleza, las cuales pone en ejercicio sin instrucción ni enseñanza previa que se las facilite, y sin que pueda conocer como ha adquirido esta facilidad, ni menos sepa el modo de adoptar otros modos de obrar, atado siempre a un mismo género de obras.» Teje después una larga narración de las funciones peculiarísimas de las ovejas, hormigas, leones, arañas, liebres y perros; y concluye así en el capítulo siguiente. «Pero si así como los brutos, por cierta innata propiedad, se aventajan unos a otros en la perspicacia, se semejasen también de otros muchos modos a la especie humana; no sin razón podríamos entonces afirmar, que el alma del hombre es la misma, o a lo menos no desemejante a la de los brutos. Pero a la verdad los irracionales son de tanta peor condición que los racionales, cuanto se ve que ninguno de ellos es capaz de ejecutar las operaciones de otra especie, por más que se pretenda obligarlos, o con el arte, o con la fuerza: sagaces y no sagaces, todos se ciñen a la singularidad de sus operaciones sin salir jamás de ellas, como es fácil de demostrar por el cotejo de unas especies con otras. El hombre empero, como animal dotado de Razón, y de una fábrica más excelente, se aventaja tanto a los irracionales, cuanto éstos (por no decir otra cosa mayor) a las plantas. Y digo esto, porque entre el hombre y el bruto hay la misma diferencia que entre la planta y éste que así como hasta en el irracional menos noble» vemos toda la economía de las plantas, la facultad de alimentarse, de crecer, de producir, en una palabra cuanto es propio de los vegetales; pero en éstos no, vemos, no sólo las inclinaciones y obras, pero ni el movimiento o sentido de los brutos: de la misma suerte en el hombre hallamos la economía de los animales, la facultad de percibir, de apetecer, de obrar; pero en él no hallamos la raciocinación, ni lo demás que es peculiar del hombre. Uno suele ser, no hay duda, más prudente y advertido que otro; pero en general todos están mudando continuamente las costumbres y usos de innumerables modos: y lo que es más, no se hallará ningún género de vida o costumbre con que se singularizan los demás animales, que no se halle también en el hombre, que cuanto ve busca con la Razón el modo de imitarlo: y es muy de advertir, que estas imitaciones son infinitamente más nobles que las mismas obras de los brutos, porque además de proceder de la Razón, y no del ímpetu, se hacen con fin. De aquí pues nace verse en ellos, por una parte, la ferocidad y la timidez de los brutos, por

otra el amor a la sociedad o a la soledad, la templanza también y la intemperancia, las ciencias; en suma cuanto es vil o precioso en la vida. Si el hombre no sabe hacer la miel, sabe por lo menos imitarla en jugos y licores que guarda para su consumo, no de otro modo que las abejas. A uso de las hormigas conserva los granos en trojes, y reserva el sustento en las despensas para cuando le falte. Y que ¿las arañas podrán compararse con los hombres en el arte de tejer, aunque no sean más que redes? ¿Y qué animal, por muchos medicamentos que sepa, llegará a lo que en esta parte sabe el Médico más matador? Cada vez que contemplo estas cosas me admiro verdaderamente de algunos, que con ignominia de su misma esencia, se han atrevido a desperdiciar una inteligencia tan admirable, dándola a los brutos, incapaces de sostener su dignidad.»

Nuestro Valles, ciñéndose a las operaciones singulares de los brutos, convence festivamente la diversidad de los principios que obran en ellos y en el hombre. Dice así: «Sabe muy bien el perro buscar la liebre, y poner asechanzas a la perdiz; pero no es capaz de hacerse una cama, ni de abrir la tierra para formar dentro de ella su habitación. La liebre al contrario, sabe muy bien hacer su cama, y formar con admirable destreza la cueva en que ha de habitar; pero ni la liebre, ni la perdiz han sabido jamás poner su modo de vivir en la caza: siendo muy de notar que ningún medio será poderoso para enseñar, ni al perro a hacerse la cama, ni a la liebre a que cace para mantenerse... El hombre medita consigo, y delibera sobre lo que ha de hacer; de suerte que, no sólo piensa en los medios que ha de tomar para matar a su enemigo, sino que consulta allá entre sí, si podrá ser conveniente el matarle. Nada de esto hay en los demás animales. Nunca se ha visto que el gato se haya puesto a deliberar sobre si convendrá perdonar al ratón; ni que al perro le haya pasado por el pensamiento la inocencia del gato; naciendo esto de que sus obras deben su origen, no al albedrío, sino a la inclinación natural. Me dirán: y ¿de dónde te consta eso? De ver (responderé yo) que entre los brutos los que son de una misma especie ejecutan sin distinción unas mismas acciones. No sucede en ellos, a la manera que en el hombre, que uno sea cruel, otro enemigo de dañar: o que así como un mismo hombre es hoy piadoso, al día siguiente cruel, ahora justo, después despreciador de la justicia; así entre los gatos no se ve jamás que uno defienda los ratones cuando otro los persiga; o que uno mismo se sustente hoy de ellos, y mañana los sustente a ellos de su provisión.»

Esta uniformidad pues de operaciones que se nota en el principio intrínseco de los animales, me ha hecho creer que en ellos no hay lo que impropriamente han dado en llamar *alma*. Entre el principio de obrar de los brutos, y el principio de obrar de los vegetales, no hay para mí otra diferencia, que la de considerarlos como dos fuerzas, potencias o facultades (μ llamaban los Griegos) de distinta especie, impresas en aquellos seres para producir un determinado género y número de operaciones, y facultades que comprehenden en si otras efecciones subordinadas, según la diversidad de las especies subordinadas. Voy a hacerlo palpable con un ejemplo. La voz *árbol* es *género*: a este *género* compete la efección universal que se nombra vegetación. Bajando a las especies hallamos, que cada árbol posee distintas cualidades y modos de obrar con que se distinguen entre sí y tanto que jamás un árbol se ha semejado a otro en sus particularidades: cada especie comprehende bajo de sí otras, que proceden con distinción y se separan. Si atendemos a los efectos es evidente que cada especie obtiene una particular causa, fuerza, potencia, efección, acto, o energía que influye en las singularísimas cualidades y modos de obrar con que se diferencian. Apliquemos esto a

los brutos. Todos convienen en el principio genérico de la *sensibilidad* (séame lícito el uso de esta voz): Pero descendiendo a las especies, ya primitivas, ya subordinadas, hallaremos que en cada una no hay más que un número de acciones que pudieran reducirse a cálculo y si dejando obrar en ellos la pura Naturaleza, quisiéramos tomarnos el trabajo de irlas enumerando, como se han enumerado las producciones peculiares de una infinidad de árboles, arbustos, y hierbas, diversas entre sí por sus diversos caracteres.

Se refieren en la Historia natural grandes prodigios de la sagacidad de algunos brutos. Enhora-buena. Pero pregunto: aquellos grandes actos de sagacidad ¿son comunes a todas las especies, o a una sola? a una, dirán: y he aquí la razón evidentísima de que aquella acción nace de un principio semejante al que produce granadas en el granado: porque si la tal acción nace de conocimiento, ¿por qué no es común este conocimiento a todos los brutos, así como es común a todos los hombres la facultad de practicar una acción con unos mismos medios? Concluyamos pues que la facultad sensitiva es genérica, esto es, que a todos los vivientes se les ha concedido el don de sentir, imaginar y apetecer; y que en cada especie de los vivientes reside una fuerza activa particular, que determina sus obras específicas: de suerte que el don de sentir, imaginar y apetecer se les ha concedido para que puedan obrar, y las obras nacen de la fuerza activa peculiar que hay en cada especie de vivientes.

Examinemos ahora al hombre. En primer lugar es de notar, que la estrechísima unión que tienen en el hombre las facultades de sentir y conocer, ha sido, es, y será la causa de que se confundan las obras de las dos facultades, sin acertar a hallar un medio expedito que las reduzca a sus verdaderos límites. La facultad racional raciocina sobre cuanto conoce, sea, o no, perteneciente al uso de la vida, siendo así que para vivir no hay necesidad de raciocinar. De aquí los grandes progresos en aumentar y perfeccionar las comodidades tocantes al cuerpo: de aquí el comercio, el lujo, las artes mecánicas, las mixtas, arquitectura, música, &c. Para mí es indubitable que toda la industria y sagacidad que muestran los hombres en la ejecución y práctica de estas cosas, han debido su origen a la efección genérica sensitiva que reside en nosotros como en los brutos. La facultad de apetecer, concedida a estos para su conservación, obra en nosotros al modo que en ellos: pero como en nosotros hay una substancia inteligente que raciocina sobre cuanto conoce, de tal suerte ha venido, a fuerza de raciocinios, a levantar y perfeccionar, aumentar y mudar las obras peculiares de los brutos, que apenas dejan rastro de su origen. ¿Qué es el comercio en realidad de verdad? El arte de aumentar las riquezas en un Estado. Y estas riquezas ¿en qué consisten? En la labor y en las fábricas: es decir, en la necesidad que tiene el hombre de alimentarse y de abrigarse. Es indecible la multitud de combinaciones y consecuencias, que ha habido en la substancia racional, para deducir de un principio tan simple y tan brutal, por decirlo así, las infinitas leyes, reglas, usos, y objetos abstractos que comprehende el comercio; pero entretanto es certísimo, que su origen no es otro que la sensitiva conservación de la vida. La misma análisis se puede practicar con facilidad en las demás artes. Esto supuesto: veamos si somos capaces de hallar alguna diferencia entre las obras de las dos facultades.

El hombre percibe un objeto; pero por sola esta percepción no es hombre. En cualquier bruto observamos lo mismo.

Esta percepción excita en él ciertos movimientos, que le inducen a mirar con amor o con aversión el sujeto de lo que percibe; pero tampoco es hombre porque sienta en sí estos movimientos. Los brutos son iguales a él en el influjo de las pasiones.

Apetece o huye: y ni aun es hombre por el ejercicio de esta facultad. Los brutos huyen o apetecen también.

Pero el hombre, de la percepción de un objeto material y deduce el conocimiento de otro objeto diferentísimo y disímil a aquél. Ya es verdaderamente hombre en el uso de esta potencia. Los brutos no pasan nunca más allá de lo que perciben.

Con el encadenamiento de estas deducciones, consecuencias o raciocinios, uniéndolos y comparándolos entre sí de mil y mil modos, levanta y forma innumerables edificios intelectuales, que le sirven, o para perfeccionar su naturaleza, o para socorrerla, o para recrearla. Ya vemos aquí al hombre con mayor claridad. Los brutos no son capaces, no ya de ejecutar, pero ni de conocer el más mínimo de los artificios que produce el entendimiento humano.

Esta misma facultad le sirve, no solo para hallar los medios de obrar conforme a su naturaleza; pero aun para oponerse a ella, y obrar con repugnancia a los fines de su orden o ser. Aquí tenemos ya al hombre con voluntad. Ahora quiere una cosa, luego la repugna. Hay más: conoce que debe obrar de un modo, y sigue la senda contraria. ¿Qué otra cosa hace el que roba, el que mata, el que adultera? Este tránsito contradictorio del desear a el aborrecer, del aborrecer a el desear, y el quebrantamiento de las leyes de su naturaleza, es peculiarísimo del hombre. En los entes puramente sensitivos no se ve ni una sombra de lo que en esta parte sucede en los racionales.

Quiere el hombre, y a esta facultad de *querer* junta la de *poder* ejecutar lo que quiere. Es pues ente libre: y no es ente libre así como quiera por sola la facilidad de poder obrar (ésta también la tienen los brutos) sino por aquella amplísima potestad de obrar con repugnancia a lo que conoce que debe.

De este *saber*, de este *querer*, y de este *poder* resultan, en primer lugar, los grandes progresos que el hombre ha hecho en los efectos de las operaciones de los brutos: y en segundo lugar, que un hombre solo sea capaz de ejecutar por sí o imitar, no sólo cuanto ejecutan las especies de los irracionales, pero aun innumerables cosas más que les son a ellos inaccesibles. Ésta es una prueba evidente de que en él hay un principio diferentísimo de aquél que manda las operaciones de cualquiera otra especie de animal. No se trata aquí ya del mayor o menor grado de perfección en una misma substancia, al modo que vemos ser unos hombres más capaces, otros menos: esto se ve también en los brutos, y son un ejemplo bien común las abejas, los zánganos, y las avispas. La fuerza del argumento está en que, no siendo posible que una especie de animales ejecute naturalmente las operaciones de otra especie, porque carece de raciocinación; el hombre ejecuta o imita las operaciones de todas las especies; y si no lo logra, a lo menos pone el conato, cosa que ni aun se ve en los brutos: por donde es preciso que haya en él un principio distintísimo, o una efeción particular, que observando las obras del principio brutal, e investigando los medios y modos con que las practica, mande sobre ellas, y las imite o perfeccione.

He aquí la fuerza de esta inducción. Los brutos no se imitan unos a otros; luego no raciocinan; luego no pueden obrar más que aquello que obran. Este solo entimema priva a los brutos de entendimiento y de voluntad, y de libertad, y establece la diferencia específica entre el irracional y el hombre. Si tuvieran entendimiento supieran, imitarse: si voluntad quisieran: si libertad pudieran.

¿Pero qué? Esta efección del hombre con que *raciocina, quiere y puede* ¿es alguna substancia? Sin duda. El hombre descubre por la razón que hay una substancia inteligente: y ¿quién sino otra substancia inteligente pudiera hacer este descubrimiento? No parezca frívola esta argumentación: es robustísima. La mente humana ha descubierto los atributos de Dios por la reflexión sobre sus mismos atributos. De donde deduce por una consecuencia invencible, que si Dios es alguna substancia, debe serlo también la efección racional. Es verdad que esta razón no convencerá a un Ateísta: pero ¿qué caso debemos hacer de quien no lo hace de Dios?

Si en ellas él la cualidad distingue  
de delito o virtud, no sin objeto  
la facultad de distinguir las tiene.

La siguiente serie de reflexiones descubre el fin de las funciones espirituales del hombre, y aclara de una vez todo el fondo de este Discurso.

Si el hombre tiene obligación de perfeccionarse, esta obligación va encaminada a conseguir algún fin sin duda. Que tenga esta obligación, se prueba infaliblemente por la conciencia, que le hace distinguir lo bueno de lo malo; y por el apetito, que impensadamente muchas veces le obliga a huir lo dañoso, y a abrazar y buscar lo que le pueda conservar.

El hombre consta de dos principios eminentes, que dan origen a la diversidad de sus operaciones. El uno (con que se semeja a los brutos) ni tiene otro fin que la material conservación de la vida. El otro (que es peculiar de su naturaleza) le sirve sólo para discernir lo malo de lo bueno, quererlo o no quererlo, practicarlo o no practicarlo. Pero estos oficios no se encaminan a la conservación esencial del alma, esto es, a hacer que exista o no exista; puesto que estas cosas nada añaden o quitan a la esencia del alma, como, por ejemplo, el alimento añade al cuerpo la substancia que le mantiene, y la extracción de la sangre le disminuye. No dirigiéndose pues aquellos oficios o actos a la conservación del alma, otro fin tiene la obligación de ejercitarlos.

De aquí se deriva naturalmente la necesidad de averiguar el fundamento de la obligación que tiene el hombre de obrar bien, o lo que es lo mismo, cual es el fin que tiene el hombre para perfeccionarse; porque ya queda dicho, que si no hubiera fin, no hubiera esta obligación, y estamos convencidos de que la hay por el testimonio de nuestra conciencia.

El fin pues que dirige, gobierna, y ata en algún modo las operaciones del alma, es alguno.

Siendo alguno, este fin no le puede alcanzar o tener en esta vida; y es claro, porque las operaciones del alma no se encaminan a la conservación esencial del hombre. Esta



conservación es el mayor bien que conoce la humanidad: las acciones morales e intelectuales del hombre nada tienen que ver con este bien: el alma es inútil para vivir; está, luego, su fin mucho más allá de la vida.

Hemos dado facilísimamente con la inmortalidad del alma; y es innegable: porque siendo preciso que ésta tenga algún fin a que se dirijan sus operaciones morales e intelectuales; y no pudiendo lograr este fin en la vida, ya porque esta vida perece, ya más singularmente porque las operaciones morales del hombre no se dirigen a su conservación esencial: es claro que el alma ha de permanecer después de separada del cuerpo para lograr su fin. A no ser así, el alma no sólo no tendría necesidad de ejercitar sus peculiares operaciones, pero ni aun ella misma tendría necesidad de existir, al modo que no la echan menos los brutos para su conservación y comodidad.

Síguese pues que el alma tiene su fin en otra parte muy diferente de la vida, y de aquí la precisión de confesar que es inmortal: porque, o acaba y muere con el cuerpo, o permanece todavía después de su destrucción por sólo algún tiempo, como querían los Estoicos. Si lo primero, el alma no consigue su fin, y por consiguiente no le tiene; como si dijéramos, las operaciones morales e intelectuales del ánimo, y aun el ánimo mismo son inútiles. Si lo segundo, no es fácil concebir cómo el ánimo podrá existir separado del cuerpo por un espacio de tiempo, y no perpetuamente: o lo que es lo mismo, porque no ha de poder existir el alma perpetuamente, si logra existir algo después de la separación. Más fácil es decir que el alma separada del cuerpo no conoce ya tiempo, ni tiene medio entre existir o no existir: porque aquel espacio en que existe, no es ya sucesión o serie, sino un conservarse en su existencia, a la semejanza que nos figuramos a Dios existiendo antes de la creación de las cosas: pues aunque en todo tiempo la existencia de Dios sea una perpetua permanencia de su eternidad, o una eterna conservación de su existencia, para concebir lo que le sucede al alma después de su éxito, no hay más que imaginar como existía Dios antes de la creación del tiempo.

Es pues preciso que el alma sea inmortal, porque es preciso que busque su fin en otra parte que no sea esta vida: y dada su existencia después de esta vida: es preciso que ya exista perpetuamente, porque entonces ya no hay medio entre existir y no existir.

Siendo inmortal el alma el fin ha de serlo también necesariamente; y no sólo inmortal, sino increado, eterno, existente antes y después de la creación de las cosas. La razón es evidentísima. Si este fin no existiera antes de la existencia de la alma humana, se seguiría el absurdo de que una substancia existiese antes que la Causa final de su existencia. No es menester gran penetración para comprender la fuerza de este raciocinio: y de él resulta con absoluta necesidad que la Causa final de las operaciones del alma, había de existir precisamente antes de la creación de ésta.

Si era necesario que existiera antes, lo es igualmente que exista después: porque siendo Causa final, no puede dejar de existir mientras haya sustancias que la tengan por fin. Estas sustancias son inmortales: inmortal pues ha de ser también la Causa final a que se dirigen.

Ahora pues: juntemos en esta Causa final los dos modos de existir, uno anticipado a la creación de las sustancias que la tienen por fin, y otro igual con la permanencia de estas

mismas substancias. ¿Qué resulta? una eternidad nada menos: y veis aquí probada en poquísimas palabras la inmortalidad del alma, y la existencia y eternidad de Dios. Doy el resumen de las pruebas en axiomas, para su mayor claridad.

- . El hombre goza de operaciones intelectuales y morales.
- . El fin de estas operaciones es alguno.
- . Si es alguno, estas operaciones han de residir por necesidad en alguna substancia capaz de gozarle, pues las operaciones no son más que modos de ser, pero no el ser mismo.
- . El fin de estas operaciones no es la vida mortal, puesto que no son necesarias para vivir.
- . No siendo la vida mortal, el ser en que residen estas operaciones, necesariamente ha de existir después de la vida.
- . Está luego el fin mas allá de la vida.
- . Este fin debe existir antes que las substancias que se dirigen a él.
- . Debe existir también mientras permanezcan estas substancias.
- . Si es substancia el ser, cuyas operaciones se dirigen al fin, este mismo fin debe ser substancia.
- . Luego es substancia con existencia anterior a las criaturas intelectuales; y después de creadas, igual a ellas en inmortalidad.
- . Síguese que es substancia eterna.
- . Esta substancia eterna, es Dios.

Pues mira en ellas,  
tu Voluntad, y en la bastarda tropa  
tus rebeldes Pasiones: la sojuzgan,  
debiendo encaminarla.

Porque en el Cristianismo se encarga singularmente la mortificación de las pasiones, se han empeñado algunos razonadores en recomendarlas y levantarlas de punto, haciendo grandes y pomposos elogios de ellas. Si estos hombres quisieran hacerse cargo de que un caballo bueno, pero indómito, puede dañar mucho con su bondad; que un río sesgo y tranquilo es cosa muy útil y muy agradable, pero hinchado en una inundación destruye y tala pueblos enteros, y que por lo mismo el caballo necesita de freno, y el río de murallas o diques que le contengan; fácilmente se convencerían de que nunca daña al hombre el enfreno de lo que le puede perjudicar. No se canse la sofistería: las virtudes que se atribuyen a algunas pasiones, observadas con los ojos de la Razón y del desengaño son verdaderos vicios. Desnúdense de la opinión popular, y de aquella especie de singular grandeza con que se ofrecen, y se verá que las acciones que se llaman heroicas son en el fondo efectos miserables de una ambición orgullosa, de una desordenada vanidad, o de un interés sórdido. El obrar bien por solo el gusto de obrar bien, es ciencia reservada a los documentos del Cristianismo; y para la observancia de este precepto puro, santo, sincero a todas luces no son en verdad de grande uso las pasiones. Si ellas proceden de nosotros de la parte brutal, ¿qué falta nos hacen para ser racionales? Los que se dejan arrastrar de ellas con violencia, y se puede decir que son brutos con algo de razón. El ánimo, cuya voluntad se comunica inmediatamente con las pasiones, no sólo no saca utilidad de la comunicación, sino que antes bien ha sacado de ella verse sujeto a cuantas ridiculeces y vanidades ocupan en el mundo la atención de los hombres. Él sirve a la crápula, a la obscenidad, a la venganza, a la ambición, a la vanidad, a los afeites y afeminada cultura del cuerpo, a los estilos y aires urbano; en cuya ejecución, y en la de otros infinitos

ejercicios vergonzosamente despreciables con que muchas veces la esclava racionalidad obedece al perverso influjo de las pasiones, pierden éstas que se llaman criaturas racionales el verdadero uso de su ánimo. Los mismos filósofos defensores de las pasiones, discurren disparatadamente por el influjo de ellas. ¿Quién, sino la vanidad, ha sido el arquitecto de los sistemas, y de las vanidades de la filosofía? Y esta observación cuenta ya muchos siglos de ancianidad.

No cuenta menos la guerra filosófica contra las pasiones. Si creen los Sofistas que han sido solas la rigidez estoica y la austeridad cristiana las que han procurado poner en descrédito a los afectos, harán lo que suelen, esto es, creer lo que es falso. Voy a exponer con la brevedad posible el sistema Platónico, por lo singular, por lo vehemente, y por dar a los discípulos de Voltaire y Helvetius alguna noticia de una erudición tal vez desconocida para ellos.

Las almas de todos los hombres, según los Platónicos, son eternamente existentes, creadas al mismo tiempo que el Universo, y destinadas, no sé por cual motivo, para vivificar los cuerpos humanos que habían de habitar la tierra. A esta unión de las almas con los cuerpos llamaban *descenso*, porque suponían que bajaban verdaderamente de la compañía de la Divinidad para mezclarse con lo que ellos llamaban *generación*, esto es, con la alternativa destrucción y composición de los entes del mundo.

Como en esta mezcla acaece juntarse una substancia incorpórea con una porción de materia, la cosa más abominable entre todas para los Platónicos; en el descenso, o unión a la generación, hallaban ellos una grande infelicidad para el alma, cual era verse sujeta a las cualidades de la materia, separada de su verdadero origen, y lo peor de todo expuesta a olvidarle por la inclinación a las cosas caducas, y carecer así de la contemplación de la Divinidad, que decían ser el fin único, o por mejor decir, la esencia de la misma alma. «El Entendimiento divino, dice Iámblico, constituyó la esencia del alma en la inteligencia esencial de él: por tanto la acción de entender viene a ser propiamente la esencia del alma, esto es, el entender a Dios, que es de quien depende. Está pues nuestro ser en conocer a Dios; porque el principal ser del alma es su inteligencia, en la cual la expresión de su ser, vale tanto como si dijésemos que entiende las cosas divinas con acto perpetuo. Y de esta naturaleza de ser se derivan principalmente las potencias discursivas del alma. El entendimiento del hombre (dice en otra parte) creado para contemplar, estaba antes unido íntimamente a la contemplación de los Dioses. Juntose después a otra alma adaptada a las formas de la especie humana, por la cual quedó sujeto en algún modo a los vínculos del hado y de la necesidad. Conviene pues considerar con qué modo principalmente podrá desatarse de tales vínculos. Y en realidad no puede haber otro que la misma contemplación de los Dioses. «En suma, los Platónicos daban sólo al alma el título de hombre, y ponían la esencia y felicidad de éste en vivir con sólo el entendimiento, porque siendo el destino de él, unirse con la Divinidad, no hallaban otro medio más apropósito para formar esta unión, que la contemplación. Porfirio lo explicó en muy pocas palabras. «El fin de la contemplación, dice, es aquél que es Ente por sí mismo: y conviene tanto adquirir la verdadera noticia de este Ente, que el logro de ella une y enlaza al contemplador, en cuanto, lo permiten las fuerzas de su naturaleza, con el Ente que es contemplado. En esto no hay extravío alguno, ni el entendimiento se aparta de sí; antes bien revuelve sobre su verdadero ser, y conspira consigo mismo. De donde se

deduce que el fin del hombre es vivir con el entendimiento, esto es, darse todo a la contemplación de los entes divinos»

¿De dónde pues procedía el odio de los Platónicos contra las pasiones? De considerarlas hijas de la parte corpórea, y consiguientemente efectos de la miserable esclavitud del ánimo a la *generación*. Y como todo el conato de ellos era apartar al hombre de esta miseria para restituirle al estado de su verdadera naturaleza, esto es, al estado de solo y puro ánimo, con absoluta separación de la porción corpórea, a quien atribuían los males y desventuras que padece en la vida; enseñaban resueltamente que para recobrar este estado de primitiva felicidad, era preciso negarse a las influencias de los sentidos y de la imaginación, y sobre todo arrancar de raíz las semillas de las pasiones, y ensordecen a las persuasiones de sus movimientos (que es lo que Porfirio llamó *muerte de los efectos*) como que son el mayor estorbo que impide al hombre la restitución a su ser.

Toda substancia incorpórea es incapaz de tener pasiones, porque es incapaz de ser destruida, y las pasiones son camino para la destrucción. Todo lo que destruye, daña: ¿qué mayor razón para convencer que las pasiones son perjudicialísimas? Atribuyendo así los Platónicos el origen de ellas a la parte material del hombre, y haciéndolas precisas en esto nada menos que para la unión de las dos substancias, corpórea e inmaterial; concluían con una metafísica harto sutil, que los afectos embrutecen el alma, la hacen olvidar de sí, la alejan de su misma naturaleza, la despiertan e inducen al vicio y a la maldad, y la imposibilitan para el ejercicio de la contemplación y de la sabiduría, el mayor fin del hombre mientras vive atado a las leyes de la generación.

Tal era la sentencia del mismo Platón, a quien en esta parte añadieron muy poco sus discípulos. Las semillas de todo el sistema se leen en su Fedón, del que he querido copiar el siguiente pasaje, por ser como el símbolo de esta doctrina.

«*Socr.* El Filósofo entonces raciocina perfectamente, cuando no le perturba ninguna cosa de las pertenecientes al cuerpo; ni el oído, ni la vista, ni el dolor, ni el deleite: cuando desamparando el cuerpo, se recoge enteramente dentro de sí, y sin comunicar con él aspira sólo a lo que es realmente verdadero. *Sim.* Así es. *Socr.* Por ventura el ánimo del Filósofo obrando de este modo ¿no hace un manifiesto desprecio del cuerpo, y huye de él, buscando sólo vivir consigo mismo. *Sim.* Es evidente. *Socr.* Ahora bien, amigo Simia: la esencia de lo justo ¿es alguna cosa, o es nada? *Sim.* Alguna cosa es, a fe mía. *Socr.* Lo bello y lo bueno ¿son también por ventura algo? *Sim.* ¿Por qué no? *Socr.* Pero en verdad ¿tú alguna vez percibiste alguna de estas cosas con los ojos? *Sim.* Nunca. *Socr.* Y que, ya que no con la vista; a lo menos ¿no las has comprendido con alguno de los otros sentidos corpóreos? Es menester que entiendas que hablo aquí generalmente, v. g. de la magnitud, de la sanidad, de la robustez; en suma de la esencia de todas las cosas, esto es, de aquello por lo que cada una es lo que es. Éstas son de las que pregunto, si se percibe con el cuerpo lo verdaderísimo que hay en ellas. Que te parece pues, o Simia: ¿no es cierto qué cualquiera que se aplique con eficacia y sinceridad a la contemplación mental de una cosa, se acerca mucho al conocimiento de ella? *Sim.* Realmente es así. *Socr.* Con que solo obrará purísimamente, el que se dedique a la consideración de las cosas con sola la virtud de su entendimiento, sin valerse ni de los sentidos, ni de sus imágenes para la raciocinación; sólo aquél, digo, que valiéndose de la fuerza única y sincera de su mente, cual es ella en sí, procure alcanzar aquello que existe Por sí con sinceridad, enajenado de

los ojos, de los oídos, y para decirlo de una vez, de todo el cuerpo, como perturbador del ánimo, e incapaz de suministrar el logro de la verdad y sabiduría, cuando se obra en compañía de él. El que lo ejecute así, amigo Simia, ¿no sería poseedor más que otro alguno de aquello que es verdaderamente? *Sim.* Admirable y cierto es cuanto hablas, oh Sócrates. *Socr.* ¿Qué otra cosa pues se deduce de esto, sino que esta opinión debe ser tan peculiar y propia de los verdaderos amantes de la sabiduría, que se la deben recordar recíprocamente unos a otros? La misma Razón nos conduce como por una senda necesaria a concluir la verdad de lo que propongo; conviene a saber, que mientras tengamos cuerpo, y nuestro ánimo se halle pegado a tanto mal, nunca lograremos la verdad que deseamos con tanta vehemencia. Los embarazos que nos opone el cuerpo por sola la necesidad de atender a su subsistencia, son casi innumerables. Las enfermedades, que le sobrevienen, impiden también la investigación de la verdad. Nos tiene siempre ocupados en amores, deseos, temores, en muchísimos objetos caducos, en infinitas vagatelas; de suerte que con sobrada razón se dice de él, que jamás nos ofrece cosa sólida ni cierta.»

Si el sistema Platónico era vano en sus fundamentos; tenía por lo menos el mérito de recomendar la virtud hasta con los delirios. De principios imaginarios derivaba consecuencias evidentes y provechosas, con que curaba las dolencias del ánimo; no de otro modo que un buen Médico, sofisticado en la *Physiología* de su arte, cura una enfermedad, que atribuye a causas quiméricas y de puro antojo. Ni es otra la calidad de todos los sistemas del mundo: aplicar causas antojadizas a efectos obvios y conocidos.

No faltan con todo eso algunos sistemas, que de principios ciertos y evidentes deducen consecuencias falsas y sofísticas, alterando el orden que han seguido los grandes hombres en sus sueños sublimes. Qué cosa más clara, más cierta, más natural que la utilidad del amor propio en el hombre ¿y qué consecuencias más absurdas, más desconcertadas, más bestiales que las que derivan de él los patronos del interés personal, del deleite, y de las pasiones?

Defender el imperio de éstas, y recomendar entre ellas con mayor ahínco las más vehementes, es decir a los hombres, *sed siempre locos*: porque en fin, ¿qué es sino un loco, el vengativo, el envidioso, el celoso, el altivo, el ambicioso, el vano, el soberbio, el que con ansia teme, espera, desea, se alegra, se aíra, se aflige?. La Razón pierde allí su ejercicio; y un hombre sin Razón no es hombre: todavía más: sin Razón y dominado de los afectos, es bruto de peor condición que las bestias. Bruto, porque los imita; y peor que ellos, porque o pervierte la racionalidad, o se despoja de ella; de aquel don eminente, que le da la superioridad sobre todas las criaturas del Universo.

Los afectos pertenecen al orden de la naturaleza animal del hombre: si se les da el título de *pasiones del ánimo*, debe entenderse que será porque le hacen padecer; no porque tengan unión ni enlace con la esencia del espíritu. Los brutos, sin la potencia racional, se aman también a sí mismos, aman a sus semejantes, tienen envidia, celos, temor, esperanza, se alegran, se angustian, se quejan, se regocijan según la conformidad o inconveniencia de sus percepciones con las leyes de su apetito. La diferencia que hay entre ellos y el hombre es, que el bruto no sufre de los afectos más que aquello que debe sufrir para su bien y conservación; pero el hombre, partícipe de una facultad racional, racionando sobre los mismos objetos que mueven las pasiones en los brutos y

reflexionando sobre ellos, considerándolos de innumerables modos, y deduciendo infinitas consecuencias, que aquéllos no pueden deducir por faltarles la facultad del raciocinar, las aumenta, dilata, y de tal suerte anima y enfurece, que la misma Naturaleza se avergüenza de ver los efectos abominables de aquellos mismos instrumentos, que comunicó para la felicidad de sus criaturas. El hombre se apasiona como bruto, y raciocinando como hombre sobre el objeto de la pasión brutal, la hace de peor condición, y convierte en su daño lo que se le dio para su beneficio. Jamás un afecto ha sido dañoso a una bestia: rara vez ha dejado de serlo al hombre. Éste multiplica la vehemencia de los afectos, porque raciocina, y con el furioso aumento causa su mal: aquél, porque no raciocina, logra en las pasiones la fuerza conveniente a cada una; y como que las mantiene en su orden, vive feliz. El primero es el loco, que soplando e inflamando el fuego, que se le dio para que se calentase, se abrasa en él: el segundo, con ser bestia, puede compararse al prudente que se calienta en el fuego, usando del grado de calor que le hace falta o le conviene.

La vanidad ha formado hombres magníficos; la gloria grandes Capitanes; ¿quién lo duda? Pero también la vanidad ha formado magníficos impostores; y la gloria ladrones atroces y sanguinarios. Además: ¿hay obra alguna de las pasiones fuertes, en que no se mezcle el perjuicio ajeno? Hemos nacido para amarnos y socorrernos recíprocamente: las pasiones rompieron esta ley augusta, este sagrado nudo de la especie humana: a ellas se deben los homicidios, los adulterios, los robos, las fraudes, las guerras, las usurpaciones; el mundo, los hombres tomaron por ellas el mísero y desgraciado semblante, que ofrece en todas partes la humanidad llorosa y oprimida... ¡Oh graves y sapientísimos propugnadores de las pasiones! Predicáis a los hombres la conservación de sus calamidades: bien pueden agradeceros tan benéfica filosofía.

Tal debía de ser poco mas o menos el designio de los antiguos Peripatéticos, cuando indistintamente enseñaban que el ánimo debe apasionarse, y seguir el impulso de los afectos. Yo bien creo que por no entender el mecanismo de las pasiones, aprobaban, teniéndolos por naturales, los fuertes movimientos que causa en el hombre, no tanto la pasión, como los raciocinios que hace él sobre el objeto de ella: Porque ya he dicho, y no sera inútil repetirlo, que la furiosa vehemencia, ardor, o locura a que llegan las pasiones en el racional, no es propia de ellas, sino un aumento o dilatación que recibe por los raciocinios o reflexión del ánimo, vigilante examinador de cuanto le ofrecen los sentidos. ¡Y ojalá fuera solamente este el daño que causa al hombre su racionalidad en el uso de los afectos! si no que por la innumerable muchedumbre de sus invenciones, y por la facilidad de su reflexión sobre cuanto percibe, ha suscitado en él muchos nuevos y muy molestos, de que carecería sin duda, si la Razón, conservando su dignidad, se redujese a los ministerios para que se destinó.

¿Quién será capaz de creer que las pasiones son inútiles o perjudiciales, cuando las ve enlazadas con su naturaleza misma? Pero igualmente: ¿quién será capaz de aprobar todas las pasiones que hoy residen en el hombre, y el grado de fuerza con que se ejecutan, si considera que en la mayor parte son invención suya, cadenas que él mismo se ha impuesto, fuego que ha encendido para abrasarse? La soberbia, la avaricia, la ambición, la vanidad, la obrectación, pasiones son que no conoció la naturaleza del hombre en su origen: él las hizo nacer al paso que acrecentó las invenciones de su necesidad y de su

capricho. Los excesos del amor, del odio, de la ira, de la envidia, del deseo, en nada penden tampoco del principio de las pasiones, puro en si e inocente: obras son de la Razón que sopla el fuego y aumenta la tempestad, que en pequeña alteración principió la ley pródiga de la Naturaleza. Dio ésta a la criatura animal los sentimientos del odio y del amor, y los movimientos moderados que los acompañan, para vivir sin peligro, y con la felicidad conveniente. Aprobar estos sentimientos, estos movimientos ceñidos a los límites de las necesidades a que se destinaron, es propiamente aprobar el orden físico de las criaturas. Pero aprobar pasiones que la Naturaleza no nos dio, y son efectos de las caprichosas superfluidades del hombre: aprobar la furia a que las sube el abuso de la reflexión y del raciocinio; ¿qué es sino combatir por nuestra miseria, y aconsejar el ejercicio de las maldades? Sofistas ridículos: patrocinadores de las abominaciones que ha inventado la perversidad de una Razón que nació para hacer felices a los que la poseen, y los ha hecho miserables; la Naturaleza no obra jamás superfluamente; aunque liberal, es muy económica en no suministrar sino lo necesario: las necesidades del puro animal son su bien estar y su conservación: para acudir a estas necesidades, pocas pasiones ha menester, y esas no muy vehementes: defended el buen uso de éstas, y tendréis de vuestra parte, no solamente a mí, sino a la misma Religión Cristiana; a aquella misma a cuya ruina aspiráis con la defensa de las pasiones. Ella os mostrará cómo habéis de amar, como aborrecer, como desear: os alejará de la torpeza de los brutos: y llevando los movimientos naturales por la senda de la utilidad justa, os enseñará a convertir en virtudes los que mal usados rompen en vicios feos y lamentables.

La Religión Cristiana no aconseja la aniquilación de las pasiones, o lo que con voz mas enérgica llamaban *apatía* los Estoicos. Lo que aconseja es, que se eviten las ocasiones, y que no se apetezcan las cosas que puedan fomentarlas o hacerlas delincuentes. Y en verdad, esto ¿qué es sino dar el imperio a la Razón sobre los objetos del apetito, para que use de ellos convenientemente a la naturaleza de una criatura racional, que está ligada a un cuerpo? Para ser generoso no es menester ser vano: para ser fuerte no es menester ser iracundo: para aspirar a la magnanimidad no hay necesidad de pasar por la soberbia adusta, o gloria vana. La virtud debe amarse por sí, y practicarse porque es virtud. Éste es el orden de la racionalidad, y éste el espíritu del Cristianismo: donde se ve, que ni al soldado se le priva de la fortaleza, ni al generoso de la liberalidad, ni de la beneficencia al magnánimo. El amor mismo, no sólo entra, sino que tiene el primer lugar en las obligaciones del Cristiano: pero ¿qué amor? No aquel hediondo y asqueroso de Helvetius, sino el que mantendría la paz en la tierra, si todos los hombres tuviesen animo para aplicarse a su cumplimiento.

¿Buscan los Sofistas una causa filosófica de la superioridad de las pasiones sobre la Razón? Vean a los hombres dedicados casi desde su origen a alagarlas y darlas gusto, y hallarán que el hábito de fomentarlas ha juntado ya a la resistencia una molestia ingrata, y tal vez una dificultad apenas superable. Éste es su dominio: ésta su tiranía. La Razón, en vez de aumentarlas, debería dirigirlas; y ellas determinar a la voluntad en sus elecciones. Pero la costumbre de esclavizarse, trasladada con el ejemplo y la educación a las generaciones, pervirtió este orden, y ya todo va al revés. La pasión, suscitada por el objeto, es auxiliada de la Razón, que la aumenta extraordinariamente: la pobre voluntad, ciega y desvalida, sigue el violento impulso, y se deja llevar como en rápido torbellino las materias leves.

Conociendo este mal, ¿que le toca hacer a la Filosofía? Indicarle, y aplicarle el oportuno antídoto. La Filosofía Cristiana, mejorando en esto a algunas escuelas de la Gentílica, señaló el verdadero específico, en el amor de la virtud, y tiró a introducir la paz y el candor en la tierra. ¡Tanto bastaba para que la Filosofía sofística la combatiese! Los vanos Filósofos quieren más delirar con la vanidad, que enseñar la verdad con el Cristianismo. ¡Oh Genios sublimes! ¡honor de nuestro siglo! ¡Dichosos vosotros si no pasáis por locos en los venideros!

Los corpóreos Sentidos, tropa ruda  
y familia brutal, al uso solo  
de la vida aplicados. Pág. .

No por eso dejan los sentidos de ser en la vida uno de los instrumentos más principales de la racionalidad. Desde que Locke tomo a su cuenta refutar las ideas ingénitas de los Cartesianos, y buscar el origen de los conocimientos humanos en los sentidos y reflexión, esta opinión se ha hecho como artículo de fe filosófica; no sé si con bastante razón, tomada así tan generalmente como la admiten hoy los Filósofos. Si en el hombre no hay ciertas inclinaciones naturales inseparables de su ser; y si estas inclinaciones no residen en su parte racional, de tal suerte, que tenga idea de los objetos de ellas; no alcanzo a fe mía cuales deben ser las acciones peculiares del hombre, así como alcanzo cuales son las peculiares del bruto. Más adelante expongo algunas reflexiones sobre esto, breves, pero que pudieran llevarse a un grado de certeza igual al que se aplica a las observaciones de Locke.

El uso de los sentidos se dirige principalmente a la conservación de la vida, no al ejercicio, de la Razón. Si los discípulos de Locke no quieren admitir esta proposición; con tal que admitan inmortalidad en el alma, será preciso que confiesen que esta substancia inmortal, separada del cuerpo, no puede adquirir en su estado de separación más ideas que las que adquirió en la vida corpórea. Es verdad que la unión de las dos substancias ocasiona una estrecha y recíproca dependencia en las acciones de cada una: y así hay infinitas cosas que en esta vida no conocería el alma sin el auxilio, de los sentidos, y el cuerpo asimismo no ejecutaría innumerables acciones sin los preceptos o persuasiones del alma. Pero no por eso hemos de creer absoluta y universal esta dependencia en dos entes, que por su esencia han de gozar precisamente de ciertos y determinados modos de ser. Los movimientos del corazón y de las arterias, las acciones de la vitalidad, y cuanto ejecuta el cuerpo maquinadamente para su conservación, son obras de la humanidad, en que el alma no tiene dominio alguno. ¿Por qué pues no reconoceremos en la alma ciertas y determinadas obras que establezcan un orden peculiar en ella, independiente de las influencias del cuerpo?

*Toda especie de Razón pende de los sentidos* escribía Epicuro hacia la Olimpiada . Sea así en buen-hora. Que haya, o no, certeza en este axioma rancio, no por eso dejarán los hombres de pensar, y de pensar mal, que es lo peor. Solamente no sé qué razón ha de haber para que el Abate de Condillac haya de querernos persuadir, que ésta, que él llama verdad, no fue verdaderamente conocida hasta los tiempos de Bacon: si ya no es, que el conocer una verdad equivalga entre los modernos a escribir de intento un volumen sobre ella. Cuando leo estas proposiciones de Oráculo en los libros de nuestros vecinos, me dan ganas vehementísimas de revolver sobre ellos, y pagarles con algunos cuantos donaires



las fábulas desatinadas que nos imputan. Pero ¿qué culpa tiene toda la Francia de que diez o doce Escritores suyos sean ignorantes con magisterio?

«Tal vez la novedad (dice Condillac) fue el motivo que indujo a los Peripatéticos a adoptar por principio que todos nuestros conocimientos nacen de los sentidos.» ¿Novedad de los siglos escolásticos llama a una observación que nació con la misma Filosofía, que fue común en casi todas las sectas, y que si la adoptaron los Filósofos de la Escuela fue porque la hallaron establecida expresamente en Aristóteles, y adoptada en la escuela Árabe, que fue el fundamento de la Filosofía Escolástica?

Locke pudo copiar de Aristóteles las proposiciones fundamentales de su sistema: en los mismos Escolásticos pudo tomar grandes luces para confirmar sus discursos: y si era docto en la antigüedad, solo con desentrañar el Aparato lógico de los Estoicos tenía suficiente materia para darnos remozada una doctrina decrépita, y vestida al aire de nuestra edad. Lo demostraré en las menos palabras que pueda, y vindicaré las fatigas de aquellos difuntos venerables de la antigüedad docta, mal reconocidos por los mismos que sabrían hoy mucho menos de lo que saben, si aquellos hombres infatigables no hubieran abierto las sendas del saber.

¿Cuál es, según Locke, el origen o fuente de todas las ideas? La *experiencia*. ¿Cuál es, según Aristóteles? La *experiencia*.

«Supongamos (dice el primero) que al principio el alma es lo que solemos llamar una tabla rara, vacía de toda especie de caracteres, y sin género alguno de idea. ¿Por cuál medio diremos que logra adquirir este portentoso número, que la imaginación, siempre activa y sin límites, le ofrece con una variedad casi infinita? ¿De dónde toma estos materiales, que son como el fondo de todos sus racionios y conocimientos? a esta pregunta respondo en una palabra: *de la experiencia*. Éste es el fundamento de todos nuestros conocimientos; y de allí es de donde toman su primer origen. Las observaciones que hacemos sobre los objetos exteriores y sensibles; o sobre las operaciones interiores de nuestra alma, que percibimos, y sobre las cuales reflexionamos, suministran a nuestro ánimo los materiales de cuanto piensa.»

Aristóteles, poniéndose a controvertir la naturaleza de las proposiciones indubitables que sirven para demostrar, dice expresamente, que los *primeros principios inmediatos*, que dan fundamento a la demostración, *no los tenemos con nosotros*, como si dijera, que no son innatos en el hombre.

¿De dónde pues nos vienen? De una facultad, dice Aristóteles, que es común a todos los animales, esto es, del sentido. Esta potencia en los brutos no pasa más allá de la sensación: pero en el hombre las sensaciones producen impresiones permanentes, y de la memoria de ellas nace la Razón. «De tal suerte (dice) que en algunos animales (en el hombre) la Razón se engendra de la memoria de éstos (esto es, de las impresiones causadas por los sentidos):... de las sensaciones se engendra la memoria: de la memoria repetida muchas veces sobre una cosa, la *experiencia*; porque muchas memorias en número, forman una experiencia.

De esta (continúa el Griego), o lo que es lo mismo, de la proposición universal que reside ya en el ánimo, conviene a saber en cuanto en muchos individuos se advierte una misma cosa, se forman los principios del arte y de la ciencia: del arte, si las experiencias pertenecen a la creación de algo; de la ciencia si pertenecen a la averiguación de las esencias. Yo creo que en ninguna cosa fue menos obscuro Aristóteles, que en esta exposición de las obras del entendimiento. Sus discípulos conservaron religiosísimamente su doctrina, cuya suma voy a exponer aquí, tomada de Sexto Empírico, para su mayor inteligencia.

Los Peripatéticos (dice) dividen las cosas en dos géneros: uno de las sensibles y otro de las que se comprehenden sólo con el entendimiento, (que nosotros podemos llamar *mentales*). Cuando tratan pues del criterio de la verdad, siguiendo esta distinción de las cosas, colocan el de las sensibles en los sentidos; el de las mentales en la inteligencia; y el de ambos en común, según la doctrina de Teofrasto, en la evidencia. Pero en el orden con que procede el entendimiento, el sentido tiene el primer lugar, aunque en la potestad le tenga la mente. Y ve aquí cómo. El sentido es movido por los objetos sensibles. De este movimiento, cuando es evidente, se engendra o sucede otro en el alma de los animales que pueden moverse por sí mismos, y son los más excelentes entre todos (es decir, en los hombres), al cual dan los nombres de *memoria* y *fantasía*, en dos diversas acepciones. Memoria por la impresión que hace en el sentido; y *fantasía*, por el objeto que causa la impresión en él: y para darse a entender ponen el ejemplo en la huella, porque así como ésta es hecha inmediatamente por la impresión de algo, como por la del pie, y procede de otro, v. g. de Dion; así también, la moción o movimiento de que hablamos es hecha por algo, esto es, por la afección sensual o impresión hecha en el sentido; y procede de otro, esto es, del objeto sensible del cual conserva alguna semejanza.

Esta misma moción, que se llama *memoria* y *fantasía*, tiene en sí otra tercera moción que le sobreviene de la fantasía racional, la cual se forma del juicio y de nuestra elección y a la que nosotros podemos llamar *pensamiento*. El orden con que procede el entendimiento en estas operaciones es de esta manera. Preséntase Dion evidentemente a mi vista: mi sentido es herido, digámoslo así, y conmovido de cierto modo: de esta afección o conmoción sensual se engendra en el alma aquella especie de fantasía a quien se dio nombre de memoria, y dijimos ser semejante a la huella: de esta fantasía el alma voluntariamente forma en sí lo que Sexto llama *fantasma*, y equivale a lo que nosotros decimos *noción universal*, como en general *el hombre*. A esta moción daban los nombres de *pensamiento* y de *inteligencia*, según dos diversas aplicaciones u operaciones, porque cuando el alma forma la noción universal, se llama *pensamiento*; y cuando ya obra actualmente, *inteligencia*. De los dos, pensamiento e inteligencia resulta la *noción*, y de esta la ciencia y el arte: porque versando el pensamiento a veces sobre imágenes singulares, a veces sobre universales; la conversión de los singulares al universal depositado ya en la inteligencia, se llama *noción*, y de la multitud de estas conversiones reducciones resultan los elementos de las ciencias y de las artes.

Trueque Condillac las voces de la escuela Peripatética en las que él y Locke han querido arbitrariamente aplicar a las obras mentales, y vea si el sistema de aquél, y el suyo mismo, tienen otros fundamentos que los que acabo de copiar. Derivan de los sentidos las sensaciones, que eso es su fantasía: la memoria se engendra de ellas, cuando son

permanentes: de la memoria resulta la noción universal; y éstas son las fuentes de la sabiduría humana. Hallados estos cimientos, un Locke puede fácilmente levantar un grande edificio. Pero sin Aristóteles y sin Locke, no se yo que hubiera podido levantar Condillac.

Nada diré de los Estoicos, que fueron sutilísimos en esta parte de su Lógica, y bien desentrañadas las noticias que nos quedan de su Arte Isagógica, que venía a ser un sistema muy encadenado de la mente humana, tal vez no se echaría menos ninguna de las observaciones menudas que sirven a la mayor explicación del artificio del entendimiento. El que quiera convencerse por sí, lea a Pedro de Valencia en su doctísimo Opúsculo de las *Opiniones Académicas o del Juicio de la verdad*, y se admirará de que habiéndose establecido aquellas doctrinas desde la Olimpiada en adelante, haya Escritor reputado por célebre, que se atreva a publicar con desembarazo de Oráculo, que la antigüedad no supo como el entendimiento deriva todos sus conocimientos de los sentidos.

Los Escolásticos, de quienes se puede decir lo que Grocio de los Intérpretes bárbaros del Derecho, conviene a saber, que interpretando mal a Aristóteles fundaron una nueva Filosofía, así como aquéllos fundaron un nuevo Derecho interpretando mal el Romano; los Escolásticos, digo, para explicar la sencillísima doctrina de Aristóteles sobre el origen de lo que el hombre alcanza con la Razón, forjaron el sistema de las especies intencionales, y de los entendimientos agente y pasivo, con lo que de una verdad hicieron un embrollo, y obscurecieron lo que estaba fundado en la experiencia de lo que a cada uno le pasa dentro de sí. La justicia pide esta confesión. Pero también pide que no los defraudemos de lo que justamente les es debido. A pesar de sus especies intencionales, entendieron como el que mejor, de qué suerte el entendimiento, de las sensaciones abstrae las ideas universales, y forma los racionios. Daré solo un testigo: a Santo Tomás. Los apasionadísimos a lo moderno me perdonarán este sacrilegio. El más famoso de los Escolásticos va a enseñarles idénticamente los mismos principios de Locke.

Para esto hemos de suponer que Santo Tomás atribuye dos acciones al entendimiento: una (que podemos llamar directa) hacia las imágenes de la fantasía; y otra (que podemos llamar refleja) es la revolución sobre sus mismos actos, con la que se contempla a sí mismo, y se conoce. A esta segunda acción llama *redición completa*, a distinción de otra *redición incompleta* que da a los sentidos.

Ésta, que es la regla fundamental de Locke, está tan expresa en Santo Tomás, cual no puede estarlo con mayor evidencia. «Nuestro entendimiento (dice) en la peregrinación de esta vida se refiere a las imágenes de la fantasía, como la vista a los colores, según se dice en el tercero *de Anima*; no porque conozca a las imágenes como a los colores la vista, sino porque conoce los objetos de donde proceden las imágenes. *Por esto la acción de nuestro entendimiento primariamente se encamina a los objetos que se aprehenden por las imágenes; pero después revuelve sobre sí a conocer su acto mismo, y de ahí pasa a conocer sus especies, hábitos, potencias, y la esencia de la misma mente.*»

Tenemos pues que lo que Locke llama *Reflexión* es *redición completa* en Santo Tomás: y lo es de tal manera que no hay operación mental ni propiedad del espíritu que no le explique por esta redición. «¿Cómo conoce la verdad el entendimiento? (dice en otra

parte). Revolviendo o reflexionando sobre su mismo acto; y no sólo porque conoce su mismo acto; sino porque conoce la proporción que tiene con la cosa; el cual conocimiento no puede subsistir sin conocer la naturaleza del principio activo, que es el mismo entendimiento. «De este modo explica también las ideas que tenemos de la memoria, de la imaginación, de los hábitos, de la alma y de la mente; de suerte que la gloria del Filósofo Inglés en este principio, está en haber hecho de él un uso más extenso, aplicándole a la averiguación de mucho mayor número de nuestras ideas.

La *sensación*, segundo principio de Locke, no sería menester probar que la conoció el Santo Doctor tan bien como aquél, si no viviésemos en un siglo en que los Santos y los Doctores se leen muy poco. Sus cuestiones de la Verdad están llenas de explicaciones muy menudas, y muy exactas de los modos con que el entendimiento deduce el conocimiento de las cosas de los sentidos. Para él en la mente no hay más que la capacidad de formar ideas puramente inteligibles, de las imágenes de la fantasía: y a tales límites estrecha esta facultad del entendimiento, que en él por sí no admite más que el conocimiento de lo universal por la abstracción, o reducción a una sola idea, como decían los antiguos Peripatéticos, de los caracteres comunes a muchos individuos de una misma especie. Es verdad que éstas y otras muchas observaciones del Santo, que son las mismas de Locke, y lo que es más, las mismas de Condillac, se hallan esparcidas en los diversos tomos en folio de sus Obras; pero como los modernos comúnmente no son aficionados a leer tomos en folio, tienen por más conveniente levantar un testimonio a los Escolásticos, que emplear una noche en hojear algunos de sus libros.

Esta misma infelicidad tocó también a Juan Luis Vives, el primer Restaurador de las Ciencias en Europa, y el hombre de mayor juicio que se ha conocido en estas últimas edades. Su Tratado *del Alma y de la Vida* es un sistema perfectísimo del hombre, en donde, o sucintamente, o con extensión, se encuentra cuanto después de él se ha escrito con verdad de este Ente vario y poco comprehensible. Su examen del entendimiento, su explicación de las potencias, el método admirable con que las va derivando unas de otras, la averiguación y descripción de los afectos, en suma los tres libros todos serían un monumento inmortal en París o en Londres, si el Autor por dicha hubiera acertado a nacer entre aquellas gentes. Este Tratado no se ha impreso todavía una vez en España; en tanto que nos están inundando todos los días con traducciones miserables de librejos superficialmente insulsos, o con vagatelas pomposas, destinadas a ganar la aprobación de un vulgo erudito lo que juzga a tiento, incapaz todavía de discernir el verdadero saber del superficial, ni el entendimiento clásico y original del remedador y copista.

El que lea pues los dos primeros libros del Tratado *del Alma y de la Vida* de Juan Luis Vives, no recele contradecir el fallo sibilino del buen Abate de Condillac. Allí hallará un modo original, no aprehendido en nadie, de derivar las potencias del entendimiento unas de otras desde las impresiones de los objetos en los sentidos hasta la Razón. Pero al mismo tiempo no levante el grito, y reconvéngale con modestia porque si sus apasionados caen en la cuenta de darnos en cara con el abandono que ha experimentado entre nosotros el pobre Vives, a la verdad no se yo que hemos de responderles. Vosotros (dirán) ignoráis las doctrinas de ese vuestro grande conciudadano: ¿y qué, ha de estar siempre a nuestro cuidado desenterrar vuestros tesoros, y revolver viejas bibliotecas para saber si un Autor vuestro se nos anticipó ahora dos siglos en lo que escribimos?

Pero esta reconvención no aprovecha en lo que toca a las opiniones de la antigüedad. El que ha de hablar de ellas, si no se resuelve a decir absurdos, tiene obligación de informarse de las que ha perdonado la voracidad de los tiempos. Este reconocimiento es debido a los inventores y formadores de las Ciencias, y aun sin esto a la misma verdad. Si cierta casta de modernos levantase menos testimonios a los antiguos, y se contentase con procurar aventajarse a ellos sin desacreditarlos, la sabiduría de estos siglos estaría tal vez más autorizada universalmente. ¿Qué es ver a un Verneí, y a otros ciento como él, hacinadores puros, sin sombra de ingenio para inventar ni descubrir la menor cosa, despreciar jactanciosamente todo lo que no nació con las Academias de Londres y París, y hablar de los descubridores de las pocas verdades que sabemos hoy, como pudiera un Ateniense de un Romano en tiempo de los Gracos? Este procedimiento de los modernos de la clase media perjudica notablemente a los grandes hombres: porque el que está apasionado por la antigüedad, y coge en un embuste a cualquiera de estos modernos medianistas, mide por una misma línea a Leibniz que al Genuense, y a Neuton que a Verneí. De aquí nacen las contiendas, más por el partido, que por la verdad: y ésta entretanto, riéndose de la vanidad de los que hacen profesión de buscarla, se está oculta esperando con sosiego la edad en que generalmente se estime la aplicación de todos los siglos, y uniendo los presentes con los pasados conspiren los hombres con mayor fuerza a su investigación y descubrimiento.

#### AL DISCURSO V

*Hallará que el humano entendimiento  
a diverso progreso sometido,  
no es eslabón del orbe en que ha nacido.*

A cuatro, dice Juan Pico de la Mirandula, que se pueden reducir las opiniones de los antiguos sobre el *Hado* o *Necesidad*. La primera es de los que no distinguen el *Hado* de la *Naturaleza*; esto es, de la constitución física del Universo: la segunda, de los que admiten en las cosas criadas un encadenamiento inevitable, y una serie de causas no interrumpida: la tercera pertenece a los delirios de la Astrología, y constitución de los astros: la cuarta es de los que no conocen más *Hado* que la ejecución de la voluntad de Dios. Estando ya puesto en práctica que los Sofistas modernos no hayan de hacer más que renovar las opiniones envejecidas; y siendo también costumbre entre ellos, inclinarse siempre a las más absurdas; es fácil conjeturar la razón que hay para que el Fatalismo haya sido tan célebre en nuestros tiempos. Atenerse a la constitución física del Universo, es una vulgaridad que nada tiene de singular. La falsedad de los horóscopos está demostrada concluyentemente. La Providencia de Dios, es dogma que tiene íntima conexión con la Religión Cristiana. ¿Qué les queda pues que hacer a los Filósofos, sino echar mano del Fatalismo? No hay que creer que esta reflexión es hija del deseo de hacerlos odiosos. Es una observación segurísima, que se verifica infaliblemente en cuantas fábulas se han publicado en estos últimos tiempos con título de Filosofía. Éstos que se intitulan Filósofos no han tenido otro objeto, que el de alejarse de la vulgaridad y de la Religión Cristiana: y de aquí ha nacido la innumerable multitud de opiniones, sueños y sistemas con que nos han inundado, sin más trabajo que el de haber afeitado los delirios rancios,

que por el hecho de ser delirios estaban ya olvidados y desterrados del círculo de la ciencia humana.

Que la opinión del Fatalismo sea una fábula de las más absurdas que pueda inventar una imaginación delirante, es cosa que se hace patente con sólo poner a la vista las aseveraciones de sus mismos patronos. ¿Qué cosa más absurda que ver en el hombre una facultad de deliberar; y hacer necesarias las obras que se siguen de la deliberación? Consulto allá dentro de mí, si será bueno hacer o no hacer tal cosa: y después, la obra que resulta de mi resolución o determinación, es un efecto necesario de una infinidad de causas anteriores que me han obligado a producirla. Verdaderamente, la idea que estos buenos hombres se forman de la omnipotencia de Dios, si no es abominable, es bien ridícula por lo menos. Me da Dios una potestad amplia para deliberar, para conocer como debo obrar; y mis obras, no obstante, no podían ser sino de aquel modo con que las produzco. ¿Para qué pues necesito el entendimiento, si soy necesitado a obrar? ¿Para qué me dio Dios esta facultad de discernir lo bueno y lo malo, lo útil y pernicioso? Dado el Fatalismo, soy un ente pasivo: y para este género de existencia poquísima falta me hace el conocimiento de lo justo y de lo injusto.

Los Fatalistas responderán sin dula, que este mismo acto de conocer, y esta misma facultad de deliberar entran en la conexión de las causas, y son eslabones de la cadena: que sin la deliberación humana no podría la *Necesidad* efectuar las obras humanas; y henos aquí en el ciego laberinto, y en la alternativa miserable, o de limitar la omnipotencia de Dios, o de representar inocentes a los reos más execrables y malvados. ¿Dios no pudo hacer a los hombres de tal suerte, que sin el entendimiento y la deliberación, ejecutasen las mismas obras que ejecutan? Creó este gran prodigio del Universo, cuyas leyes supremas nos son absolutamente desconocidas, ¿y no podría hacer de los hombres otras tantas maquinas? No hay remedio: Dios no pudo menos de hacerme inteligente: Dios no pudo menos de concederme la facultad de discernir: Dios no pudo menos de darme la potestad de deliberar: Dios no pudo menos de prescribirme los preceptos de la virtud: y después de todo, si me entrego al vicio, no pudo menos de verificarse en mí la ejecución de las acciones viciosas, a pesar del conocimiento, del discernimiento, de la deliberación, y de la ley que me prescribió el mismo Dios. En verdad una opinión tal debía ser más digna de risa, que del horror con que la miran los que la combaten: porque ¿qué Dios es éste, que concede inútilmente al hombre por necesidad las facultades más excelentes que hay en el hombre?

No sin razón se ha dicho que esta opinión es una consecuencia precisa del Materialismo. Los Fatalistas no pueden escapar de uno de dos extremos: o de hacer inútil la inteligencia humana; o de hacer material el principio de esta inteligencia. Inútil, porque para obrar ciegamente, ninguna falta nos hace la facultad de deliberar: la deliberación pende de la facultad de entender. Material, porque un ente inmaterial es preciso que tenga facultades y acciones propias de su ser y ajenas enteramente de las que corresponden al orden de los entes materiales: este orden consiste en la trabazón de las causas y efectos que se suceden continuamente: el alma, según los Fatalistas, no está fuera de este orden: es pues preciso que para que las causas físicas produzcan efectos necesarios en la inteligencia humana, tales, por ej. como los produce en los árboles la venida de la Primavera, sea también material esta inteligencia.

Con efecto, no fue otro el modo de pensar de los Estoicos, cuyas disputas en favor de su *Pronoea* fueron el monumento más enérgico que se ha consagrado a la Fatalidad. Haciendo al mundo materialmente animado, y considerando el alma del hombre como parte del alma o Ether (que así lo llamaban) del Universo; era fácil concluir que los movimientos de nuestra alma pendían necesariamente de los movimientos del alma universal. La sujeción de todas las cosas al *artificio de la Naturaleza*, y a *gobierno de la Providencia* eran dos modos de decir con que expresaban los efectos distintos de la Necesidad. Hacían lo mismo con la explicación del alma universal: porque distinguiendo sus efectos con los nombres de *Mundo*, *Hado*, *Mente Naturaleza*, *Fuego artificioso*, *Providencia*; al fin, con todas estas voces ninguna otra cosa querían dar a entender, sino que Dios, esto es el Mundo, gobierna todas sus partes, cual se puede juzgar que se gobernaría una cadena, si su primer anillo tuviese en sí la facultad de moverse, y se moviese en efecto en círculo o giro perpetuo.

Los Estoicos rígidos no apartaban de la necesidad fatal la existencia de los males, moral y físico. «Ninguna de las cosas singulares (decía Crísipo), ni aun la más mínima, puede suceder de otro modo, que conforme a la ordenación de la Naturaleza común... La viciosidad que induce los accidentes terribles, tiene también su motivo particular: su existencia pende de la razón de la Naturaleza; y no inútilmente (por decirlo así) con respecto al todo del Universo... Así, no inútilmente suceden los hurtos, se engaña, y se delira; no inútilmente son los hombres inútiles, dañosos, malignos... Nada es culpable, nada reprehensible, procediendo todas las cosas según el orden conveniente a la mejor Naturaleza. «Era sin duda fatalísima esta cadena. Dios mismo estaba sujeto ella: y no sólo los vicios y miserias de la vida; pero los mismos votos y sacrificios.

Para sostenerla ¿qué sutilezas no hubieron de inventar los Estoicos? Todo axioma es cierto o falso en sí (decían), porque está decretado desde la eternidad que haya de verificarse, o no. Esta aserción fue un semillero de disputas entre los Estoicos y Académicos. Ni lo fue menos el otro dogma, célebre de que el asenso es inseparable de la *comprehensión*, que ellos llamaban *cataléptica*. Esta metafísica Estoica es una prueba de lo mucho que trabajó esta secta en desentrañar las operaciones del entendimiento humano: y el que quiera instruirse bien en ella debe leer el ya citado opúsculo de Pedro de Valencia, *De Judicio erga Verum*, donde con claridad y erudición admirable ilustra estos misterios Estoicos, que son la fuente de muchos sistemas que hoy nos venden los Filósofos por partos legítimos de su invención.

*Comprehensión cataléptica* llamaban los Estoicos a la que derivada originariamente de los sentidos, era formada *de lo que existe realmente, de aquel mismo modo que existe*. Sexto Empírico explica largamente y por partes esta definición. Lo que hace a nuestro propósito es, que fundando los Estoicos en esta *comprehensión* el *Criterio de la Verdad*; por una consecuencia precisa sostenían, que el asenso va unido siempre a ella, de modo que para los Estoicos, *comprender* las cosas *catalépticamente*, y asentir a ellas eran actos inseparables: o, para explicarlo más claramente, la fantasía, o imagen evidente impresa en el ánimo, unida al *asenso*, era lo que llamaban *comprehensión cataléptica*. Comprehendida así la cosa; si era conforme a la Naturaleza, se seguía el apetito; si contraria, la repugnancia o aversión. Y he aquí, según los Estoicos, el origen de las acciones humanas.

Pero este mismo artificio, o sistema intelectual era entendido entre ellos diversamente. Los Estoicos más antiguos, siguiendo a los Físicos de los primeros tiempos, atribuían todo esto a una necesidad absoluta, derivada de una encadenada serie de causas, que llamaban *antecedentes*; de suerte que hasta el mismo asenso era *fatal*, esto es, *necesario*. Y ve aquí de dónde nacían aquellas expresiones varoniles con que tanto se señalaban los Estoicos entre las demás sectas. Cleanthes no temía decir a Júpiter animosamente:

Llévame donde quieras, o tú, Jove,  
Alto Moderador del alto polo;  
voluntario te sigo y obedezco:  
intrépido te atiendo; si te agrada  
que tu voz no obedezca, repugnando  
te seguiré también. Así, perverso  
sufriré lo que el bueno sufrir sabe.  
Encaminan los Hados al que cede;  
y arrastran con violencia al que repugna.

Crísipo empero, no queriendo por una parte conceder a los Académicos uno de los principales capítulos, en que se encontraban las opiniones de sus escuelas; y convencido por otra de que las acciones humanas no podían proceder de las causas que los suyos llamaban *antecedentes*; introdujo una nueva división de causas que, manteniendo el Hado, dejase libres los movimientos de la voluntad. Como buen mediador procuró componer las diferencias, aplicando a cada parte aquello sobre que más esforzaban sus pretensiones. Dividió las causas en dos géneros. A unas daba nombre de *perfectas y principales*: a otras de *adyuvantes y próximas*. Así: cuando los suyos decían que todo acaece por causas antecedentes; aplicándolo al hombre interpretaba él, no sólo por las perfectas y principales, sino por las adyuvantes y próximas: por las que dan origen al movimiento, sin que intervengan en la duración y progreso de él. Ilustraba su división con el ejemplo de un cilindro, que arrojado, recibe el movimiento de la mano que le impele; pero después, él por sí mismo se mueve y cae sin el concurso de la mano. En suma, Crísipo atribuía al Hado las inclinaciones; pero las acciones a la voluntad

: y esta división, famosísima en la antigua Filosofía por las disputas que suscitó, dio sin duda motivo al Cínico Oinomaos para decir, en unos fragmentos que nos han conservado Eusebio y Theodoretos, que Demócrito hizo esclava a la Voluntad, y Crísipo semi-esclava.

Siendo Crísipo Materialista, es decir, que no conocía otro Dios que el mundo dotado de ánimo material, al modo que los demás Estoicos; no sé yo cómo podría salvar su sistema de los argumentos que suministra la parte física de su Filosofía. Según ellos nuestro espíritu es una parte del universal. Al *hegemónico* o parte principal del alma del mundo; atribuían movimientos, apetitos y acciones. Éstas eran el origen o principio de este giro inmenso y encadenado con que proceden los entes, naciendo siempre causas de causas, y verificándose una sucesión continua de movimientos producidos unos de otros. Fácil es conocer, que si el alma del hombre (uno de los eslabones de esta cadena) participa de la facultad de obrar por sí, desprendiéndose de la trabazón (que era lo que quería dar a entender Crísipo con sus causas *adyuvantes y próximas*) quedaba en pie la libertad humana, y destruido, no sólo el Hado o Necesidad, sino también el fundamento del



sistema físico de los Estoicos, que consistía en suponer una sola materia y una sola alma también material, divididas en innumerables individuos. Que la causa sea *principal*, que sea *próxima*; si la voluntad humana no responde al movimiento sucesivo de la trabazón, da en tierra el sistema Estoico: si responde; a pesar de las causas próximas, el Fatalismo absoluto queda en pie. La comunicación da ocasión al amor, éste al adulterio. Que responda Crísipo: ¿dada la comunicación entre Egisto y Clitemnestra, la voluntad de ambos podrá dejar de fomentar el amor? ¿y dado el amor, podrá dejar de cometer el adulterio? Esta dificultad es indisoluble para los Fatalistas: si ya no se empeñan en el absurdo de justificar las acciones viciosas; solución tanto más horrible, cuanto deprime más la omnipotencia de Dios, y considera al hombre como una máquina, destinada tal vez a morir inocente en un patíbulo, o a ser la infamia de la racionalidad en un trono.

No sin designio me he detenido en desmenuzar el sistema Estoico, aunque sea a costa del peligro de pasar plaza de pedante y hacinador. He dicho ya otra vez, y no me cansaré de repetirlo, que la Metafísica antigua dejó muy poco que inventar a la moderna, ya en verdades, ya en fábulas, y ya en impugnaciones de estas mismas fábulas. Los Fatalistas modernos no son más que copias afectadas del sistema Estoico: y las razones con que se apoye la Necesidad jamás serán otras que las de Crísipo. Tenemos dos ejemplos bien ilustres en Leibniz y Collins; aquél, Varón de ciencia casi universal; éste, célebre en la secta de los Sofistas por un Tratado en que intentó igualar su ser a la ciega y servil inclinación de los brutos.

Cuántas máquinas moviese Leibniz para salvar la libertad humana en su sistema de la *Necesidad hipotética*, se ve bien en sus tres libros de la Theodicea. Sin embargo, hombres muy doctos han hallado que aquella Necesidad hipotética, examinada bien, se diferencia muy poco de la *Necesidad Estoica o absoluta*. Todo contribuye, según Leibniz, a la perfección del Universo. Si aquel Varón doctísimo hubiera establecido, que la *libertad de indiferencia* en el hombre era una de las cosas que concurrían a esta perfección; sin duda su sistema, fuera harto más verosímil que del modo que él lo propuso. ¿Y qué inconveniente había en presuponer, que el mal moral no entra en el complemento de lo óptimo, siendo sólo un efecto de un principio absolutamente libre, que concedió Dios al hombre, por ser precisa la concesión de este principio para la existencia del mejor de los mundos posibles? Pensando así, Dios no sería autor del mal moral, ni aun idealmente: porque su existencia o inexistencia, pendería sólo de la elección humana, que sería la únicamente precisa para el complemento de lo óptimo.

Por lo menos, si Leibniz no pensó (y no pensó en efecto) en la *Necesidad absoluta*; sus sectarios han sabido aprovecharse harto de su sistema para fundar en él aquella especie de *Necesidad*. El Autor anónimo del Ensayo de Psicología, impreso (según suena) en Londres el año de este siglo, ateniéndose al Optimismo Leibniziano, no solamente enseña, que la *Necesidad* moral es idéntica a la *Necesidad* absoluta; sino que alargando la audacia sofística a un extremo increíble, se empeña en probar que esta *Necesidad* no es opuesta a la Religión Cristiana. Sus argumentos son los mismos mismísimos que empleaban los Estoicos para la confirmación de su Hado, como lo conocerá cualquiera que se resuelva a perder algunas horas en cotejar estos delirios modernos en aquellos sueños antiguos. Copiarlos aquí, sería desperdiciar el papel en acordar sofismas confutados más ha de veinte siglos.

Collins, dando menos amplitud a su error, se ciñó sólo a la libertad de espontaneidad; sobre la cual había habido ya antes una célebre disputa entre dos grandes hombres, Leibniz y Clarke. Mr. Des-Maizeaux en la Prefación que puso a la Colección que publicó de las cartas concernientes a esta disputa, expone así la opinión de Collins. «En esta obrilla (la de aquel) se propone probar que la *libertad del hombre* consiste en la potestad que goza de *hacer lo que quiere y lo que le agrada*; esto es, de obrar según lo piden su voluntad y su elección. Pero como el hombre es siempre llevado a obrar y a elegir antes una cosa que otra, por razones y motivos determinados, por miras de placer y de utilidad; y puestas estas razones y motivos que le inducen a obrar antes de un cierto modo que de otro, no puede, o por lo menos no sucede nunca que deje de obrar según lo piden aquellos motivos y razones; legítimamente se sigue que el hombre es determinado a obrar en todas sus acciones, y que, por lo mismo, es un Agente necesario.» Nada de nuevo hay en esta argumentación. Recuerde el lector lo que queda dicho arriba sobre la *comprehensión cataléptica*, y vea si Collins ha hecho más que renovar un error antiguo.

¡Miserable condición de la Filosofía! durar siempre en discordias y pareceres encontrados, que con título de adoctrinar al hombre, le confunden y enredan en un laberinto ciego y tenebroso. Aún no sabe el hombre si es libre, si para saberlo se atiene a las decisiones de éstos que se intitulan Maestros de la vida y esclarecedores de la racionalidad. Para unos, no soy más que una rueda servil de esta gran máquina del Universo. Otros no ven en mí más que un paciente autómató, movido por los muelles de placer o de la aversión. Y yo entretanto, ejercitando mi obediencia en cuanto ejecuto, siguiendo siempre las normas que me han prescrito la Naturaleza y la patria; conozco en mí una amplísima potestad para desviarme de estas normas, y sé y percibo que podría desviarme, a pesar del conocimiento que tengo de que no debo.

Sobre nada se ha controvertido más que sobre la libertad, desde el mismo origen de la Filosofía; pero, como en todas las demás cosas en que los Filósofos se convierten en adivinos, estos hombres sagacísimos todavía ignoran lo que no ignoran los bandidos y malhechores: porque en efecto, aún no se ha visto que estos miserables, para disculpar sus delitos, hayan alegado los motivos urgentes que los indujeron a saltar, robar y asesinar. Hacer divisiones de la libertad humana en *hipotética*, en *espontánea*, y en otras explicaciones con que se ajustan a sistemas arbitrarios efectos conocidos, es propiamente enmarañar una idea clarísima, evidentísima; y obligar al hombre a que, hecho Filósofo, no entienda lo que entendía bien antes que lo fuese. En el hombre no hay otra *necesidad* que la de ajustarse a lo bueno y justo: y esta *necesidad*, ni nace de las impresiones que recibe, ni de encadenamiento alguno de causas anteriores; sino del mismo hecho de tener potestad para no ajustarse; y ve aquí la esencia legítima de la libertad, no fundada en metafísicas vanas y antojadizas, sino en el sentimiento íntimo que experimenta cada uno dentro de sí mismo. La fábula de Hércules en la encrucijada, tan bellamente escrita por Jenofonte, es la pintura de la libertad humana. Puede Hércules seguir dos caminos contrarios: este poder es su libertad. Sigue el de la virtud: éste ya es acto de su entendimiento, que le determina a lo que debe. Deja de seguirle: comete un crimen, en el mismo hecho de abandonar el camino de la virtud, sabiendo que debe seguirle, y que tiene amplia facultad para poder seguirle. Que el hombre obre siempre con motivo, que obre algunas veces sin él, esto nada importa a la esencia de la libertad. El hombre conoce lo bueno y justo, y debe seguirlo. Y ¿por qué se le manda que lo siga? Porque hay en él la

facultad de poder desviarse: Todo el mundo conoce esto, menos los Filósofos; y es sin duda que los Filósofos, como saben fabricar mundos, tientan también formar a su modo éste en que vivimos.

Del santo cielo  
le indicó los secretos, e inclinado  
le formó a que el desvelo  
de aspirar a la patria en el mandara.

A mi parecer, éste es el instinto del hombre: la noticia de Dios, y el conocimiento de los oficios que le debe y se debe. Sin él, la naturaleza humana sería vaga e indiferente, dispuesta por sí, como la cera o el barro, a recibir cualquier figura o modificación que se la quisiera dar: en cuya constitución se vería que el hombre solo, a diferencia de los demás seres, carecería de orden propio suyo en apetitos y acciones, sujeto a seguir los modos de obrar que caprichosamente le inspirasen las contingencias de la educación.

No es argumento despreciable, para confirmar este instinto, la generalidad con que la mayor parte de las gentes se ha conformado en cierto género de obras y pensamientos, por más que lo quiera debilitar Locke. Si el haber en el mundo algunas naciones salvajes no es convencimiento suficiente para autorizar el brutal sistema de Rousseau; ¿por qué, de haber en el mundo un escaso número de racionales sin razón, ha de inferir Locke, que ni los principios de la Moral, ni el conocimiento de Dios son ingénitos en el hombre? Veinte árboles no prevalecen en un bosque inmenso: ¿perderán los demás los constitutivos de su naturaleza por el defecto de los veinte? En América hay naciones enteras de gentes apenas racionales: luego la perspicacia de la Razón no es propiedad intrínseca y constitutiva del hombre. Ilación falsa. El defecto del uso no destruye el derecho de propiedad. Hay gentes que no tienen idea de Dios; luego la noticia de este Ente inefable no es ingénita en el hombre. Tal argumentación es sofística. El ejercicio de la racionalidad, en la duración de la vida, necesita de ciertas disposiciones: si faltan éstas, el hombre degenera casi en bruto. Los sentimientos de la Razón residen ciertamente entonces en el alma; pero no los percibe el hombre, porque las potencias yacen sin uso, y como si no existieran. Ni es de extrañar que hombres que viven como brutos y carezcan de lo que es común a los que aun en el mismo abuso usan del vigor concedido al ser de su especie. Faltos de las disposiciones que despliegan la racionalidad, conservan las rudas ideas que recibieron de sus mayores. Trasládese un niño salvaje a la educación de Europa: él sera todo lo que pueda ser: y su razón no cederá a la de ningún Europeo en los progresos civiles, políticos o literarios.

¿Y por qué los hombres solos, a diferencia de los demás vivientes, han de estar expuestos a degenerar de su verdadero instinto? Dejado a su naturaleza, ningún viviente decae de su ser: sólo el hombre es capaz de perder casi el uso de su entendimiento, siendo éste su facultad específica. Así es. Pero explíqueme los puros Filósofos esta notable diferencia, sin acudir a la corrupción de la naturaleza humana. Vanamente nos ponderan sus excelencias, los que, para engrandecerse a sí, quieren hacerla pasar por perfectísima. Un simple gorrión, jamás deja de ser gorrión, aunque se solicite por todos los medios imaginables: y el hombre puede dejar de serlo por ligerísimas contingencias. Éste es uno de los argumentos más robustos con que confirmé la materia del Discurso III; y a mi ver

no tiene salida en los puros principios de la Razón. Enfermo esta aquel ser, que necesita de auxilios para llegar a la perfección de su estado. Ente que abandonado a sí se aparta de las leyes de su orden, no está muy ordenado ciertamente. Poco vigor hay en lo principal de su naturaleza: y ésta falta de vigor, causa tiene que no comprenderá jamás la locuaz y tenebrosa Filosofía.

Hay pues un instinto en el hombre, porque hay un orden en su parte racional, y necesita conocer este orden para ajustarse a él ¿Y de dónde le viene este conocimiento? De su potestad misma, de su esencia, de su vigor. La principal facultad del alma es la de conocer. Ejerciendo esta fuerza sobre sí misma, no conoce su esencia, porque no la percibe; pero sí sus efectos (que son sus potencias), porque sensiblemente las advierte y hecha de ver. Este conocimiento despierta en ellas las ideas del destino o ministerio propio de aquellas potencias, y el fin para que son dadas: e inmediatamente, excitado el orden de la naturaleza racional por este fuego de la reflexión, aparecen en el entendimiento, la idea de Dios, fin de su orden, y la de sus obligaciones específicas, medios que le conducen al fin. Las potencias corpóreas no son de provecho para una operación propia y privativa del espíritu. Separado éste de la porción corpórea, ejercitaría las mismas obras, y lograría los mismos conocimientos.

¿Qué viene a ser en el hombre aquella generalísima facultad de aprobar cierta especie de acciones, y reprobar otras, cuando hace buen uso de su razón? En los brutos vemos un discernimiento, muy inferior, pero harto semejante al del hombre, no engendrado por las impresiones de los objetos externos, sino excitado solamente por ellos, con el cual siguen el período de las acciones de su especie, inalterables y siempre unos en la inclinación. Si los brutos fueran capaces de reflexión y conocimiento, reflexionando sobre esta inclinación suya, conocerían evidentemente el orden de su instinto, sin más auxilios que el vigor de su naturaleza. Tal es el entendimiento humano. Para conocerse a sí en lo que puede, son excusados otros auxilios que su mismo vigor o potestad de conocer. Las inclinaciones, dadas para que llene su orden cada criatura, inspiran infaliblemente las ideas que cada una necesita para llenarle. Si yo nazco inclinado a adorar a un Dios; esta inclinación, unida a mi reflexión, inspirará en mí la idea de Dios con mayor seguridad que las impresiones de los sentidos. Si nazco inclinado a la justicia; esta inclinación, acompañada de mi reflexión, me suministrará ideas evidentes de lo justo, que aprobaré por un impulso irresistible. Locke no contó las inclinaciones entre las fuentes de las ideas; y yo tengo para mí, que ellas y la reflexión son el verdadero origen de las que privativamente pertenecen al ánimo. Las inclinaciones son las que ocasionan las aprobaciones y asensos. Guían al hombre en sus obras, constituyendo el orden del espíritu; y este orden, que es independiente del cuerpo, para su constitución no tiene necesidad de adquirir en los objetos exteriores las ideas de lo que debe hacer. De otro modo, vendríamos a parar en que el alma, con estar destinada para conocer, no puede adquirir por sí conocimiento alguno, y por consiguiente que su unión con el cuerpo es de necesidad absoluta; opinión que no desagradó a Leibniz; y que debe agradar más principalmente a los que sujetan la potestad y vigor del ánimo a las imágenes de la fantasía.